



VUELVEN LOS CUATRO AVENTUREROS

Enid Blyton

Lectulandia

Ha pasado un año desde que Andy y los tres hermanos, Tom y las gemelas Mary y Jill, naufragaron y vivieron una emocionante y terrible aventura. De nuevo de vacaciones, deciden hacerse a la mar con el bote de Andy para ir a visitar el acantilado de los Pájaros. Cuando llegan allí se encuentran con un misterioso hombre de enormes y sucios pies que parece tener la habilidad de aparecer y desaparecer sin dejar rastro. ¿Quién es este hombre? ¿Qué hace en el acantilado? Será el inicio de una nueva aventura para los cuatro aventureros.

Lectulandia

Enid Blyton

Vuelven los cuatro aventureros

Cuatro Aventureros - 02

ePub r1.1

Gand 08.09.14

Título original: *The adventurous four again*

Enid Blyton, 1947

Traducción: C. Peraire del Molino

Ilustraciones: E.H. Davie

Editor digital: Gand

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Capítulo primero

De nuevo con Andy

Tres niños muy excitados iban en el carro del granjero, dando tumbos por un camino vecinal. El carretero escocés sentado delante no decía nada, pero escuchaba con una sonrisa las voces felices de los niños.

—¡Pronto veremos a Andy! ¡No le hemos vuelto a ver desde que corrimos aquellas emocionantes aventuras el verano pasado! —exclamó Tom un muchacho pelirrojo de doce años.

—Fue una lástima pillar el sarampión durante las vacaciones de Navidad. No pudimos venir aquí, a nuestra casita —comentó Jill.

Ella y su hermana Mary eran gemelas y muy parecidas. Los dos llevaban trenzas rubias y tenían los ojos azules; eran menores que Tom.

Tom habló con el carretero.

—¡Jack! ¿Se enteró de nuestras aventuras del año pasado? —le preguntó.

Jack asintió con la cabeza. Rara vez pronunciaba una palabra.

Los niños, con su amigo Andy, habían vivido aventuras emocionantes. Salieron un día en el bote pesquero del padre de Andy y les sorprendió una tormenta que les desvió varios kilómetros de su camino hacia una isla solitaria... y habían descubierto un nido de submarinos enemigos, ocultos en aquellas aguas, para hundir a todos los barcos que se ponían a su alcance.

—Y el pobre Andy perdió el bote de su padre —dijo Jill recordando el miedo de Andy por lo que su padre pudiera decirle.

—Pero no importó... ¡porque a Andy le regalaron un bote mucho, mucho mejor! —dijo Mary—. Se llamaba *Andy*... ¿Recuerdas que llevaba su nombre pintado? ¿Verdad que Andy estuvo muy contento?

El muchacho pescador se sintió más que satisfecho. Le embargó la mayor alegría. El nuevo bote pesquero era magnífico, con una preciosa vela roja. El padre de Andy también se alegró muchísimo, porque para él un bote pesquero representaba el medio de ganarse el sustento. Pescar y vender pescado era su trabajo y el de Andy... y ahora poseían uno de los mejores botes de la costa.

El carro seguía avanzando y pronto los niños vieron el mar. Allí la costa era abrupta y peligrosa, mas el mar presentaba un azul precioso y los niños gritaron de alegría al verlo.

—¡El mar! ¡Ahí está! ¡Y mirad... cuántos botes de pesca!

—Apuesto a que veo el de Andy —gritó Tom—. ¡Mirad... es ése de la vela roja! ¿No es ése el de Andy, Jack?

Jack asintió y los tres niños fijaron sus ojos en el bote de vela roja. ¡El de Andy! Andy navegaba por el proceloso mar... y pronto estarían con él. ¡Cómo se iban a divertir!

Su madre les estaba esperando en la casita que había comprado en aquel pueblecito pesquero. Llegó allí con un par de días de antelación para preparar las cosas antes de que ellos terminaran las clases. Eran las vacaciones de Pascua y por todas partes retoñaban los árboles, verdeaban los setos y las cunetas se cubrían de belloritas, violetas y celidonias.

—¡Un mes entero de vacaciones junto al mar... con Andy y su lancha! — exclamó Tom—. No puedo imaginar nada mejor. No creo que corramos aventuras ésta vez... pero eso no importa.

—Con las del año pasado tenemos para años —repuso Jill—. Algunas veces tuve miedo... pero todo terminó bien.

—¡Excepto para esos submarinos enemigos escondidos! ¡Mirad... ahí está mamá! Cierto, era su madre la que les saludaba con la mano. Los niños saltaron del carro para echarse en sus brazos.

—¡Mamá! Cuánto nos alegra verte. ¿Va todo bien?

—¿Está ya la casa preparada? ¿Has visto a Andy?

—Tengo mucho apetito, mamá. ¿Hay algo bueno para comer?

Ése era Tom, naturalmente. Siempre tenía hambre. Su madre rió.

—¡Bienvenidos a nuestra casita, hijos! Sí, hay mucho que comer, Tom. Y sí, he visto a Andy. Ha sentido no poder venir a recibirnos, pero hay un buen banco de pescado y tuvo que ir a ayudar a su padre.

—¿Va bien el bote? —preguntó Tom con interés—. Iba de maravilla el verano pasado. He pensado muchas veces en Andy mientras estaba en el colegio, y le envidiaba. Él estaba aquí, navegando todo el tiempo, pasándolo de primera... y yo escribiendo ejercicios de latín en el colegio y siendo castigado por tirar la goma de borrar a cualquiera.

—¡Oh, Tom... no me digas que traes malas notas! —exclamó su madre mientras bajaban una cuesta para llegar al pueblecito pesquero.

Jack iba detrás llevando los grandes baúles con tanta facilidad como si estuviesen vacíos.

—¿Cuándo volverá Andy? —preguntó Jill—. ¿Ha cambiado, mamá? ¿Sigue siendo el bueno de Andy?

—¡Naturalmente! —repuso su madre—. Un poco más alto... y un poco más desarrollado... pero ahora casi tiene quince años, ya sabes. ¡Tú tienes casi trece, Tom! También has crecido. Y las niñas lo mismo. Veréis a Andy esta tarde cuando regresen las barcas de pesca. Me prometió venir directamente a veros.

—Iremos a la playa y esperaremos que llegue su bote —dijo Tom—. Después de

comer algo, quiero decir. ¿Qué es lo que hay, mamá?

—Jamón, huevos, tres clases de bollos, dos clases de mermelada y un pastel de pescado —repuso su madre—. ¿Te basta eso?

—Yo creo que sí —repuso Tom, que se sentía con ánimos de comérselo todo de una sentada—. ¡Cielos, qué bueno es estar otra vez aquí, mamá... y pensar en lo mucho que vamos a navegar!

—Bueno... esta vez no descubráis submarinos enemigos —dijo su madre mientras abría la puerta de la cerca blanca del jardincito de la casa—. No podría soportar que volvierais a perderos en una isla desierta.

Todos corrieron por el sendero hasta la puerta de madera que estaba abierta. Un alegre fuego ardía en la sala de estar y la mesa se hallaba cubierta de tantos platos de variada y apetitosa comida que Tom lanzó un grito de entusiasmo.

—¡Canastos! ¿Tengo que lavarme las manos? ¿No podemos empezar ahora?

—No. A lavarte primero —replicó su madre con firmeza—. Parecéis deshollinadores. ¿Queréis huevos duros para empezar o pastel de pescado?

—¡Las dos cosas! —gritó Tom corriendo a lavarse en el pequeño lavabo, que era el único lugar donde había un grifo del que salía agua.

Todos comieron muy a gusto.

—¡Veo que tendré que acortar mi trabajo para satisfacer vuestro apetito durante estas vacaciones! —dijo su madre—. No... no es preciso que me ayudéis a lavar los platos, gemelas. La señora Macintyre va a venir a ayudarme. Poneos vuestros jerseys y calzones cortos e ir esperar a Andy. Supongo que los botes llegarán pronto, si es que ha habido buena pesca.

Los niños se apresuraron a cambiar sus uniformes de colegio por sus jerseys y calzones cortos. El tiempo era bueno y soleado, casi como de verano. ¡Si siguiera así durante todas las vacaciones!

Bajaron corriendo a la playa. Había arena fina y suave entre las rocas que bordeaban toda la playa. Un pequeño espigón de piedra se adentraba en el mar. Allí era donde arrimaban los botes con su pesca.

El bote de Andy se distinguía con claridad en la distancia. Pero ahora todos regresaban... el *Gaviota*, el *Ana María*, el *Jessie*, el *Estrella de Mar*, y el resto. La brisa hinchaba las velas y les hacía avanzar felizmente.

—¡Qué bonito espectáculo es el regreso de una flota pesquera! —observó Tom corriendo arriba y abajo del embarcadero, pues estaba tan excitado que no lograba estar quieto—. ¡Ojalá tuviera un bote de mi propiedad! ¡Eh, Andy, Andy! ¡Ven el primero, demuestra lo que tu bote puede hacer!

Y casi como si Andy le hubiese oído, el bote de vela roja surgió adelantando a los demás. El viento lo impulsaba y parecía un pájaro de alas rojas sobre el agua.

—¡Ahí está Andy! ¡Y su padre también! —gritó Jill—. ¡Andy, estamos aquí!

¿Has tenido buena pesca?

—¡Eo! —les llegó la voz de Andy—. ¡Eo!

Luego el hermoso bote se acercó al malecón de piedra y Andy saltó a tierra. Él y Tom se estrecharon la mano, sonriendo encantados. Las gemelas se abalanzaron sobre el muchacho pescador y le abrazaron chillando de contento.

—¡Andy, has crecido! ¡Andy, estás más moreno que nunca! ¡Oh, Andy, estamos otra vez aquí! ¿No es estupendo?

—Magnífico —dijo Andy tan contento como ellos. Repitió la palabra recalcándola—. ¡Magnífico!

Luego saltó su padre a tierra para sujetar el bote. Sonrió a los tres niños y les estrechó la mano con aire grave. Nunca hablaba mucho; los niños sabían que era severo con Andy y que le hacía trabajar de firme. Pero les gustaba y les inspiraba confianza.

—Ayúdame a sacar el pescado, Andy —le dijo, y el muchacho se volvió en seguida para descargar la gran pesca que habían realizado. Los niños ayudaron también.



—Yo creo que el comienzo de las vacaciones es estupendo —dijo Mary—. Creo que es lo que más me gusta.

—Sí. A partir de la mitad se desvanecen tan rápidamente —observó Jill—. ¡Pero una piensa que cuando empiezan van a durar siempre!

—¿Podremos salir pronto a navegar contigo? —le preguntó Tom—. ¿Esta tarde, Andy?

—No... hoy no —repuso Andy sabiendo que su padre no iba a dejarle salir otra

vez en el bote—. Tal vez mañana, si nos dejan. Papá no necesitará la barca mañana. Hoy hemos tenido muy buena pesca.

—¿Verdad que es bonito ver tu propio nombre pintado en tu bote? —dijo Mary—. *A-n-d-y*... ¿no es precioso?

—El bote es vuestro también —replicó Andy—. Siempre os he dicho que podéis compartirlo conmigo cuando estéis aquí. ¡Debiera llamarse *Andy-Tom-Jill y Mary*!

Fueron llegando los demás botes. Los niños saludaron a los pescadores. Los conocían a todos, así como a los bonitos botes pesqueros que se mecían suavemente junto al malecón. Pero ellos consideraban que el de Andy... su propio bote... era el mejor de todos.

—Está oscureciendo —dijo Tom con un suspiro—. Será mejor que vayamos a casa. Le hemos prometido a mamá volver antes del anochecer... y, ¡cielos!, estoy cansado. Hemos hecho un viaje tan largo y mañana nos sentiremos mejor. ¡Ahora sólo deseo una cosa... caer en la cama y dormir!

—¿Qué?... ¿Ni siquiera quieres comer? —exclamó Jill—, ¡debes estar *muy* cansado, Tom!

Andy rió. Le alegraba volver a ver a las mellizas y a su amigo Tom. ¡Cuatro semanas enteras juntos! Sería divertido.

—Os veré mañana —les dijo Andy, y los tres se despidieron alejándose por la playa—. Iré por vuestra casa.

Regresaron a su casita sintiéndose todos repentinamente cansados. Apenas pudieron cenar... y tras desnudarse a toda prisa, se lavaron y cayeron en sus camas medio dormidos antes de que sus cabezas tocaran la almohada.

—¡Mañana... montones de mañanas! —exclamó Jill, pero Mary no contestó. Estaba durmiendo y soñando con todos los emocionantes mañanas.

Capítulo II

Navegando a vela

Los días siguientes fueron maravillosos. Andy les llevó a navegar en su bote que insistía era propiedad de los cuatro... una cuarta parte para cada uno.

—Pues mi cuarta parte será la vela —dijo Jill—. ¡Me gusta tanto! Andy, ¿podemos ir con el resto de las barcas cuando salgan a pescar?

—Oh, sí —repuso Andy, y con ellas fueron la próxima vez que la pequeña flota se hizo a la mar. Andy enseñó a los niños cómo se echaban las redes, y ellos observaron excitados los saltos y movimientos de los peces plateados prisioneros entre las mallas de la gran red.

El muchacho pescador les enseñó también a colocar los cestos para atrapar langostas en los sitios adecuados. ¡Llevaron a su casa pescado, langostas, almejas y gambas para comer durante una semana!

El sol brillaba. Se iban bronceando y trepaban por todas las rocas del acantilado pasándolo en grande. Luego Tom comenzó a impacientarse y quiso efectuar un viaje más largo.

—Vamos a algún sitio interesante —propuso—. ¿No podríamos irnos en el *Andy* a alguna parte? ¿No conoces ningún lugar emocionante donde llevarnos, Andy?

—Bueno —replicó Andy—. Prometí a vuestra madre que no iríamos nunca más a visitar las islas... por si estallaba alguna tormenta como el año pasado, y naufragábamos. De manera que tendría que ser algún lugar de la costa.

—Piensa algún sitio —le suplicaron las mellizas—. Adonde no vaya nadie.

—Pues... el acantilado de los Pájaros —exclamó Andy de pronto, y los otros le miraron.

—El acantilado de los Pájaros —repitió Jill—. ¡Qué nombre más curioso!

—Es un buen nombre —dijo Andy—. ¡Allí hay miles de pájaros... no sabría decirlos cuántos... de todas clases! Gaviotas, cuervos marinos, corvejones y alcas anidan allí por todas partes, encima y debajo del acantilado... por todas partes. Dicen que en esta estación del año no se puede andar por allí sin pisar un nido. Es un verdadero espectáculo.

A los tres niños les gustaban los pájaros y les brillaron los ojos.

—¡Vamos allí! —exclamó Tom—. ¡Qué bonito debe ser! Me llevaré mi cámara fotográfica. El próximo curso habrá un concurso fotográfico en el colegio y puedo presentar algunas fotos de pájaros.

—Sí, vayamos —dijo Jill—. Resulta atrayente. ¡Me extraña que no nos hayas hablado antes del acantilado de los Pájaros!

—Bueno, la última vez que estuvisteis aquí era pleno verano —replicó Andy—. Entonces los pájaros ya habían abandonado sus nidos en el acantilado para volar al mar abierto y no había mucho que ver. Pero en el tiempo de la cría es distinto. Todos están allí.

—Bien, iremos —decidió Tom—. ¿Está muy lejos? ¿Podemos ir y volver en un día?

—Tendremos que hacerlo —observó Jill—. Mamá no nos dejaría pasar la noche fuera de casa. Estoy segura.

—Si salimos bien temprano estaremos de regreso antes de anochecer —dijo Andy—. Está lejos... y además es una parte de la costa muy solitaria. Tendremos que ir con cuidado porque hay muchas rocas por allí. Pero hay un paso entre ellas que mi padre conoce. Haré que me lo explique. He ido dos veces con él.

—¿Cuándo iremos? —preguntó Jill que empezaba a sentirse interesada—. ¿Mañana?

—No. Mañana tengo que salir en el bote con mi padre —replicó Andy—. Pero tal vez pasado mañana. Mañana tendréis que pasaros sin mí. Coged vuestros libros de pájaros y leedlos bien para que conozcáis todos los del acantilado nada más verlos.

De manera que, durante todo el día siguiente, los niños estuvieron revisando sus libros sobre pájaros, estudiando cada ejemplar marino, sus características y aprendiendo sus nombres. Tom sacó su cámara y le puso un carrete de película nuevo. Le dijeron a su madre adonde iban.

—Ciertamente resulta atractivo —les dijo—. Espero que Andy conozca bien esa parte de la costa. Es bastante peligrosa por allí.

—¡Oh, mamá, Andy puede conducir su bote a cualquier parte! —replicó Tom—. De todas formas, ha estado allí dos veces. ¿Verdad que es emocionante ir a un sitio adonde nunca va nadie?

—El acantilado de los Pájaros —intervino Mary—. Los hay a miles, mamá. Ya los verás si Tom saca buenas fotografías. Supongo que treparemos por el acantilado.

—Será mejor que hable con Andy sobre eso —repuso la madre, y lo hizo. Pero Andy le aseguró que no les permitiría hacer nada que no les resultase sencillo.

Dos días más tarde los niños se despertaron con sobresalto al oír el timbre del despertador. Lo habían puesto para que sonara al amanecer... ¡Qué temprano era! Tom fue a la habitación de sus hermanas para asegurarse de que estaban despiertas y que no iban a dormirse otra vez.

—El cielo comienza a iluminarse por el este —dijo—. Daos prisa. Tenemos que estar en el malecón dentro de pocos minutos. Apuesto a que Andy ya está allí.

Su madre apareció en bata y con aire somnoliento.

—He querido veros marchar —les dijo—. Ahora, prometedme que seréis prudentes. Andy, tienes cinturones de seguridad a bordo, ¿verdad?

—¡Oh, mamá, si sabes que nadamos como peces! —exclamó Jill.

—Sí... en aguas tranquilas —replicó su madre—. Pero si cayerais por la borda con mar gruesa os resultaría mucho más difícil. Habéis llevado la comida a bordo, ¿verdad?

—Oh, sí —respondió Tom, a quien siempre podía confiarse la parte comestible—. Ayer tarde la llevamos a bordo... todo lo que nos diste, mamá. Tenemos de sobra para un día.

—¡A algunas familias les duraría una semana! —replicó su madre—. ¿Estáis ya listos? Llevaos chaquetas de abrigo, porque ya sabéis que todavía no —estamos en verano. Tom, ¿dónde está tu impermeable?

Se fueron en seguida. El cielo estaba ya más claro, y los niños vieron un resplandor dorado por el este. El sol estaba precisamente debajo del horizonte. Corrieron hacia el muelle sintiendo el viento fresco en sus rostros y piernas desnudas.

Naturalmente, Andy ya estaba allí aguardándoles con impaciencia, y les sonrió al ver sus rostros excitados.

—Subid a bordo —les apremió—. Todo está a punto. Desatracaré.

Los niños saltaron a bordo del bote pesquero que tanto amaban. Era espacioso, pero no demasiado grande para que ellos pudieran manejarlo con facilidad. Abajo tenía una cabina pequeña, pero cómoda. Ahora los tres pequeños ayudaban a Andy, que podía confiar en ellos.

El bote se separó del malecón, y la brisa hizo flamear la vela roja. Luego, repentinamente al parecer, el sol asomó por la línea del horizonte y al instante el agua se llenó de surcos brillantes mientras el bote avanzaba mar adentro.

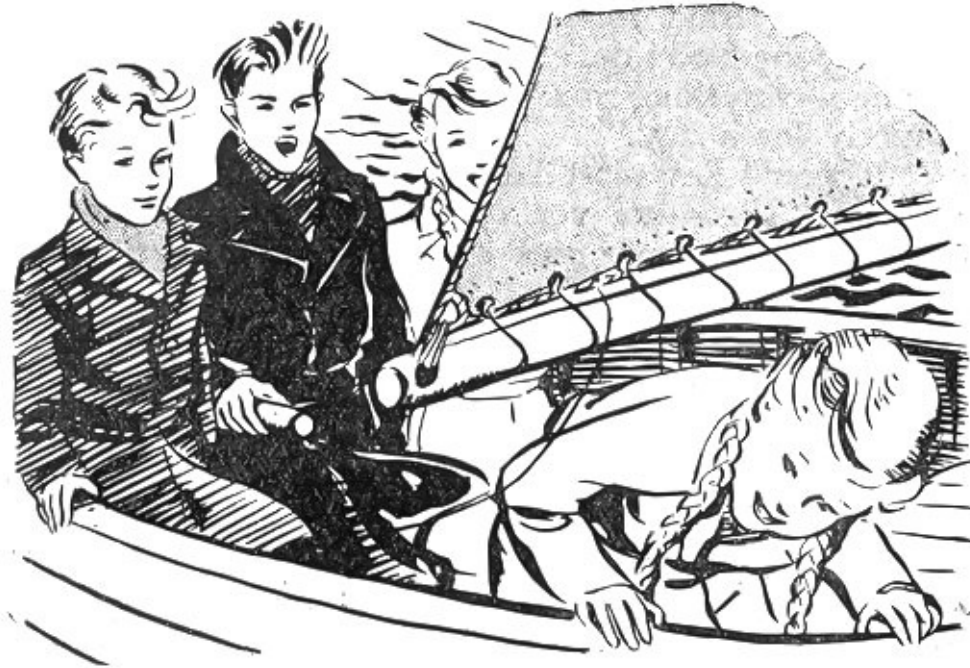
—El sol está saliendo —observó Jill conteniendo el aliento ante aquel hermoso espectáculo—. Él mundo es nuevo otra vez. Mirad el sol... ¡parece que sale del mismo mar!

Pronto los niños ya no pudieron mirar más el sol, tan grande y brillante era. El bote se deslizaba sobre las olas, que parecían hechas de luz doradas y sombras azules. Valía la pena levantarse tan temprano sólo por contemplar la belleza del amanecer.

—Montones de personas no han visto nunca salir el sol —comentó Jill mientras se inclinaba sobre un costado del bote para mirar el reflejo del sol sobre las olas.

—Apenas lo ha visto alguna niña de mi colegio. ¡Lo que se han perdido! Yo creo que debiera existir una ley que obligara a todo el mundo a ver salir el sol, y un campo de campanillas azules, y otro de margaritas, y...

—¡Cuidado con la vela! —gritó Andy cuando la botavara cambió la posición de la gran vela roja. Jill se agachó, olvidando lo que iba a decir. Andy estaba al timón, más bronceado que nunca. Sus cabellos negros se erizaban con el viento y sus ojos brillaban tan azules como el mar.



—Escuchad —comenzó Tom—. ¿No es hora de...?

Todos le interrumpieron.

—¿De... comer algo? —cantaron a una sabiendo de sobra lo que Tom iba a decir.

—No iba a decir eso —exclamó Tom, enojado—. Iba a decir... ¿no deberíamos mantenernos más próximos a la playa? Vamos mar adentro.

—Hemos de hacerlo —replicó Andy sujetando el timón con fuerza, mientras el bote penetraba en una corriente más fuerte—. Hay muchas rocas. No podemos arriesgarnos con este bote. Nos alejaremos un poco, y cuando vea el punto que mi padre me dijo, me acercaré un poco a tierra.

Andy llevaba consigo una rudimentaria carta náutica, y se la alargó a Tom sujetándola, hasta que el muchacho la tuvo en sus manos para que no se la arrebataste el viento.

—Mira eso —le dijo—. Esos puntos son rocas. Mira como está lleno de ellas el mar próximo a la costa. Son rocas traidoras... están justamente debajo de la superficie. Harían un agujero en la quilla del bote en un abrir y cerrar de ojos. Tardaremos más saliendo al mar y luego teniendo que volver, pero es más seguro. Tenemos que ver tres pinos altos sobre un acantilado antes de virar. Están marcados en el mapa.

Todos estudiaron el mapa con interés. ¡Qué lejos estaba el acantilado de los Pájaros! No era de extrañar que Andy quisiera salir temprano.

—¿A qué hora llegaremos allí? —preguntó Mary.

—Con suerte creo que estaremos allí a eso de las once —replicó Andy—. Tal vez antes. Entonces comeremos. ¡Tendremos apetito!

Tom pareció realmente alarmado.

—¡Qué! ¿Tendremos que aguardar hasta entonces? ¡Nos moriremos!

—Oh, primero desayunaremos —observó Andy—. A las siete o siete y media. Tal vez unas galletas nos sentarían bien. ¿Qué decís vosotras, niñas?

Todos lo consideraron una buena idea.

—¡Galletas y chocolate! —exclamó Jill—. Iré a buscarlos.

Desapareció en la cabina para volver con cuatro raciones de galletas y chocolate. Pronto estuvieron todos haciendo trabajar las mandíbulas, Andy siempre al timón. ¡Dijo que aquel día no iba a dejárselo a nadie más porque era muy peligroso!

Ahora el sol estaba mucho más alto en el cielo, y hacía más calor aunque el viento seguía frío. Todos se alegraron de llevar jerseys gruesos, chaquetas e impermeables encima.

—Ahora... es cuando nos acercamos a la costa —dijo Andy de pronto—. ¿Veis esos tres pinos sobre el acantilado?

—Tienes ojos de águila, Andy —le dijo Tom, tratando de advertir los tres pinos en la distante costa. Por fin pudo verlos, pero ninguna de las niñas logró distinguirlos con claridad.

Andy hizo virar ligeramente el bote. La vela flameaba con fuerza. El bote corría ahora incluso más de prisa y los niños sintieron la emoción de la velocidad y el cabeceo del hermoso balandro.

—¡Es hora de desayunar! —anunció Andy—. Lo estamos haciendo muy bien... y nos merecemos un buen desayuno.

—¡Y lo *tendremos*! —exclamó Tom apresurándose para traerlo.

Capítulo III

El acantilado de los Pájaros

El desayuno fue bien recibido. Había huevos duros, bollos, mantequilla y una lata de melocotón en almíbar. Jill calentó leche abajo en la cabina e hizo cacao, que todos bebieron con gusto.

Ahora el bote se dirigía a la playa y se distinguían claramente los acantilados rocosos. Eran cerca de las ocho. El sol estaba alto y agradecieron su calor.

—¡Caramba... qué cosa más solitaria y desolada! —exclamó Tom observándola mientras corría el bote—. Y mira esas rocas traidoras cerca de la playa, Andy.

—Sí... hay algunas por aquí también, de manera que hemos de vigilar —repuso Andy—. Las peores están marcadas en este mapa. Las conozco todas. Dentro de una hora tendremos que penetrar por una abertura de un arrecife y seguir por una especie de canal entre dos líneas de rocas. Una vez allí todo irá bien. Es como una especie de camino, y mientras nos mantengamos en el centro no pasará nada.

A eso de las nueve los niños vieron ante ellos una zona de mar turbulenta. Las olas se alzaban chocando y su espuma salía despedida por el aire con fuerza.

—¡Cuidado! —exclamó Tom señalando hacia delante—. Ahí deben de haber rocas.

—Sí... precisamente aquí está la abertura de que os hablé —dijo Andy—. Hemos de penetrar por ella en cuanto lleguemos. Creo que está detrás de esa zona de oleaje.

Con habilidad esquivó el lugar donde las olas se tornaban espuma al chocar contra las rocas que apenas sobresalían de la superficie. Luego los niños lanzaron un grito.

—Aquí está la entrada... mirad... esta zona está encalmada.

Andy dirigió el bote por el pequeño pasadizo que era la entrada que atravesaba el arrecife. El bote siguió adelante con las velas hinchadas por el viento y llegó a un canal entre dos hileras de rocas. El mar allí estaba muy tranquilo.

—Hay unas rocas horribles a los dos lados —observó Jill—. ¡Pero aquí estamos seguros! ¿Hasta dónde va este extraño canal, Andy?

—Sigue hasta el peñón del Contrabandista —replicó Andy—, pero nosotros nos desviaremos antes de llegar allí, hacia el acantilado de los Pájaros.

—¡El peñón del Contrabandista! ¡Qué nombre más emocionante! —dijo Tom consultando el mapa—. Oh, si... tu padre lo ha señalado... por lo menos supongo que este punto con las iniciales P. C. debe significar peñón del Contrabandista...

—Eso es —replicó Andy—. Todavía nos queda un buen trecho. ¿Verdad que estas aguas son muy solitarias? No hemos visto ni un barco en el mar, ni un ser

humano en tierra desde que salimos del pueblo.

—Esta parte de la costa es muy agreste —observó Tom—. Quisiera saber a qué debe su nombre el peñón del Contrabandista, Andy. ¿Es que antiguamente había contrabandistas por aquí?

—No lo sé —fue la respuesta de Andy—. Sólo he visto la roca desde lejos. Es como una pequeña isla formada enteramente por rocas. Allí no crece nada... excepto algas en la parte baja. Tal vez existan cuevas en las que ocultaban cosas los contrabandistas. No sé nada de eso. Ahora no va nadie por allí... ¡y tal vez no hayan ido jamás! Puede que sea sólo un nombre.

—Son las diez y media —dijo Tom al cabo de un rato—. Andy... ¿llegaremos pronto al acantilado de los Pájaros?

—¡Vaya! ¿Tienes apetito otra vez? —le preguntó Andy con una sonrisa.

—Pues... sí —repuso Tom—, pero no pensaba en eso. Pensaba en el tiempo que podríamos estar allí. Tendremos que emplear otras tantas horas en regresar.

—Estaremos un par de horas en el acantilado, y nada más —dijo Andy—. Pero será suficiente. Podrás trepar por las rocas y explorar un poco, comer y tomar algunas fotografías. Luego habrá que regresar.

—¿Esa roca que se ve ahí es la del Contrabandista? —preguntó Jill de pronto señalando hacia el oeste.

Los otros miraron. Una pequeña isla rocosa emergía sobre las aguas a bastante distancia. Casi en el mismo momento Andy hizo virar el bote hacia la izquierda en dirección a la playa.

—Sí... ése es el peñón del Contrabandista —dijo—. ¿Os dais cuenta que el canal en que estamos se dirige hacia allí? Pero ahora he virado porque vamos al acantilado de los Pájaros. ¿Veis los pájaros encima del agua y volando sobre ella?

Al acercarse al acantilado de los Pájaros los niños gritaron asombrados ante la enorme cantidad de pájaros que se veían por todas partes. Las gaviotas chillaban y el sonido de sus voces risueñas, que a Jill le recordaban el maullido de los gatos, resonaban a su alrededor. Las aves descendían y se elevaban sobre el agua, rozaban las olas, o se mecían posadas sobre ellas.

—Ahora, cuando demos la vuelta a ese extremo rocoso, veréis que llegamos a una especie de cala poco profunda y los acantilados que hay detrás son los que os he traído a ver —explicó Andy—. Están cubiertos de pequeños repechos salientes que a los pájaros les encantan para poner sus nidos. Deben haber utilizado este lugar durante cientos de años.

El *Andy* dobló la punta y penetró en la cala. Los niños contemplaban los acantilados del fondo demasiado atónitos para poder hablar.

¡Allí había miles de pájaros! Cubrían todos los repechos y chillaban desde todas partes. Se lanzaban desde los acantilados al aire y planeaban en la corriente de aire,

chillando con toda la potencia de sus voces estridentes y salvajes.

La vista de la vela roja del bote les sobresaltó y unos cien volaron del acantilado, asustando con su vuelo a otros tantos, de manera que el rumor de las alas sonaba como un fuerte vendaval. Tom lanzó un grito.

—¿Qué es eso que cae por el acantilado? ¡Mirad, es como una lluvia de copos blancos que caen rodando!

—¡Huevos! —dijo Andy—. Esos pájaros marinos ponen sus huevos en los repechos salientes de las rocas desnudas, ya sabéis... y tienen poco cuidado con ellos. Cuando vuelan repentinamente, a menudo hacen caer sus preciosos huevos... que van a estrellarse contra las rocas de abajo.

—Qué lástima —comentó Jill—. Ojalá no les hubiésemos asustado. ¡Pero qué espectáculo, Andy! ¡Jamás, jamás en mi vida había visto u oído tantos pájaros juntos!

—Mira, Andy... hay un río que surge de la parte baja del acantilado —dijo Tom—. ¿Es un río? ¡Parece brotar de una cueva! De las profundidades del acantilado.

—Sí, es un río —confirmó Andy dirigiendo el bote hábilmente—. Debe atravesar el acantilado. Y mira... ¿ves esa cascada que hay en el centro del acantilado? Sale de algún agujero que hay allí. Supongo que no ha podido encontrar un camino para escurrirse a través de la roca y por eso se ha visto forzado a salir por ahí en forma de cascada.

—Es un lugar excitante —observó Jill—. Aunque me gustaría que los pájaros no hiciesen tanto ruido. ¡Apenas puedo oír mi propia voz!

—¿Dónde vamos a dejar el bote? —preguntó Mary—. No hay muelle... ni arena donde arrastrarlo. ¿Qué haremos?

—Lo conduciré hasta ese remanso poco profundo que hay debajo de ese saliente del acantilado —dijo Andy—. Y echaré el ancla. Ahí estará bien. Nosotros podemos saltar a las rocas cercanas.

—Comamos primero —propuso Jill.

—Bueno... supongo que ahora sólo será un tentempié —dijo Tom ante la sorpresa de todos—. Estoy deseando explorar el acantilado. Es maravilloso, realmente maravilloso. No quiero perder mucho tiempo comiendo. Tomemos cualquier cosa ahora y al regresar podemos hacer una buena comida.

—De acuerdo —repuso Andy.

De manera que se apresuraron a preparar unos bocadillos con pan, mantequilla y carne en conserva. Luego de comerlos y beber algo, se dedicaron a buscar una roca conveniente para saltar y dejar al *Andy* tranquilamente anclado.

—Hay una roca debajo del agua —advirtió Jill, que se hallaba a un lado del bote—. Nos pondremos sobre ella y luego podemos pasar con facilidad a esa grande de ahí y desde allí hasta el borde rocoso de la parte baja del acantilado.

Se quitaron los zapatos, atándose los al cuello. Luego avanzaron por las rocas

hacia el pie del acantilado. No lejos de allí el río que surgía de una caverna se unía al mar levantando un remolino de espuma donde su corriente chocaba con las olas del mar. Las aguas bullían con gran estrépito. En conjunto era un lugar ensordecedor, ya que las aves marinas no cesaban jamás de chillar.

—Buscaré el camino más fácil para subir por el acantilado —dijo Andy, que era tan diestro como una cabra para trepar por una montaña o un acantilado—. Seguidme con cuidado. Es una cuesta muy empinada, pero nada difícil para nosotros, que estamos acostumbrados a trepar. Tened cuidado si hay alguna zona resbaladiza. Tú ve detrás, Tom, por si acaso resbalara una de las niñas.

Entre el clamor de los pájaros y el incesante rumor de alas, los niños comenzaron la ascensión. Habían muchos puntos donde poder apoyar las manos y los pies, pero desde luego a sus padres no les hubiese gustado verles subir, poco a poco, cada vez más arriba. Pronto no fueron más que unos puntitos en la torre del acantilado.

Se habían puesto sus zapatos de goma y Tom llevaba su cámara colgada del hombro. No tardaron en llegar al lugar donde se hallaban los nidos, fuera del alcance de las olas durante las tormentas. Los pájaros, asustados, abandonaron sus huevos. No habían nidos. A Jill le apenó ver que los huevos caían al mar.

—Algunos no se caen —dijo—. Sólo van rodando y rodando. Mirad qué forma más rara tienen... son muy puntiagudos por un extremo.

—Los huevos de esta forma no ruedan con facilidad —comentó Andy—. Giran y giran sobre el mismo punto.

Llegaron a un estrecho saliente que parecía casi un sendero que rodeaba el acantilado. Comenzaba casi en la mitad del acantilado. De pronto Jill lanzó un grito.

—¡Andy! ¡He mirado hacia abajo! ¡Y no me gusta nada! Me puedo caer, pues me acomete el vértigo.



—No seas tonta —replicó Andy, a quien no le preocupaban en absoluto las alturas—. Nunca te ha pasado hasta ahora. Sígueme y te llevaré un poco más allá del acantilado, donde hay un espacio más ancho para que puedas descansar ¡Estás cansada!

La pobre Jill siguió a Andy temblando y sin atreverse a volver a mirar el lejano sur. Ni a Tom ni a Mary les preocupaba la altura y pensaron que era muy raro que Jill tuviese miedo.

El repecho era el lugar favorito de los pájaros y los niños tenían que andar con cuidado para no pisar los huevos. Jill se alegró de que el camino se ensanchase un poco para poder descansar. Detrás del lugar donde descansaban había una cueva poco profunda. Los niños entraron en ella arrastrándose y permanecieron allí jadeantes, acalorados por la escalada.

—Saldré a tomar algunas instantáneas —dijo Tom al fin.

Pero cuando iba a hacerlo se detuvo. Había oído un ruido que resultaba muy peculiar en aquel lugar desierto, sólo habitado por los pájaros... ¡alguien silbaba una tonada conocida! ¡Qué extraño!

Capítulo IV

Un auténtico rompecabezas

El silbido se oía potente y claro y los niños escuchaban con el mayor asombro. ¡Había alguien en el acantilado de los Pájaros! ¿Quién diantres podría ser?

El clamor de los pájaros comenzó otra vez ahogando el silbido. Los niños se miraron unos a otros.

—¿Habéis oído? —preguntó Tom—. ¡Alguien silbaba!

—Veremos quién era —dijo Andy disponiéndose a levantarse, pero Jill le detuvo.

—Podría molestar, si supiese que estamos aquí. Tal vez sea un observador de los pájaros, un fotógrafo o algo así... y si cree que hemos alborotado a los pájaros se enfadará.

—Bueno... este acantilado es ton suyo como nuestro —replicó Andy sacudiendo los hombros para desasirse de Jill.

El silbido volvió a dejarse oír más próximo y un rumor de pasos indicó a los niños que el silbador debía acercarse.

—¡Está encima de nosotros! —exclamó Jill en un susurro asustado—. ¡Mirad!

Encima de la cueva donde se encontraban había un repecho angosto y en este repecho se sentó el silbador, ya que colgando por encima de la cueva aparecieron de pronto un par de piernas desnudas.

Los niños contemplaron aquellas piernas en silencio. No les gustaron nada. Eran unas piernas enormes rematadas por unos pies muy grandes y muy sucios por cierto. Las piernas se hallaban cubiertas de vello negro y espeso, casi como el pelaje de un animal.

¡Los niños comprendieron que el poseedor de aquellas piernas sería tan horrible como sus pies colgantes! No dijeron ni una palabra. A Jill le latía con fuerza el corazón y mientras contemplaba aquellos pies balanceándose deseó poder escapar.

El silbido continuó. Luego, en el suelo rocoso que había delante de la cueva cayeron varios huevos lanzados a propósito para que hicieran ruido al estrellarse. Los niños se indignaron. ¡Qué horror arrojar los huevos de pájaro a propósito!

Pero nadie pronunció palabra. Había algo en aquellas grandes piernas que les inspiraba temor. Quienquiera que fuese se creía a solas... ¡y era de la clase de individuo que no hubiese dado la bienvenida a unos niños! ¿Quién sería? Ningún pescador, desde luego.

¿Y cómo pudo llegar al acantilado de los Pájaros? Los niños no habían visto ningún bote en la bahía, y también confiaban en que aquel hombre tampoco viera el suyo. En aquel momento estaban seguros que no podía verse desde donde el hombre

permanecía sentado.

—Ocultémonos en el fondo de la cueva —susurró Tom—. Por si acaso ese hombre se inclina un poco que no nos descubra.

Se retiraron. Todavía seguían viendo las piernas balanceándose con sus feos pies. Entonces advirtieron algo más. Aquel hombre balanceaba unos prismáticos sosteniéndolos por la correa de su funda y los niños contemplaron su ir y venir de un lado a otro de los pies del hombre.

El silbido cesó.

—Las doce. Mediodía —dijo una voz ronca. Los prismáticos fueron izados y los niños se preguntaron si los estaría utilizando. ¿Qué miraría? ¿Algo que estaba en el mar?

Se oyó una exclamación. Era evidente que el hombre había localizado lo que buscaba. Los niños aguzaron la vista para atisbar en la distancia, tratando de distinguir algún barco en el horizonte... pero no lograron advertir nada.

Al cabo de un rato el hombre se levantó. Sus horribles piernas fueron izadas una tras otra y desaparecieron. ¡Gracias a Dios! ¡Los niños imaginaron que un hombre con semejantes piernas debía ser casi un gigante!

Mientras el hombre se alejaba se oyeron caer algunas piedras procedentes del repecho de encima de la cueva. El silbido se oyó otra vez, pero se detuvo casi en seguida y se hizo el silencio.

Andy salió arrastrándose de la cueva y escuchó con atención. No se oía nada. Acercándose al saliente se asomó. Luego fue a reunirse con sus compañeros.

—No se ve nada —les dijo—. Escuchad, ¿sabéis?, es como una especie de rompecabezas... ¿cómo ha llegado hasta aquí ese hombre?

—Debe haber venido por tierra, si no tiene bote —dijo Tom, pero Andy meneó la cabeza.

—No. No existe ningún camino por tierra. Nunca lo ha habido. Algunas veces han venido científicos a este acantilado para estudiar las aves marinas, pero siempre tuvieron que venir en bote. El acantilado es inaccesible por el otro lado y muy peligroso.

—Bueno, pero Andy, ¿entonces debe haber venido en un bote! —exclamó Tom.

—¿Pero dónde lo ha escondido? —preguntó Andy—. No hubiésemos dejado de verlo en el agua, de haber estado allí, ¿no os parece? Es imposible esconder un bote en esa cala tan poco profunda.

—¿Dónde ha ido ahora? —quiso saber Jill—. ¿Ha sido por el camino de arriba?

—Debe haberlo hecho —dijo Andy—. Pero siempre he creído que el camino se interrumpía no lejos de donde estamos. Tal vez haya una cueva en donde viva. ¡Tengo la intención de acercarme para averiguarlo!

—No, no lo hagas —suplicóle Jill—. No me ha gustado el aspecto de sus piernas.

Estoy segura de que es un hombre feo, corpulento y peludo... ¡como un gorila enorme, o algo por el estilo!

—¡Tonta! —le dijo Tom—. Tal vez sea muy simpático. ¡Aunque la verdad es que yo tampoco creo que lo sea! Tiene una voz ronca y desagradable.

—Bueno... voy a ver si descubro por dónde se ha ido —exclamó Andy poniéndose en pie—. Al fin y al cabo, ¿qué importa si me ve? Cualquiera puede venir aquí a contemplar los pájaros.

—Yo también iré —dijo Tom—. Ya he descansado bastante. Vosotras quedaos aquí. No tardaremos.

Las niñas deseaban descansar más después de la larga escalada y se alegraron de quedarse. Permanecieron tumbadas de espaldas escuchando el ruido que hacían los niños al trepar al repecho que había encima de la entrada de la cueva.

—Aquí el repecho saliente vuelve a formar una especie de camino angosto —oyeron que decía Tom—. ¡Vamos... por aquí debe haberse marchado ese hombre!

Los niños avanzaron por el camino rocoso. Se alegraron de que no les acompañasen las niñas, ya que en algunos puntos era muy estrecho... apenas un camino de cabras, según dijo Andy. ¡Aunque allí no existían cabras, ya que no había ni siquiera lo suficiente para alimentar a uno solo de estos animales! Poca cosa crecía en el acantilado rocoso, únicamente unas matas raquílicas de cuando en cuando.

Al doblar un recodo del acantilado advirtieron el rumor de una corriente.

—La cascada —dijo Andy—. Debe brotar por aquí cerca. Que yo recuerde bloquea el camino por completo.

En seguida descubrieron la cascada. Era un magnífico espectáculo, aunque la cascada no era muy grande, pero la vista de aquel torrente de agua surgiendo del acantilado, para tomar un arco en el aire y luego caer sobre las empinadas rocas, rutilantes y resplandecientes, hizo que los dos niños se detuvieran maravillados.

—Ojalá pudieran contemplarlo las niñas —comentó Tom—. Volvamos para decírselo.

—No hay tiempo —replicó Andy—. Tom, es extraño que todavía no hayamos visto a ese hombre, ¿no te parece? No hay ningún sitio donde pudiera esconderse en todo este camino hasta aquí. Ni siquiera un lugar para que pueda ocultarse un conejo.



¿Dónde estará metido?

—¡Detrás de la cascada, naturalmente! —exclamó Tom.

—No podría pasar más allá —dijo Andy—. ¿No ves que el agua bloquea el camino por completo? ¿Quién podría atravesar esa terrible cortina de agua? El torrente lo habría arrastrado.

Ahora los niños estaban junto al salto de agua que caía por el acantilado con un estrépito tan ensordecedor como el de los pájaros. Tuvieron que alzar la voz para oírse.



Tom contempló el agua que surgía del agujero del acantilado. La imaginaba corriendo por el oscuro y silencioso corazón del acantilado, oculta en estrechos canales y túneles... hasta surgir a la luz del sol y saltar con alegría para unirse allá abajo con el mar chispeante.

Estaba intrigado. ¡Cierto que era muy extraño pensar que el hombre cuyas piernas habían visto ya no se divisaba en parte alguna! ¿Habría caído por el acantilado? ¿Qué pensamiento más horrible!

—¿Tú crees que se habrá caído? —preguntó Tom, y Andy meneó la cabeza.

—No. Debe estar acostumbrado a estas rocas, o no hubiese estado aquí. Tiene que hallarse en alguna parte.

—Bueno, pero ¿dónde? —quiso saber Tom comenzando a exasperarse—. No le hemos pasado... y tú dices que nadie puede atravesar la cascada sin ser arrastrado por la corriente... y tampoco crees que se haya caído por el acantilado. Entonces, ¿dónde está?

—No lo sé —replicó Andy con el ceño fruncido y recorriendo con la vista los

alrededores por si descubría algún camino encima de la cascada, pero allí el acantilado era liso y empinado. Nadie hubiera podido pasar por encima de la cascada utilizando ese camino. Se inclinó para mirar debajo del agua, que formaba un arco al salir de las rocas.

—No. Sería demasiado peligroso tratar de pasar por ahí debajo —comentó—. Y de todas formas no parece que haya ningún repecho por el otro lado. ¡Canastos, es un rompecabezas!

Se volvieron para regresar completamente desconcertados. Mientras iban por el camino el ruido de la cascada pareció decrecer de pronto. Los niños miraron hacia atrás.

—El torrente ya no es tan caudaloso —observó Tom—. Ahora sale menos agua, mira.

—Supongo que varía —dijo Andy—. Supongo que algunas veces es una corriente copiosa de agua y otras disminuye y apenas si hay cascada.

—Sí. Apuesto a que después de un fuerte chaparrón la cascada es enorme —asintió Andy—. Y que durante una temporada de verano muy seca apenas saldrá agua. Depende de lo que haya llovido.

—Es curioso..., la cascada casi ha desaparecido ahora —dijo Tom—. ¡Es apenas un chorrito! Me pregunto por qué.

—Vamos —dijo Andy impacientándose—. Las niñas se estarán preguntando si nos ha ocurrido algo.

Doblaron un recodo y volvieron junto a las niñas, que les aguardaban con impaciencia.

—Ni rastro de ese hombre —dijo Tom ante su asombro—. ¡Sencillamente se ha desvanecido en el aire! Es curioso, ¿verdad?

—Sí —dijeron las gemelas, sorprendidas, y quisieron saber todo lo referente a la cascada y cómo era.

—Os lo contaremos durante el viaje de vuelta —replicó Andy—. Se está haciendo tarde y debíamos regresar. Además tengo apetito. Ya sabéis que sólo hemos tomado un tentempié.

Comenzaron el descenso... y cuando apenas habían avanzado un trecho, oyeron un sonido que volvió a sorprenderles.

—¡Ese silbido otra vez! —exclamó Andy—. ¡Bien, entonces ese hombre *anda* por ahí! ¿Pero dónde diantres se esconde? ¡Cómo me gustaría saberlo!

Capítulo V

Buen viaje de regreso

¡Desde luego era sorprendente volver a oír silbar a aquel hombre, cuando estaban convencidos de que no había nadie cerca!

Andy se detuvo para mirar atrás, pero no pudo localizarlo.

—No podemos regresar para echar otro vistazo —dijo—. No tenemos tiempo. ¡Canastos! ¿Dónde pudo estar ese hombre, Tom, mientras nos acercábamos a la cascada?

—Eso me intriga —repuso Tom—. Pero no importa... lo dejaremos. ¡Prefiero comer antes que ir a averiguar dónde se esconde ese hombre!

De manera que fueron bajando y bajando. Era mucho más sencillo descender que subir. Jill fue sensata y esta vez no miró al mar, por si acaso volvía a sentir vértigo. Al cabo de un rato se hallaban seguros en las rocas al pie del acantilado. No lejos de allí discurría el río subterráneo, surgiendo turbulento de la caverna al pie del acantilado.

Pronto estuvieron de nuevo en el bote, que se mecía gentilmente en el remanso donde lo habían anclado. Subieron a bordo y las niñas bajaron a la cabina para buscar la comida. Jamón frío. Huevos cocidos otra vez. Panecillos y una gran lata de melocotones en almíbar. ¡Qué comida tan estupenda cuando se tiene buen apetito!

—Para después hay chocolate si alguien tiene más hambre —dijo Jill—. ¡Mamá ha puesto docenas de barras! Hay también uno con frutas y otro con nueces. Parece riquísimo.

—¿Tenemos tiempo de comer primero, o será mejor marcharnos en seguida? —preguntó Tom que deseaba comer inmediatamente. Andy observó la posición del sol en el cielo.

—Ya son mucho más de las doce —dijo—. Será mejor que nos marchemos ahora y que comamos durante el viaje. El viento no va a ayudarnos mucho, aunque se ha levantado un poco. Yo volveré a tomar el timón.

Los dos niños remaron hasta sacar el bote al mar abierto. Pronto avanzaron a toda vela, aunque no tan de prisa como antes. Se estaba muy bien en cubierta bajo el cálido sol de la tarde. Los niños acallaron su apetito con el jamón, el pan, los huevos y los melocotones. ¡Sólo Tom pudo comerse el chocolate al final, y lo hizo perezosamente, como si no le apeteciera!

—Creo que llegaremos antes de anoecer —comentó Andy—. Mirad, ahí está el canal entre las rocas... y ahí es donde se desvía hacia el peñón del Contrabandista.

Los niños contemplaron el agua mansa del canal entre los dos arrecifes y aguzaron la vista para echar otro vistazo a la extraña y rocosa isla llamada el peñón

del Contrabandista. Sí, allí destacaba en la distancia, una roca desolada y sola, a la que nadie se acercaba hoy en día. ¡Aunque sería bastante divertido explorarla!

—¿Iremos allí algún día, Andy? —le preguntó Tom—. Tal vez resulte divertido. Podríamos buscar las viejas cuevas que utilizaban los contrabandistas.

—De acuerdo —replicó Andy—. Si quieres, iremos. Es un viaje agradable. ¿Verdad que el bote navega como un pájaro?

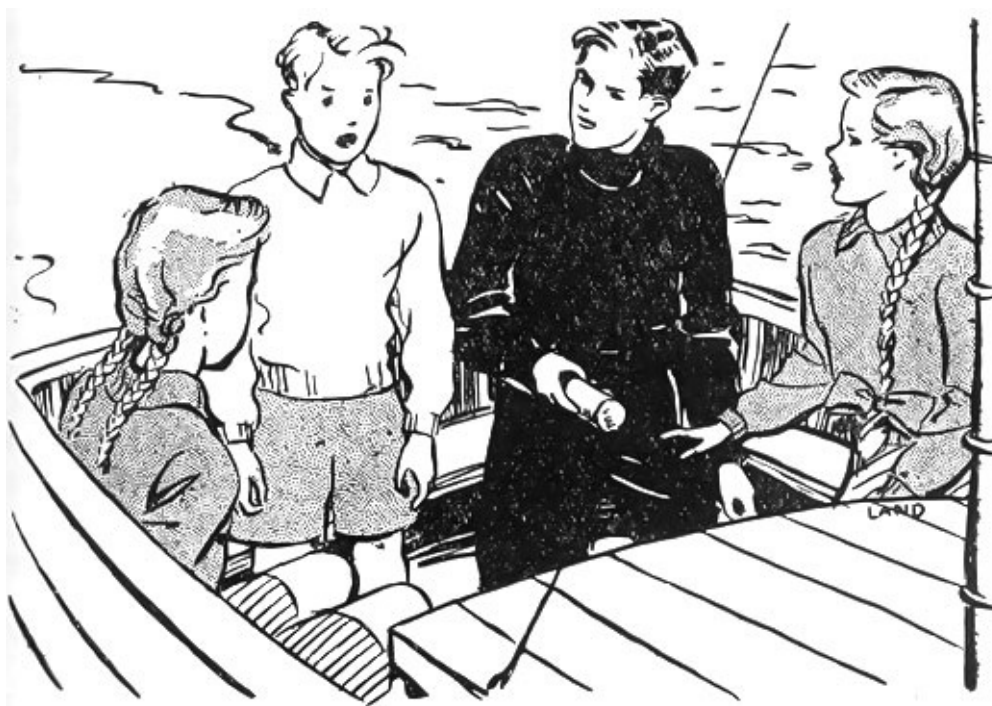
Cierto. Era ligero y fácil de manejar y a los niños les parecía algo vivo. Les encantaba el flamear de su vela y sus crujidos. Les gustaba el batir del agua contra su casco y la estela blanca que dejaba detrás como una cola de plumas.

—Yo creo que todos los nidos debieran tener un bote de su propiedad —dijo Tom—. A mí me gustaría tener un bote, un caballo, un perro, y...

Se detuvo en seco, con aspecto tan preocupado que las dos niñas se alarmaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jill.

—¿Sabéis lo que he hecho? —dijo Tom—. ¡He olvidado mi cámara fotográfica! ¡Siempre me pasa lo mismo! Mi mejor cámara, la que me regaló papá por Navidad. Costó muchísimo dinero y yo le prometí fielmente tener más cuidado con ella que con la vieja. Y ahora me la he dejado olvidada en el acantilado de los Pájaros.



—¡Tonto! —reprochóle Mary—. Eres muy descuidado. Mamá se enfadará mucho.

—Bueno, una de vosotras podría haber sido lo bastante lista para darse cuenta de que me la había olvidado —replicó Tom, enojado—. ¿Es que no tenéis ojos? ¡Qué mala suerte! Andy, ¿no podemos volver?

—¿Qué? ¡Volver y trepar otra vez por el acantilado! —exclamó Andy—. No seas bobo. Ya sabes que no tenemos tiempo. No me atrevería a llevar el bote hasta casa en

la oscuridad por estas aguas tan peligrosas.

—No hice ninguna fotografía y ahora me he dejado mi cámara —se lamentó Tom—. Y además, ¡es tan bonita! Debo haberla dejado en el fondo de la cueva donde nos refugiábamos para descansar. Cielos... espero que ese hombre que silbaba no la encuentre y se la lleve.

Era en verdad un pensamiento alarmante y todos se quedaron pensativos. Una cámara tan buena como la de Tom era muy valiosa, un verdadero tesoro. Tom no comprendía cómo pudo olvidarla. Pero Tom a veces cometía muchas tonterías. ¡Cómo iban a enfadarse sus padres!

Tom estaba tan abatido que Andy se compadeció de él.

—Anímate —le dijo. Un día de esta semana volveremos por ella. Si consigo que mi padre me deje otra vez el bote volveremos al acantilado de los Pájaros... y tal vez visitemos el peñón del Contrabandista.

Todos se animaron. ¡Sería estupendo! Saldrían bien temprano... incluso más que esta vez... o tal vez su madre les permitiera dormir a bordo del bote. ¡Entonces podrían pasar un día entero en el peñón del Contrabandista! Comenzaron a hablar del asunto con los ojos brillantes.

—No te hagas demasiadas ilusiones —dijo Andy mientras dirigía el bote entre los dos peligrosos arrecifes—. Ya sabes lo que ocurrió la última vez que vuestra madre os dio permiso para pasar un par de noches navegando... que naufragamos y vivimos en una isla durante siglos y nos encontramos metidos en un nido de submarinos y aviones enemigos.

—Bueno, no creo que *aquí* vaya a ocurrir nada de eso —repuso Tom mirando la desolada costa ante la que pasaban—. Vaya, no se ve ni un barco ni un avión en el horizonte.

—Entonces quisiera saber lo que estaba mirando aquel hombre con sus prismáticos —observó Jill, y eso hizo que todos recordaron al hombre del silbido.

Comenzaron a hablar otra vez del misterio de cómo pudo haber desaparecido desde el lugar en que le vieron hasta la cascada.

—Te digo que en todo el camino no había un agujero lo bastante grande para esconder un conejo siquiera —dijo Tom—. Debiera haber estado por allí... y no lo vimos. ¡Se había desvanecido en el aire! ¡Casi creí que lo había soñado!

—Bueno, pues volvió del aire otra vez —dijo Mary, riendo—. Oímos su silbido cuando nos marchábamos. Su escondite no puede estar muy lejos.

El misterio del escondite de aquel hombre les mantuvo interesados cierto tiempo. Fue Jill la que hizo la primera sugerencia sensata.

—¡Ya sé! —exclamó sentándose en cubierta—. ¡Ya sé a dónde fue!

—¡Lo sabes! —exclamó Tom.

—Apuesto a que aguardó a que el torrente menguara un poco... como vosotros

dijisteis que ocurrió, recuérdalo... y entonces entró por la abertura de donde brota el agua y allí penetró en el acantilado —exclamó Jill, triunfante. Pero los otros apenas comprendieron lo que les decía, tan extraño les resultaba.

—¿Qué? ¿Quieres decir que ese hombre penetró en el acantilado a través del agujero por donde sale la cascada? —preguntó Tom al fin—. ¡Valiente idea! Jamás se escondió allí. Se hubiese empapado.

—Bueno... pues, ¿dónde se escondió entonces? —insistió Jill—. Estoy segura de que a ti no se te ocurre nada mejor. Me atrevo a asegurar que desde allí parte un camino que va al corazón del acantilado. ¡Estoy segura!

Jill estaba satisfecha con su idea y siguió hablando de ella, consiguiendo que poco a poco los demás se interesaran.

—Puede que Jill tenga razón —dijo Andy con los ojos fijos en las azules aguas que tenía ante sí—. Ciertamente es posible que entrase por el agujero de la catarata, una vez el agua menguara hasta convertirse apenas en un chorrito... como ocurrió cuando nos alejábamos de allí.

—¡Vayamos a averiguarlo cuando volvamos a por la cámara de Tom! —propuso Mary—. ¡Debemos hacerlo! No puedo soportar que quede un misterio sin resolver. No puedo quedarme sin saber a dónde fue el hombre que silbaba... y qué es lo que está haciendo ahí también.

—Qué piernas más horribles tenía —observó Jill—. Me gustaría descubrir su escondite y quién es... pero no quiero tener que ver con él nada en absoluto.

—Nos mantendremos apartados de su camino —repuso Andy—. Oye, Tom, ¿quieres coger el timón un rato? Ahora es sencillo.

Tom tomó el timón de buena gana. Las niñas sintieron sueño y se tumbaron sobre unas mantas en la cubierta. Era muy agradable sentir el calor del sol del mediodía. El bote avanzaba alegremente. Siempre parecía disfrutar del viaje.

—Es un bote feliz —murmuró Jill, somnolienta—. Le gusta llevarnos consigo. Éste es un día de fiesta para él. Cielos, cuánto sueño tengo. Despertadme a la hora de la merienda.

Merendaron a las cinco, cuando el sol declinaba por el cielo del oeste. El viento levantaba pequeñas olas en el mar y el *Andy* subía y bajaba alegremente. Los niños eran todos buenos marineros y ni siquiera se les ocurrió la idea de marearse. El sol se ocultó tras las nubes y el frío de la tarde se extendió sobre el mar. Todos se pusieron otra chaqueta y el impermeable. ¡Al fin y al cabo estaban sólo en abril!

—Llegaremos a cesa antes de anoecer —dijo Tom observando el sol poniente—. Hemos pasado un espléndido día en el mar. Además, fue divertido trepar por el acantilado y contemplar todos esos pájaros.

—Y será divertido volver para averiguar si existe realmente un escondite detrás de la cascada —comentó Jill—. Y me *encantará* ir al peñón del Contrabandista.

¿Cuándo podremos volver, Andy?

—Creo que el tiempo está cambiando un poco —observó Andy mirando el cielo—. Mañana habrá lluvia y borrasca y tal vez durante el resto de la semana. Debemos escoger un buen día para volver a salir. Sería un viaje muy incómodo con mal tiempo.

Llegaron antes de que se hiciese de noche y ya el cielo se había cubierto de grandes nubes y comenzaban a caer pesadas gotas de lluvia. Su madre se tranquilizó al verlos, disgustándose mucho al saber que Tom se había olvidado la cámara fotográfica.

—Tendrás que volver a buscarla —le dijo—. Es demasiado buena para dejarla por ahí. ¡Qué descuidado eres, Tom! De nada sirve regalarte cosas buenas.

—Lo siento muchísimo, mamá —apenóse Tom—. Te prometo que volveremos a buscarla el primer día que haga bueno. Andy dice que el tiempo cambiará durante unos días... pero en cuanto vuelva la bonanza iremos a buscar mi cámara.

—Y buscar ese escondite y ver el peñón del Contrabandista —dijo Jill por lo bajo—. Mary, ¿no crees que mamá nos dejará pasar la noche fuera? ¡Entonces sí que podríamos explorar bien el peñón del Contrabandista!

Capítulo VI

Navegando otra vez

Los días siguientes, como Andy pronosticara, fueron húmedos y desapacibles, pero la pesca fue buena, y los niños, con impermeables y botas de goma sobre sus tejanos lo pasaron en grande ayudando a sacar el pescado. Andy trabajaba de firme. Las redadas eran espléndidas y su padre estaba satisfecho.

—Puede que me conceda dos o tres días de fiesta —les dijo Andy—. Cuando vuelva el buen tiempo nos llevaremos el *Andy* otra vez. Es lo que más me gusta.

El padre de Andy fue a cenar con ellos una noche. A la madre de los niños le agradaba aquel hombre silencioso de rostro severo y le obsequió con una cena espléndida. Los niños la compartieron charlando por los codos.

—¡Le van a ocasionar dolor de cabeza! —dijo mamá al padre de Andy.

—¡Oh, no chillan más que las gaviotas! —repuso el pescador con un guiño.

—¡Pero nosotros somos mucho más útiles que las gaviotas! —exclamó Mary—. Esta semana le hemos ayudado mucho. ¡Usted lo dijo!

—Lo habéis hecho —asintió el pescador—. Andy os ha enseñado un buen montón de cosas. Sois muy buenos chicos. No sois entrometidos ni os hacéis daño, como les ocurre a la mayoría, que son pequeñas calamidades.

Aquél era un hermoso y largo discurso del padre de Andy. Los niños estaban encantados. Jill aprovechó su buen humor.

—¿Podrá dejar a Andy libre un par de días? —le preguntó—. Queremos volver a salir solos en el *Andy*.

—Le concederé dos días de fiesta —repuso el pescador sacando su pipa—. ¿Puedo fumar, señora?

—Gracias, papá —dijo Andy.

—¡Entonces iremos al peñón del Contrabandista! —exclamó Tom—. ¡Hurra!

—¿Dónde está eso? —preguntó su madre al punto.

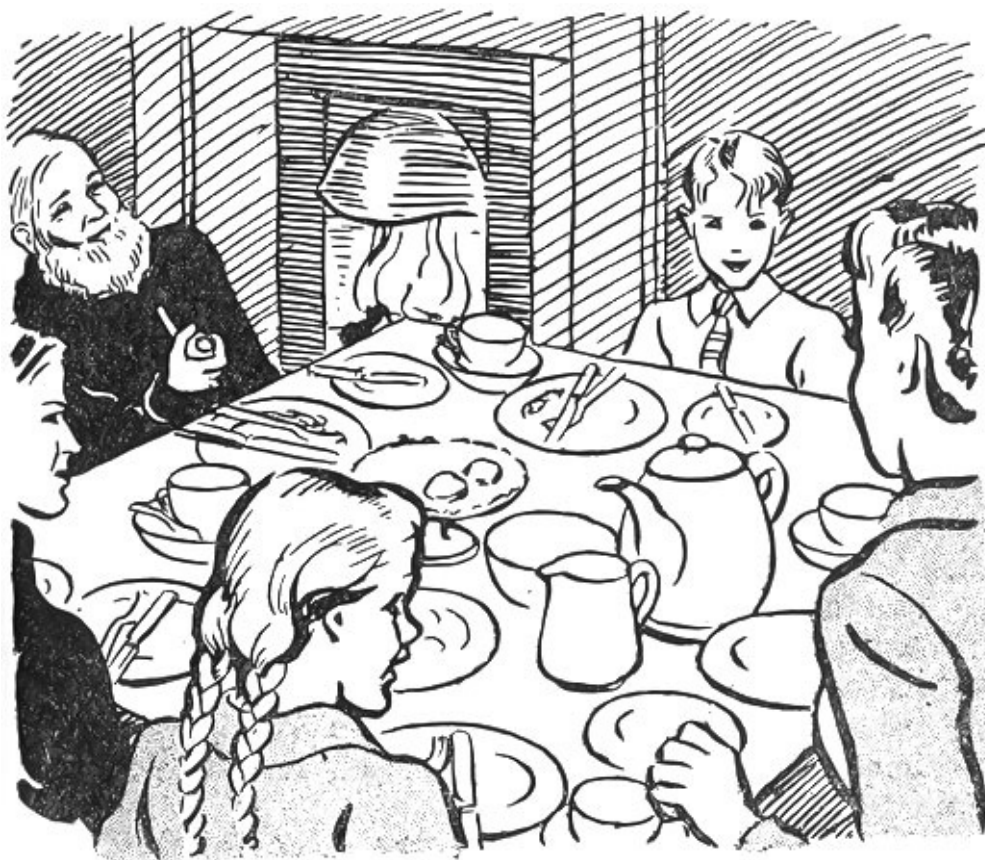
—Oh, es un lugar que vimos el otro día cuando íbamos al acantilado de los Pájaros —repuso Tom sin darle importancia—. Mamá, como Andy tendrá dos días libres, ¿no podríamos pasar todo el tiempo a bordo del bote? Me gustaría ir al acantilado de los Pájaros y tener tiempo para sacar algunas instantáneas... si consigo encontrar mi cámara... y luego queremos ir al peñón del Contrabandista. Parece atrayente.

—¡Pasar la noche fuera, no! Ya sabéis que no me gusta.

—Pero Andy estará con nosotros. Y nos cuidará, ¿verdad? —dijo Tom dirigiéndose al padre de Andy, que ahora lanzaba grandes bocanadas de humo espeso

—. Andy pasa muchas veces la noche fuera con usted, ¿no es cierto?

—Andy está acostumbrado a pasar las noches en el bote —replicó el pescador de muy buen talante después de aquella magnífica cena—. No os ocurrirá nada estando con Andy. Puede usted confiar en mi chico, señora.



—Oh, ya lo sé —repuso la madre de los niños—. Es que... bueno... después de su aventura del año pasado no me siento con ánimos de dejarles navegar solos otra vez.

—Vaya, señora. No supondrá que pueden ocurrir dos aventuras como aquélla, ¿verdad? —dijo el pescador—. ¡Ésa fue una aventura que sólo ocurre una vez en la vida! Déjeles ir... estarán bien con Andy. Puede anclar el bote en aguas tranquilas y dormirán cómodamente si se llevan bastantes mantas.

Quedó todo arreglado sin discusiones ni dificultades. ¡Estupendo! Les niños rezumaban satisfacción y estaban muy agradecidos al padre de Andy por haberles facilitado las cosas. ¡Parecía haber acallado los temores de su madre por completo!

A la noche siguiente Andy fue a su casa.

—El tiempo está cambiando —les anunció—. ¿Veis el cielo? Saldremos mañana si queréis. Traed toda la comida que podáis, yo también llevaré algo. ¡Conociendo el apetito de Tom será mejor que llevemos provisiones en abundancia para dos días y una noche!

Mamá siempre tenía un buen depósito de alimentos en conserva y autorizó a los

niños para que cogiesen lo que les apeteciera. Obedecieron al pie de la letra y pronto el *Andy* estuvo bien provisto de toda clase de cosas, desde sardinas hasta pina tropical en conserva. Andy llevó también algunas casillas y se quedó asombrado al contemplar el montón de alimentos que había ya en los armarios de la cabina.

—¡No vamos a necesitar tanto! —exclamó—. Bueno... no importa... ahora no vamos a molestarnos en sacarlo. ¿Trajisteis mantas? Necesitaremos muchas para dormir. Mañana por la noche las niñas pueden dormir en la cabina... y nosotros sobre la cubierta. Pondremos una lona a nuestro alrededor para resguardarnos del viento.

Pronto hubo también montones de mantas a bordo del *Andy*, así como algunos almohadones de la casa. Era casi de noche cuando los niños terminaron de abastecer el bote. Les parecía que iban a emprender un viaje muy, muy largo... ¡Pasar la noche fuera les producía esa sensación!

Salieron a las ocho de la mañana y su madre fue a despedirles al muelle.

—¡Buen viaje, haced muchas fotografías y encontrad muchos contrabandistas en ese peñón! —les dijo—. Tom y Andy, cuidadme bien a las mellizas.

—¡Naturalmente! —exclamaron los niños.

Andy empuñó el timón y el pequeño bote se alejó bajo el sol de la mañana. Pequeñas olas rizadas iban rozando sus suaves costados y cabeceaba un poco.

—¡Ya vuelve a ser feliz! —exclamó Jill—. ¡Y nosotros también! ¡Adiós, mamá! ¡Hasta mañana por la noche!

Pronto el bote dobló el extremo de la bahía rocosa y se perdió de vista. Los niños se acomodaron para disfrutar de la travesía. Todos amaban el mar y se encontraban como en su casa. Contemplaron las gaviotas que planeaban en el aire. Las vieron también posadas sobre el agua meciéndose sobre las rizadas olas. ¡Comenzaba su viaje!

El viento era fuerte y el *Andy* avanzaba de prisa. Mary, que había permanecido despierta la noche anterior debido al nerviosismo, se quedó dormida. La espuma del mar saltaba sobre ella, pero no se despertó. Los otros charlaban y Jill volvió a poner de manifiesto su punto de vista sobre el escondite, que estaba segura debía hallarse detrás de la cascada.

—Lo que realmente quisiera saber es dónde dejé mi cámara —comentó Tom—. Estoy casi seguro que la olvidé en la cueva donde descansamos. Espero que siga allí.

Ahora recorrían el canal entre los dos arrecifes. Más tarde divisarían el peñón del Contrabandista en la distancia, pero hoy no pensaban dirigirse allí, sino que irían mañana.

Penetraron en la cala donde anclaron la otra vez y al instante llegó hasta ellos el ensordecedor clamor de los miles de pájaros.

—Esta vez no miraré al acantilado para no ver cómo caen sus huevos —dijo Jill—. ¡Qué pájaros más descuidados! Me pregunto cómo conocerán sus propios

huevos... y qué es lo que piensan cuando vuelven y comprueban que han desaparecido...

—Supongo que pondrán otros y en paz —repuso Tom—. ¡Mary, despierta! ¡Ya hemos llegado! Hace siglos que duermes.

—Volveremos a anclar en esa cala poco profunda —dijo Andy, y muy pronto el ancla descendía, salpicándolo al tocar el agua.

No había nadie por allí. El lugar parecía tan desierto como antes, exceptuando a los ruidosos pájaros. ¿Pero quizá el hombre silbador estaba oculto en algún sitio? ¿O tal vez se hubiese marchado?

—Cojamos algo de comida y subamos hasta el lugar donde descansamos el otro día —propuso Andy—. Allí podemos comer. Hay una vista magnífica sobre el mar. Puede que encontremos tu cámara, Tom, y podrás hacer fotos.

Todos pensaron que era una buena idea y cogieron la comida que necesitaban y la pusieron dentro de dos mochilas que los niños se echaron a la espalda.

—Esta vez no mires para abajo, Jill —le recomendó Andy—. Es siempre un error cuando se trepa. Mira siempre hacia arriba. ¿Todos listos?

Comenzaron la escalada siguiendo a Andy, que parecía conocer los mejores puntos de apoyo para los pies y las manos. Jill no miró hacia abajo y todo fue bien. No tardaron en jadear y bufar, ya que el día era caluroso.

Se alegraron de llegar al lugar donde descansaron la otra vez. Jill se dejó caer, agotada. Tom lanzó una exclamación de alegría al recoger su cámara, que se hallaba al fondo de la cueva, donde la dejara pocos días antes.

—¡Mirad! ¡Está aquí! Yo creo que el silbador se ha ido o de otro modo la hubiera visto y cogido. Cielos, *cuánto* me alegro de tenerla otra vez.

Celebraron una comida larga y tranquila en el repecho saliente, maravillándose de la gran extensión de mar azul que se veía ante ellos. Las gaviotas se movían como puntos blancos y sus gritos plañideros llenaban el aire sin cesar.

—Puedes tomar algunas fotos de los pájaros incubando sus huevos —dijo Jill—. Vuelven en seguida.

—¡Me alegro de no tener que mirar aquellas horribles piernas peludas esta vez! —exclamó Mary tendiéndose en el suelo—. ¡Caramba, otra vez tengo sueño!

—Bueno, pues no te duermas porque queremos ir a echar un vistazo a la cascada que sale del acantilado —advirtióle Jill dándole unas palmadas.

—Sí, vamos —dijo Andy levantándose—. Y tened mucho cuidado por este camino, que en algunos sitios es bastante estrecho. Tú camina detrás, Jill, por si te acomete el vértigo.

Todos avanzaron por el repecho que rodeaba el acantilado a la izquierda de donde habían descansado. Buscaron la catarata. Allí estaba, desde luego... pero la corriente no era tan potente como antes. Era un simple chorrito comparada con lo que fue el

otro día.

—¡Curioso! —exclamó Andy—. Yo hubiera dicho que con tanta lluvia la cascada debía ser bastante caudalosa. Vamos. ¡No hay necesidad de temer que ese poco de agua nos pueda lanzar por el acantilado! ¡En este momento no es más que un ridículo surtidor!

Se acercaron a la cascada. Más allá el repecho por donde caminaban terminaba bruscamente. Por el otro lado no había más camino. El agua salía por un agujero del acantilado para caer hacia abajo. Andy se acercó cautelosamente y examinó la abertura.

Lanzó un grito.

—¡Cualquiera puede entrar ahí ahora! ¡Cualquiera! Apuesto a que ese hombre se fue por aquí. Aguardó a que el torrente amainara y luego saltó. Éste es su escondite.

—¿Pero por qué se esconde? —preguntó Jill, intrigada—. ¡Aquí no hay nadie de quien esconderse!

—¿Podemos entrar? —preguntó Tom, excitado—. Sí, apuesto a que sí.

—No, no, no vas entrar —dijo Andy—. Suponte que el agua vuelve de pronto a cobrar fuerza. ¡Te lanzaría por el acantilado, tonto! No hagas semejante cosa.

Tom frunció el ceño.

—De acuerdo —accedió volviéndole la espalda—. Bueno, este misterio está resuelto. Por ahí se fue ese hombre. Pero si no vas a dejarnos explorar más allá, no sabremos lo que esconde ni nada sobre él. ¡Eres un estropeaplanes!

—No puedo evitarlo —repuso Andy dirigiéndole una mirada de enojo—. Soy el responsable. ¡Ve a sacar unas cuantas fotos de los pájaros ahora que el sol está tan brillante!

Tom no contestó, pero se hizo el propósito de volver a la cascada para descubrir algo más tan pronto como los otros no le vieran. ¡Y de apetecerle se metería por la abertura! ¡Para demostrar a Andy que sabía obrar por sí solo!

Capítulo VII

Tom desobedece

—Me gustaría volver a bajar y explorar las rocas del pie del acantilado —dijo Jill cuando regresaban de la cascada—. Quisiera ir al lugar donde el río subterráneo sale del acantilado. Parece interesante.

—Sí, vamos —exclamó Mary—. Será agradable librarse del viento por un rato. Hoy hace bastante frío aquí.

—De acuerdo. Bajemos entonces —se avino Andy—. ¿Vienes, Tom?

Pero Tom tenía otras ideas y respondió:

—No... creo que no iré con vosotros. Intentaré sacar algunas fotos de los pájaros ahora que estoy aquí arriba y he vuelto a recuperar mi cámara. Me reuniré con vosotros más tarde. Intentaré hacer las fotos solo... los pájaros no se estarían quietos estando todos por aquí.

—¡Bueno... no tardes mucho! —gritó Jill comenzando a descender por el repecho del acantilado detrás de Andy—. ¡Y por amor de Dios no olvides tu cámara esta vez, Tom!

Tom se sentó contemplando las gaviotas y otras aves marinas que planeaban en la corriente de aire que soplaba en lo alto del acantilado. Eran magníficas. Tom deseó tener también unas grandes alas blancas y poder extenderlas para ir planeando y trazando círculos contra la fuerte brisa. Debía ser una sensación maravillosa, pensó.

Podía oír las voces de los otros en alas del viento mientras iban descendiendo despacio. Luego las gaviotas comenzaron de pronto a chillar todas, como tenían por costumbre, y ya no pudo oír nada más.

«Será mejor que saque algunas fotografías antes de tratar de explorar el agujero de la cascada», pensó Tom.

De manera que se arrastró por el repecho y aguardó a que las aves marinas que se habían alborotado volvieran a incubar sus huevos.

Hizo algunas fotografías considerándolas muy buenas. Luego dejó su cámara al fondo de la cueva donde habían comido y se dirigió a la parte del acantilado donde se hallaba la cascada.

El corazón le latía con fuerza. Sabía que Andy se hubiera enfadado de saber que iba a desobedecer sus órdenes.

«Pero al fin y al cabo, tengo trece años y soy capaz de cuidar de mí mismo —pensó Tom—. Me sorprende que Andy no haya sentido la tentación de ir a inspeccionar ese agujero. ¡Caramba, cómo van a mirarme los otros cuando sepan que he entrado en esa abertura y descubierto el lugar donde se escondió ese hombre el

otro día!».

Llegó a la cascada, que no era más que un hilillo de agua. Al parecer no había ningún peligro de que brotara aquel torrente de agua, como el otro día.

Tom atisbó cautelosamente por la abertura de donde salía el agua. Se deslizaba sobre un lecho rocoso y había ido formando una especie de canal con su paso. Hasta donde Tom podía ver había un repecho saliente sobre el agua. Cualquiera podría caminar por él manteniéndose seguro y seco.

Buscó en su bolsillo. Sí, allí estaba su linterna, envuelta en varios dobleces de plástico delgado, para que la espuma o las salpicaduras del agua del mar no la mojasen. La necesitaría en cuanto penetrase en el agujero de la cascada.

Se subió al agujero de la roca. Era alto, pero estrecho. El agua le mojó al entrar, pero no le importó. Fue avanzando con cuidado por el agua hasta el borde rocoso que había en ella.

Ahora estaba a salvo del agua... a menos, naturalmente, que la corriente creciera por alguna razón y llenara la abertura por completo, como hiciera la primera vez que los niños la habían visto. Tom se estremeció un poco al recordarlo. ¡No sería agradable para él que ocurriera! Lo mejor sería avanzar un poco y así se sentiría más seguro.

Encendió la linterna y miró el oscuro túnel por donde venía el agua. Fluía por el canal rocoso que ella misma había horadado durante tantos años, y junto a ella estaba el repecho rocoso a continuación del que Tom ocupaba en aquel momento.

Sólo exploraré un trocito —pensó el niño, muy excitado—. Nada más para ver si encuentro el escondite de aquel hombre. Puede que encuentre algo que me diga dónde está... resulta tan extraño que un hombre viva en un lugar tan desolado. ¡Tal vez se oculte de la policía!

Comenzó a avanzar por el estrecho pasillo. El techo del extraño túnel era bajo y no resultaba muy cómodo tener que andar agachado. Tom cogió su linterna con los dientes para poder tener las dos manos libres y apoyarse en la roca para avanzar.

El repecho continuaba unos pocos metros y luego se inclinaba un poco, de manera que el agua pasaba por encima de él. ¡Qué fastidio! ¿No iba a poder seguir adelante? Tom se quitó la linterna de la boca para iluminar a su alrededor. Vio por delante, y no muy lejos, que el túnel parecía ensancharse... formando una cueva tal vez. ¡Tenía que averiguarlo, aunque ello significara mojarse!

Esta vez tuvo que avanzar por el agua del repecho y se mojó mucho, pero ahora estaba muy excitado y ni siquiera notó el frío. Fue avanzando agachado y descubrió que, de pronto, el estrecho túnel terminaba y más allá había una gran cueva, en el mismo corazón del acantilado. ¡Qué extraordinario!

A lo largo del suelo de la cueva, casi al nivel del suelo rocoso, discurría el arroyo que luego penetraba en el túnel de roca y más tarde se convertía en cascada.

Resultaba extraño ver el agua silenciosa discurriendo en la oscuridad, procedente de Dios sabe dónde.

Tom fue iluminando toda la cueva con su linterna. Aquél era un buen escondite. Allí era seguramente donde se ocultó el hombre, pero no había el menor rastro de él.

Un inmenso silencio reinaba en el corazón del alto acantilado. Por la estrecha entrada no penetraba el rumor de los pájaros, ni ninguna ráfaga de viento alteraba la quietud de la atmósfera. Era como vivir en un extraño sueño.

«Ojalá estuvieran aquí los otros —pensó Tom—. Me gustaría que la vieran conmigo. Iré a buscarlos. Pero primero iluminaré con mi linterna toda la cueva para tratar de descubrir siquiera un pequeño indicio de la presencia del hombre silbador... una colilla... o tal vez una cerilla».

Dirigió su linterna a todas partes. La cueva tenía un techo alto y el suelo desigual y sus paredes eran brillantes. El agua que discurría silenciosa por el centro parecía venir de la entrada de otra cueva más pequeña que había al fondo... pero a Tom no le apetecía adentrarse en aquella oscuridad.

Algo brillaba en el suelo cerca del agua. Tom dirigió su linterna hacia allí, preguntándose qué sería. Se agachó para cogerlo.

Era un pequeño botón de nácar, de esos que se cosen en las camisas del hombre. Pero era rojo en vez de blanco. Tom lo observó con atención. Ah... estaba seguro de que alguien utilizaba el agujero de la cascada y de que había entrado en aquella cueva. Pero era evidente que no vivía allí, porque no había el menor rastro de comestibles, ni ninguna cama. Quienquiera que hubiese estado allí, o que lo hubiera utilizado como escondite, debía haberse internado más. ¡Quizá todo el acantilado estuviese surcado de cuevas y túneles! Tom recordó el río subterráneo que surgía turbulento al pie de las rocas. Debía ir bajando por canales serpenteantes desde alguna parte.

Ojalá Andy hubiese estado allí. No sabía si seguir adelante o no. Tenía miedo de ser atropado por el hombre silbador... o cualquier otro. El hombre que silbaba tal vez no fuese el único en el acantilado. Quizá hubiese alguno más.

«No sé... creo que lo mejor será regresar con los otros —se dijo Tom para sus adentros—. Me asusta un poco estar aquí solo... y si sigo adelante tal vez me pierda. Regresaré».

Iluminó la cueva con su linterna una vez más... y de pronto observó que el arroyo que discurría por el canal del suelo de la cueva había crecido. Ahora había inundado el suelo rocoso y casi llegaba al lugar donde estaba Tom.



«¡Mirad eso! —se dijo Tom con sorpresa mientras observaba el agua—. ¿Por qué habrá crecido así? ¡Canastos!, está inundado todo el suelo de esta cueva».

Y así era. El agua aumentaba de nivel cubriendo el suelo. Comenzó a producir ruido y Tom se alarmó.

«¡Cielos! ¡Ya sé lo que está ocurriendo! ¡El torrente de agua debe haber sido incrementado de pronto por alguna razón... y viene hacia aquí... y hará que la catarata vuelva a ser enorme! ¡Si no me marcho ahora, seré arrastrado por la corriente y lanzado al abismo por la catarata!».

No era un pensamiento agradable y Tom corrió por el suelo encharcado de la cueva hasta el estrecho túnel por donde el agua iba a buscar el aire libre. ¡Pero ya el estrecho túnel estaba lleno de agua! El repecho rocoso por donde había caminado apenas si se divisaba, ya que el nivel del agua lo cubría. ¡Dentro de pocos minutos el agujero de la estrecha abertura quedaría completamente bloqueado por el repentino aumento del caudal de la corriente!

«No me atrevo a salir ahora —pensó Tom—. No me atrevo, la verdad. O me ahogaría o sería lanzado por la catarata».

El agua cubría ya todo el suelo de la cueva y a Tom le llegaba hasta la rodilla. Se asustó. ¿Sería mejor ir a la cueva más al interior, la que iluminara su linterna cuando buscaba el lugar de donde venía el agua? Tal vez sí. Ahora ya no estaba seguro en aquella cueva. Sólo Dios sabía hasta dónde iba a subir el agua, y no había ningún sitio para subirse y aguardar a que el agua volviera a decrecer.

«Ojalá no me hubiese metido aquí —pensó con desaliento—. Ahora tal vez haya de permanecer varias horas prisionero y los otros padecerán por mí. ¡Qué estúpido

soy!».

Se dirigió al lugar más apartado de la cueva por donde entraba el agua por un túnel bastante alto, procedente de otra cueva más al interior. Tom avanzó por el agua, que ya le llegaba a la cintura. Tendría que ir vadeando hasta llegar a la otra cueva.

No estaba muy lejos... sólo a unos cuantos metros. El agua también inundaba el suelo de esta cueva... pero ante su sorpresa y contento, Tom vio unos toscos escalones tallados en la pared del fondo de esta nueva cueva. Dirigió su antorcha hacia allí. Sí, aquellos escalones conducían a una abertura en el techo de la cueva. Si conseguía subir hasta allí estaría a salvo del creciente caudal de agua. ¡Bien!

«Quisiera saber si estos escalones conducirán a otra cueva —pensó el muchacho—. Todo esto es sorprendente. ¿Quién hubiera imaginado la existencia de estas cuevas unidas entre sí en el corazón de este enorme acantilado?».

Fue subiendo los toscos escalones. En el techo había una abertura y unos soportes de hierro clavados en la roca facilitaban la ascensión. Tom volvió a coger su linterna con los dientes y se introdujo por la abertura, que daba a un túnel oscuro y silencioso que, zigzagueando, conducía Dios sabe dónde.

«Bueno... supongo que lo mejor es seguir adelante —pensó Tom tratando de mostrar mucho más valor del que sentía—. ¡Tiene que llevar a alguna parte!».

Capítulo VIII

La cueva escondida

Tom avanzó por el pasadizo serpenteante. Se percibió un olor raro, que no le agradaba. Esperaba que su linterna no se apagara de repente. ¡Suerte que las pilas eran nuevas! Hubiera sido horrible hallarse a oscuras y solo en el interior del acantilado.

El túnel zigzagueante, descendiendo. Era estrecho en su mayor parte y algunas veces el techo era tan bajo que Tom tuvo que agachar la cabeza para no golpearse. Otras, era tan alto que la linterna de Tom no iluminaba otra cosa que oscuridad. Todo era muy extraño.

«Me divertiría más si los otros estuviesen aquí —pensó tratando de conservar el ánimo—. Espero que este túnel conduzca a alguna parte. Casi desearía encontrar al hombre que silbaba, por lo menos tendría alguien con quien hablar».

Pero no encontró a nadie. El túnel continuaba y continuaba, siempre descendiendo. ¡Y de pronto percibió un olor curioso y familiar!

Tom olfateó el aire.

«Huele a humo de tabaco —pensó—. ¡Cielos! Entonces debe haber alguien cerca... alguien que está fumando un cigarrillo o en pipa. Será mejor que vaya con cuidado».

Anduvo lo más silenciosamente posible, velando la luz de su linterna con la mano. De pronto la apagó, pues vio una luz en la distancia. El túnel debía llegar a otra cueva, pensó... y en esa cueva había luz, lo cual significaba que allí había gente.

Se acercó más. Ahora podía oír voces... voces masculinas. Una de ellas era la voz ronca del hombre de las piernas peludas. Claro que Tom ignoraba cuál era su aspecto, puesto que sólo había visto sus piernas, pero reconoció aquella voz ronca, a pesar de que sólo le oyó pronunciar unas pocas palabras en el acantilado.

El corazón del niño comenzó a latir con fuerza. Se alegraba, desde luego, de que hubiese gente cerca... pero algo le decía que no iba a ser bien recibido. ¿Serían contrabandistas?

Se dirigió de puntillas hasta el final del túnel y atisbo con cautela. En la cueva se hallaban dos hombres... uno de ellos era evidentemente el de las piernas peludas, ya que las llevaba desnudas y Tom pudo ver sus enormes pies. Estuvo observando a los dos hombres, preguntándose si les enfurecería o no su repentina aparición.



Tuvo la impresión de que no iban a darle la bienvenida. El hombre peludo no era el gigante que los niños imaginaran..., sino un sujeto de aspecto curioso, de cuerpo rechoncho y fornido, brazos desnudos cubiertos de vello, una enorme cabeza casi sin cuello y una barba roja.

El otro hombre parecía un pescador vulgar, pero llevaba algo que rara vez usan los pescadores... un par de gafas, que contrastaban extrañamente con su rostro muy bronceado.

Los hombres charlaban sentados encima de unas cajas de embalaje. Tom no pudo entender lo que decían. Contempló la cueva con asombro, ya que en sus paredes se amontonaban cajas de embalaje y canastos. Tom no supo imaginar lo que habría en su interior. Aquello era a todas luces un depósito de alguna clase. ¿Pero por qué? ¿Y de dónde procedían todas aquellas cajas?

En un rincón de la cueva había un colchón. Entonces uno de aquellos hombres, o los dos, dormían allí. ¡Qué lugar tan extraño para vivir! Tom estaba intrigadísimo por todo aquello. Pero tenía el convencimiento de una cosa... de que aquellos hombres no celebrarían su presencia allí. Lo que estuvieran haciendo era algo secreto y privado, algo que deseaban mantener oculto.

«No me atrevo a pedirles ayuda —pensó desesperado—. Sencillamente, no me atrevo. No me gusta la mirada de ese hombre de las piernas velludas. Me parece que no le importaría arrojarme por el acantilado, lo mismo que arrojaba y aplastaba los huevos de los pájaros».

Aguzó el oído para oír lo que decían, pero no pudo entender ni una palabra. Tal vez hablasen en idioma extranjero. Ciertamente que el hombre que vestía de pescador, el que llevaba lentes, parecía extranjero. Todo era de lo más extraordinario.

Tom preguntóse si era posible que se tratase de un sueño muy real. Entonces volvió a oler a tabaco y comprendió que no era así. ¡Las cosas no huelen tanto en sueños!

Uno de los hombres miró su reloj y se puso en pie haciendo un gesto a su compañero con la cabeza. Los dos se dirigieron a un agujero del suelo que Tom no podía distinguir con claridad desde donde estaba, y bajaron por él. ¡Por lo menos desaparecieron por completo!

Tom aguardó unos momentos y luego acercóse al agujero y miró abajo. No había nada que ver. Los hombres se habían marchado y Tom no se sintió inclinado a seguirles. En primer lugar porque no veía la forma de bajar por el agujero, pues no había peldaños ni agarraderos ni nada que pudiera servir de ayuda.

Miró a su alrededor. Apenas podía distinguir las paredes de la cueva, ya que estaban cubiertas de montones de cajas de todos tamaños. ¿Qué habría en su interior?

Los hombres habían dejado una lámpara encendida sobre una caja en mitad de la cueva. ¿Acaso significaba que iban a regresar pronto? Tal vez sí. Tom consideró prudente que no le encontrasen allí a su regreso.

¿Pero dónde podía ir? Continuó en la cueva, pensando... y oyó un rumor apagado, que parecía provenir de la parte izquierda de la gran cueva.

«Parece el rumor de una corriente de agua —pensó—. ¿Qué puede ser?».

Había un gran montón de cajas a la izquierda de la cueva. Tom se acercó para examinar la pared que se hallaba detrás. Había un agujero, casi redondo, a la altura de la cintura de Tom. El rumor provenía de allí.

Tom introdujo su linterna por el agujero y la encendió, descubriendo algo extraño. ¡Por allí discurría un río subterráneo rápido y caudaloso!

«¡Vaya... debe ser el río que sale al pie del acantilado! —pensó—. ¡Caramba... si pudiera seguirlo pronto estaría lejos de este lugar!».

Estuvo contemplando el río con la luz de su linterna. El torrente oscuro y caudaloso avanzaba de prisa. Tom se preguntaba a qué distancia estaría del pie del acantilado. Después de todo, el túnel serpenteante que siguió siempre iba en dirección descendente... y puede que ahora estuviese casi al nivel de la base del acantilado, y este río le llevase rápidamente a la cala exterior y a la luz del sol.

Volvió al centro de la cueva, mirando a su alrededor con la esperanza de descubrir otra linterna para llevársela, pues estaba seguro que la suya no le duraría mucho. No quería emprender otra larga jornada sin estar seguro de tener suficiente luz.

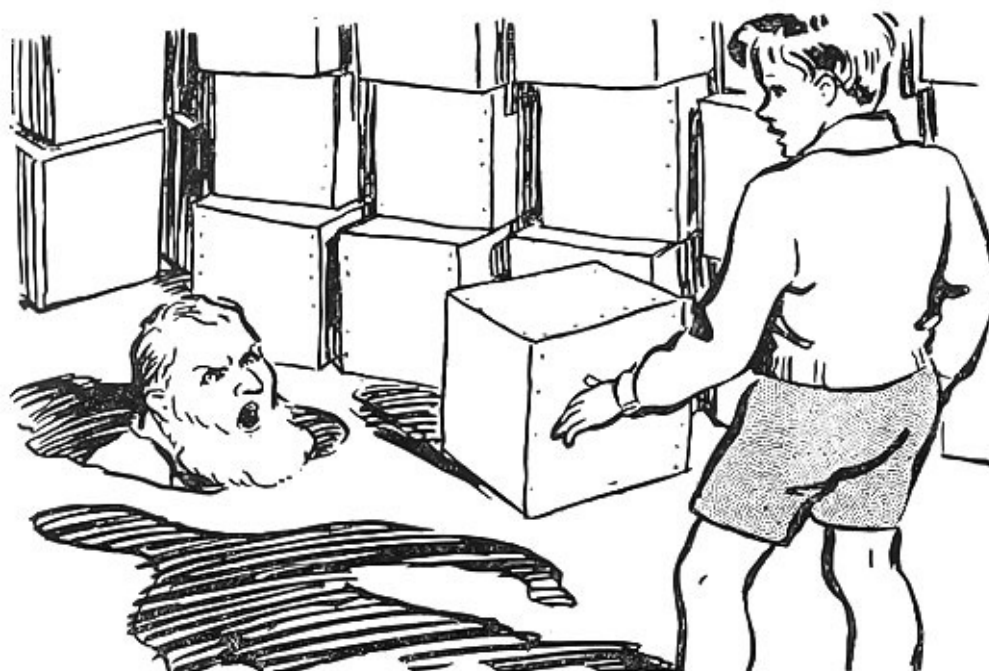
Antes de que pudiese ver nada que se pareciera a una linterna ocurrió algo inesperado. Oyó cómo alguien trepaba al agujero de la cueva por donde desaparecieron los hombres... y, ante los ojos alarmados de Tom, asomó por el agujero la cabeza barbuda del hombre velludo.

Tom se le quedó mirando de hito en hito como petrificado... y el hombre también

miraba a Tom como si no pudiese dar crédito a sus ojos. ¡Un niño! ¡Un niño en su cueva! ¿Estaría soñando?

Tom tragó saliva y quiso decir algo, pero no se le ocurrió nada. El rostro barbudo que asomaba por el agujero del suelo abrió más los ojos y la boca también para decir:

—¿Qué estás haciendo aquí?



Tom no podía moverse. Sus pies parecían haber echado raíces en el suelo y quedóse contemplando cómo aquel hombre rechoncho de cuello corto salía del agujero y se le acercaba. Estaba asustado y retrocedió de pronto, recuperando la facultad de moverse.

Con gesto decidido se acercó a la caja sobre la que se hallaba la lámpara encendida, volcándola, quedando la cueva sumida en la mayor oscuridad.

El hombre barbudo comenzó a murmurar algo y a tantear como si estuviese buscando otra lámpara o una vela. Tom comprendió que era su única oportunidad de escapar. Se dirigió al montón de cajas de la izquierda hasta encontrar el agujero que daba al río subterráneo.

Salió por el agujero en un abrir y cerrar de ojos. Esperaba que hubiese un repecho, una roca o algo a lo que poder agarrarse mientras encendía su linterna para estudiar la clase de camino que había escogido para escapar. ¡Pero no había ninguna roca, ni repecho... sólo el agua fría de la corriente!

Tom cayó en el agua y contuvo el aliento al notar su frialdad. Luego comenzó a nadar con todas sus fuerzas, temiendo que el hombre de la barba le siguiese.

La corriente del río lo arrastró rápidamente. Tom se dejó llevar, manteniéndose a flote con facilidad, aunque temblando de frío. Pensó en su linterna con pesar. Estaba en su bolsillo, pero no envuelta en plástico, y ahora ya no le serviría. Si aquel río

subterráneo le llevaba a cualquier otro lugar del interior del acantilado se encontraría en la más completa oscuridad.

«¡Perdido para siempre! —pensó con tristeza—. Oh, ¿por qué habré desobedecido a Andy? Jamás saldré de este apuro, jamás. ¡Canastos, qué fría está el agua!».

El río le siguió arrastrando con su incesante rumor. Al parecer, discurría por un canal profundo de la roca. Tom no pudo comprobar si atravesaban alguna cueva, ni siquiera si el río pasaba por zonas de rocas o arena. Se limitaba a dejarse llevar, tratando de mantener el equilibrio y no ir dando tumbos como un tronco de árbol. Una vez su pie tropezó con una roca saliente, recibiendo un golpe tremendo. Pero no había nadie allí que pudiera oír su grito. Se mordió el labio de dolor y a partir de aquel momento estuvo temiendo volver a chocar contra otra cosa.

Se hallaba muy cansado y tenía frío. Y entonces, cuando pensaba que no podría continuar ni un momento más, vio una luz brillante, una mancha de luz grande y esplendorosa que le llenó de alegría.

«¡La luz del sol! —exclamó—. ¡Eso es el sol! Debo estar llegando al lugar donde el río emerge del acantilado. ¡He logrado escapar!».

¡Si, *era* el sol! ¡Hurra! De pronto Tom se sintió tan débil que no pudo conservar el equilibrio por más tiempo, y la corriente lo arrastró haciéndole dar vueltas y más vueltas. Tragó agua y la escupió tratando de nadar lo mejor posible para mantener la cabeza y los hombros fuera de la corriente.

Fue arrastrado al lugar donde se encontraban el mar y el río. Una gran ola lo arrastró, por suerte, hacia una roca a la que pudo subirse quedando fuera del alcance del agua.

No podía moverse. Permaneció tendido de espaldas recobrando el aliento, temblando de frío, mientras precisamente debajo de él el río y el mar libraban su eterna batalla, en su encuentro mutuo, lanzando nubes de espuma que caían sobre el pobre y agotado Tom.

Capítulo IX

¿Dónde está Tom?

Entretanto, ¿qué hacían Andy, Jill y Mary? Lo habían pasado muy bien, aunque no con tantas emociones como el pobre Tom. Bajaron por el acantilado, con gran alarma de las aves marinas que incubaban, y en una ocasión cayeron al mar algunas docenas de huevos desmenuados por el repentino sobresalto de los pájaros. ¡Jill casi tomó la determinación de no volver a subir jamás al acantilado! No podía soportar la vista de tantos huevos destrozados.

Por fin llegaron al pie del acantilado. Allí había algunos remansos entre las rocas llenos de las más bonitas anémonas de mar que los niños vieron en su vida.

—¡Mirad... aquí hay una anémona roja cuyos tentáculos son casi tan grandes como los pétalos de una peonía! —exclamó Jill—. Yo diría que se alimenta de langostinos y cangrejos... y que las gambas son algo demasiado pequeño para *ella*.

Los tres exploraron los hoyos a conciencia, estorbando a varios cangrejos de gran tamaño.

—¡Cuidado! —gritó Andy—. Un mordisco de un bicho tan grande no debe de ser muy agradable.

Hacía calor en la base del acantilado. Allí el viento no era tan fuerte como en lo alto y el sol apretaba. Mary miró hacia lo alto del acantilado.

—Apuesto a que Tom vuelve a tener hambre —dijo—. Yo también tengo apetito... pero supongo que será mejor que aguarde a que baje Tom. Vendrá en cuanto sienta apetito.

—No creo que le lleve mucho tiempo tomar algunas instantáneas —comentó Andy—. Me sorprende que no esté aquí ya. Tal vez esté observando los pájaros. A veces constituyen un espectáculo apasionante.

—Vamos a sentarnos junto a ese río —propuso Mary—. Allí comeremos algo mientras esperamos a Tom. Es un lugar agradable para comer. Mirad cómo salta la espuma al aire donde el río se une al mar sobre las rocas.

—Sí. Vamos a buscar algo que comer —repuso Jill—. La verdad es que tengo mucho apetito. Podemos llamar a Tom cuando le veamos bajar por el acantilado.

Se acercaron al lugar donde habían anclado el bote en aquel remanso profundo. En la cabina había multitud de provisiones, que llevaron consigo. Estuvieron revolviendo, pues les resultaba difícil escoger lo que querían llevarse.

—Sardinas, pan con mantequilla, carne en conserva, huevos duros... y ciruelas pasas —dijo Jill.

—No... peras en conserva —intervino Mary—. Son las mejores. Aquí hay una

lata grande. ¿Y dónde están las coca-colas? Mamá nos puso muchas esta vez. Oh, aquí están.

Lo llevaron todo a una roca alta que dominaba el lugar donde el mar y el río se encontraban. Algunas veces la espuma llegaba hasta su roca, pero eso no les importaba... ¡formaba parte de la diversión el esquivarla cuando saltaba!

Prepararon la comida y luego miraron hacia el acantilado para ver si bajaba Tom. Pero ni rastro.

—¿Qué puede estar haciendo? —exclamó Jill impaciente—. Tarda mucho.

—Bueno... aguardaremos cinco minutos más y luego empezaremos a comer —resolvió Mary—. ¡Y si no le queda nada, tendrá que ir a buscarse más él mismo!

Esperaron cinco minutos, pero Tom no apareció. Andy estaba un poco preocupado, pero no dijo nada. Abrieron la lata de sardinas, extendieron la mantequilla sobre el pan y comenzaron aquella deliciosa comida. ¡Al final no quedaba gran cosa... y Tom seguía sin aparecer!

—Andy, ¿no crees que Tom habrá tenido alguna dificultad allá arriba? —le preguntó Jill de pronto—. Es tan raro que no se presente a la hora de las comidas...

—Pues... eso mismo me he estado preguntando —replicó Andy—. Creo que será mejor volver al acantilado y hacerle bajar. Puede que se haya dormido.

—¡Qué pesado es! —exclamó Andy—. ¡Pobre Andy... tener que subir otra vez!

—Oh, no me importa —repuso Andy—. Ahora vosotras quedaos aquí hasta que volvamos. Se está bien, hace sol y el viento no molesta mucho. Iré lo más aprisa que pueda.

Y se marchó. Pronto las niñas pudieron verle como un punto lejano, trepando por el costado del acantilado, mientras los pájaros, sorprendidos, revoloteaban alrededor de su cabeza.

—Apuesto a que regañará a Tom —observó Jill tendiéndose de espaldas sobre la roca templada por el sol—. ¡Y verás lo que le digo yo cuando vuelva!

Andy trepaba con seguridad y al fin llegó al lugar donde habían descansado y comido. Allí no había nadie, naturalmente... ¿pero qué era aquello que veía al fondo? ¡Otra vez la cámara de Tom! De manera que no estaba retratando a los pájaros. Bueno, ¿qué es lo que estaba haciendo entonces... y dónde se había metido? Andy comenzó a asustarse.

Dejó la cámara donde estaba y dio la vuelta al acantilado por el saliente estrecho que conducía a la cascada. Ahora no era un chorrito, sino que surgía como una gran catarata.

Andy fue directamente hacia allí. Un pensamiento terrible le embargó. ¿Podría haber sido lo bastante tonto como para tratar de introducirse en el agujero del acantilado a través de la cascada? ¡Seguro... seguro que no!

«De todas formas yo se lo prohibí —pensó Andy, pero no pudo por menos de

presentir que Tom le había desobedecido, como siempre que deseaba algo con fuerza —. ¿Habría penetrado en el interior y al aumentar de volumen la corriente le arrojaría fuera otra vez?».

Andy permaneció junto a la cascada sabiendo que nada podía hacer por Tom, si realmente estaba allí dentro. El niño tendría que aguardar a que la cascada disminuyera su volumen de nuevo... o buscar otro medio para salir. ¿Y qué otra salida había? Ninguna que Andy pudiese ver.

Andy permaneció bastante rato allí sentado. Luego, pensando que no debía dejar a las niñas solas por más tiempo, se levantó para marcharse, sintiéndose desgraciado.

Mientras se alejaba de la cascada su ruido disminuyó.

El muchacho se volvió, viendo que había menguado otra vez hasta no ser más que un pequeño surtidor. ¡Qué cosa más extraña! Volvióse para alejarse otra vez, y entonces se detuvo y los ojos casi se le salen de las órbitas.

Por la abertura de la cascada asomó una enorme pierna velluda y luego otra. Andy sabía perfectamente que eran las mismas piernas que vieron en otra ocasión. Sin saber por qué, Andy tuvo miedo y corrió por el repecho del acantilado para quedar fuera de la vista de aquel hombre cuando acabara de salir del agujero.

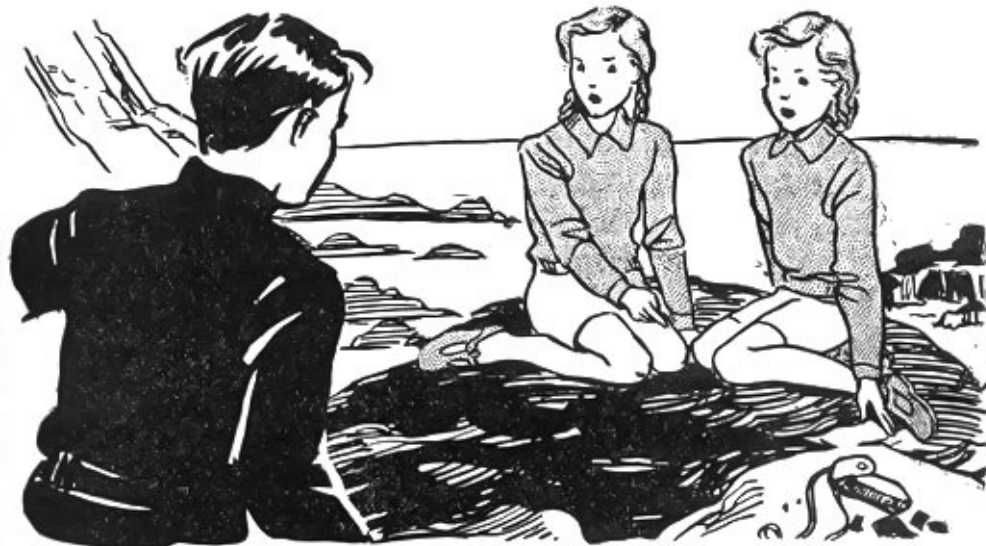
Fue descendiendo con rapidez y pasó por el lugar donde se hallaba la cámara de Tom sin acordarse. Se encontraba precisamente debajo de ese punto, descendiendo una parte del acantilado bastante difícil, cuando oyó aquella voz no lejos de él, sobre su cabeza. Luego vio caer algo colgado de una larga correa rojiza. Cayó hacia abajo, pero las aves marinas y el viento formaban tal estrépito que Andy no oyó el ruido que producía aquel objeto al chocar contra las rocas.

Se agarró a las rocas con el pulso agitado, preguntándose si aquel hombre iba tras él, o si le había visto. Mas al parecer no era así, ya que nadie pisó el camino del acantilado y todo permaneció en silencio, exceptuando el ruido del mar, el viento y los pájaros.

Andy, con la cabeza hecha un torbellino, descendió el resto del acantilado lo más aprisa que pudo. Sabía que las niñas podían verle y estarían ansiosas por comprobar si Tom le seguía. ¿Qué le había *ocurrido* a Tom? Era terriblemente inquietante.

Se acercó a las niñas, que permanecían sentadas en la roca, muy pálidas y asustadas.

—No he podido encontrar a Tom —les dijo Andy—. Creo que el muy tonto se ha metido por el agujero de la cascada... y Dios sabe lo que le habrá ocurrido. Tú tenías razón, Jill, al decir que el hombre de las piernas velludas se escondía en ese agujero. Le he visto salir de allí estando yo muy cerca.



—¡Andy... mira! —exclamó Mary en voz baja y asustada señalando algo encima de una roca no lejos de ellos—. ¡Mira! Eso cayó hace poco, dándonos un susto terrible. Se estrelló contra esa roca y... oh, Andy... es la cámara fotográfica de Tom.

Mary se echó a llorar. El ver estrellarse la cámara tan cerca haciéndose mil pedazos la había sobresaltado. Y ahora Andy regresaba sin Tom.

—Andy, ¿qué vamos a hacer con respecto a Tom? —preguntó Jill—. No puede haberse ido solo a explorar...

—Tom se comporta como un tonto algunas veces —replicó Andy—. ¿Por qué le dejaría solo? Me temo que le haya atrapado ese hombre. Aquí ocurre algo extraño. No quiero verme mezclado en ello. Quiero regresar a casa. ¡Basta de aventuras! Ya tuve bastantes el año pasado.

—Pero, Andy... Andy... no podemos volver a casa sin Tom —dijo Mary llorando otra vez—. No podemos dejarle aquí solo.

—Será mejor que os lleve a casa y vuelva aquí con mi padre para que busque a Tom y descubra lo que está ocurriendo —repuso Andy, que estaba muy pálido. No le había agradado ver aquella cámara hecha pedazos. ¡Que genio debía tener aquel hombre velludo para lanzar una cámara tan bonita como aquélla por el acantilado para que se hiciera pedazos! Andy recordó que aquel hombre había aplastado también los huevos de las aves y no le agradó la idea de tenerlo tan cerca con aquellas dos niñas pequeñas a su cargo.

Se puso en pie.

—Recoged las cosas y volved al bote —les ordenó—. Debemos marcharnos.

—No —negóse Mary—. Yo no me voy. ¡No pienso abandonar a Tom aunque tú lo hagas!

—No seas tonta —replicó Andy—. No le abandonamos. Volveremos con mi padre para que lo busque. Vamos. No discutas. Yo soy el que manda aquí.

Jill comenzó a recoger las cosas, pero Mary continuó en sus trece. Andy la obligó

a levantarse sacudiéndola por los hombros.

—¡Haz lo que te digo! ¿No ves lo preocupado que estoy? Ha sido la desobediencia de Tom la que le ha conducido a esto... ¡No quiero tener *más* problemas! ¡Tú vendrás con Jill y conmigo, ahora mismo!

Mary comenzó a ayudar a Jill a recoger los restos de su merienda mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Jill, casi llorando también, dirigió una última mirada al río subterráneo que surgía con tanta fuerza del pie del acantilado. Y entonces se quedó quieta, con los ojos desorbitados y la boca abierta para gritar. Pero no pudo emitir ningún sonido.

Extendió el brazo para señalar hacia delante. Los otros miraron. Rodando a más y mejor y lanzando a un lado y a otro como un pelele, en mitad de la corriente se veía un extraño objeto oscuro.

—¡Andy! ¡Es Tom... pobre, pobre Tom! —exclamó Jill sollozando—. Es demasiado tarde para salvarle. El río le ha arrastrado.

Muy pálido bajo su tez bronceada, Andy contempló el cuerpo mientras era arrastrado hacia las rocas en el lugar donde el río se unía con el mar. Luego vio que unos brazos cansados izaban un cuerpo exhausto hasta un lugar seguro.

—¡Está bien! —gritó Andy tan fuerte que las niñas se asustaron—. Está perfectamente. Eh, Tom, diablo, ¿dónde has estado? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Los tres corrieron hacia las rocas donde se encontraba Tom, resbalando y tropezando. El muchacho alzó la cabeza y les sonrió débilmente.

—¡Hola! —dijo—. ¡Cuánto me alegra veros! ¡Lamento decir que estamos metidos en una aventura emocionante! Aguardad a que os lo cuente todo. ¿Tenéis algo que comer? ¡Tengo un apetito *feroz*!

Capítulo X

Lo que ocurrió durante el regreso

Andy, Jill y Mary estaban tan contentos de ver a Tom vivo y con apetito que por un momento se limitaron a contemplarle sin pronunciar palabra. Luego Jill corrió a buscar algo de comer y Andy le gritó:

—Trae un par de mantas. Tom está empapado y temblando.

Pronto Tom estuvo sentado en un rincón resguardado del viento, comiendo pan y carne en conserva, envuelto en un par de cálidas mantas, mientras sus ropas mojadas se secaban al aire.

Andy no permitió que las niñas le hicieran ninguna pregunta hasta que tuvo algo en el estómago y cesó de temblar. Apenas podían aguardar a saber lo que le había ocurrido. ¡Qué terrible había sido verle bajar rodando arrastrado por las inquietas aguas del río subterráneo!

—Ahora —cuéntanoslo todo— le dijo Jill cuando Tom hubo terminado de comer. Tom miró a Andy con temor. No le agradaba tener que confesar su propia desobediencia que casi le lleva al desastre.

Andy sorprendió su mirada.

—Supongo que hiciste la tontería de entrar por la abertura de la cascada —le dijo con amabilidad no exenta de cierto tono severo.

Tom se puso como la grana y asintió con la cabeza.

—Sí... lo hice —replicó—. Lo siento, Andy. Ya sé que eres tú el jefe aquí, pero *tuve* que hacerlo. Y en cuanto lo hube hecho deseé no haber sido tan estúpido.

—Me alegro mucho de que estés a salvo —dijo Andy—. Pero escúchame, joven Tom... una desobediencia más por tu parte y no volverás a salir en mi bote. ¿Entendido? Yo soy el responsable y si no sabes ser leal con tu patrón, no me sirves.

—Lo sé, Andy, lo sé —reconoció Tom con humildad—. No volveré a hacer el tonto. He recibido mi lección. Aguarda a oírme.

—¡Cuéntanos! —le suplicó Jill—. No le riñas más, Andy. Deja que nos cuente su historia.

De manera que Tom les contó cómo había penetrado por el agujero de la cascada, encontrando la cueva que se inundó, y cómo tuvo luego que seguir adelante por fuerza. Les habló de los peldaños que conducían a la cueva interior y de los largos y serpenteantes pasadizos siempre descendentes, en el corazón del acantilado.

Cuando les describió el descubrimiento de la cueva que al parecer era utilizada como almacén, y los dos hombres que estaban sentados charlando, los otros le escucharon con suma atención conteniendo el aliento para no perderse una palabra.

—¡Canastos! —exclamó Andy—. Es sorprendente. Aquí ocurre algo extraño. ¿Pero qué puede ser? Tuviste suerte al escapar, Tom. Pero debiste experimentar un gran susto al caer en ese río turbulento.

—Ya lo creo —asintió Tom—. ¿Y no ha sido una suerte que me lanzara aquí fuera, casi a vuestros pies? No me hubiera agradado que la corriente me arrastrara hasta esa zona espumosa y rugiente que se estrella contra las rocas. Me hubiera hecho pedazos.

—Es una lástima que esos hombres sepan que hay alguien aquí —comentó Andy—. Sencillamente no puedo imaginarme lo que traman. ¿Serán contrabandistas? ¿Pero qué es lo que hacen dentro de este acantilado? No hay carretera por tierra para transportar contrabando. Es un verdadero rompecabezas.

—¿Tú crees que esos hombres nos perseguirán? —preguntó Jill bastante asustada.

—Bueno... ellos sólo conocen la presencia de Tom... y puede que supongan que ha caído por el acantilado —repuso Andy—. Es evidente que creen que ha regresado por el pasadizo serpenteante hasta la abertura de la cascada. Deben haber ido hasta allí tras él... y todo lo que han encontrado es su cámara en el repecho. La deben haber arrojado al abismo presos de furor. ¡Qué lástima! Está hecha cisco.

Tom se encontraba mucho mejor ahora. En realidad, se sentía todo un héroe. Cierto que había desobedecido a Andy... pero todo terminó bien, realizando algunos extraños descubrimientos. Comenzó a darse importancia, pero Andy pronto le bajó los humos.

—Creo que debemos regresar a casa cuanto antes —dijo—. Es seguro que Tom pillará un resfriado después de esto. El agua del río está helada. Es una lástima que nuestro viaje termine tan pronto, pero no quiero que Tom pille una pulmonía o algo parecido.

El rostro de Tom se ensombreció.

—Oh, Andy, ¡no seas tonto! Estoy perfectamente bien y tú lo sabes.

—De todas formas, Andy, ¿no es demasiado tarde para regresar? —preguntó Jill mirando al sol, que descendía por el oeste.

Andy lo miró también haciendo sus cálculos.

—El viento está a nuestro favor y podemos trasponer las rocas más peligrosas mientras es aún de día. Creo que debemos marcharnos. Además, esos dos hombres andarán buscando nuestro bote, supongo, y tratarían de sorprendernos durante la noche.

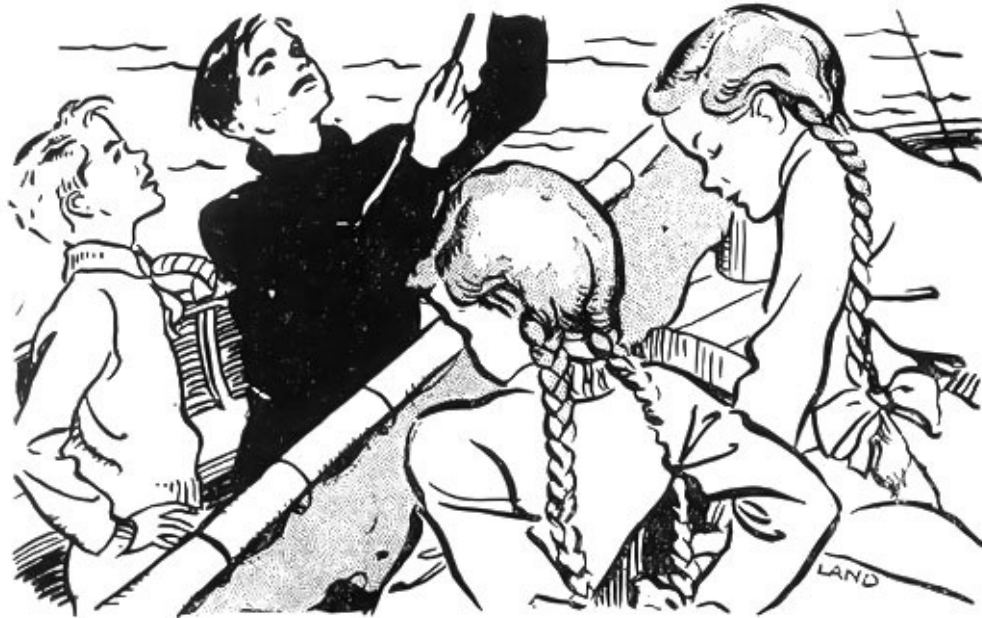
—¡Maldición! —exclamó Tom—. ¿Por qué tengo siempre que estropear las cosas? Ahora nuestro bonito viaje. Y ni siquiera hemos ido al peñón del Contrabandista.

Una vez que Andy tomaba una decisión no tardaba en ponerla en práctica.

—Vamos —dijo levantándose—. Esos hombres comenzarán a buscarnos pronto.

Será mejor que nos marchemos ahora.

Todos regresaron al *Andy* con las caras tristes. ¡Qué final más repentino para lo que prometía ser un viaje emocionante! Subieron a bordo y pusieron la vela roja. El sol poniente brillaba tenuemente y la vela, al izarla, proyectó una sombra brillante sobre el agua azul pálido.



El viento soplaba con fuerza. Andy dirigió su bote fuera de la cala con la vela hinchada por el viento. Pronto navegaban a buena marcha.

Nadie hablaba, pues estaban decepcionados. Y además era horrible dejar a sus espaldas un misterio sin resolver ¡Cómo les hubiera gustado descubrir por qué estaban aquellos hombres en la cueva, qué hacían allí y quiénes eran! Probablemente jamás lo averiguarían, porque ni el padre de Andy ni la madre de los niños prestarían gran atención a su excitante relato.

El sol descendía muy de prisa. Cuando estaba a punto de desaparecer por el borde oeste del horizonte, Tom lanzó un grito y señaló hacia delante.

—¿Qué es eso? —exclamó—. Mirad, ahí, junto a esas rocas altas.

Los agudos ojos de Andy descubrieron en seguida de lo que se trataba, ¡una lancha motora! Permanecía inmóvil. ¿Estaría aguardándoles?

No había otra salida que continuar. El *Andy* siguió avanzando con su resplandeciente vela roja. Cuando se acercó al bote que guardaba, oyeron poner en marcha el motor y la lancha se colocó en el centro del canal por donde navegaba el *Andy*.

Andy comprendió que no podría pasar. El canal entre los dos arrecifes era estrecho en aquella parte. Se estrellaría contra las rocas si trataba de posarle.

Llegaron junto a la motora y un hombre alto de aspecto extranjero se inclinó sobre un costado.

—¿Quiénes sois? ¿Qué estáis haciendo aquí? —les gritó.

—¡Ése no es asunto suyo! —replicó Andy—. ¡Apártese de nuestro camino!

—Anclad vuestro bote y pasad a bordo del nuestro —le ordenó el hombre alto, dejándoles sorprendidos—. De no hacerlo, os capturaremos con bote y todo.

—¿Quién es *usted*? —le gritó Andy, furioso—. ¡Apártese de nuestro camino! Somos niños que vamos de excursión.

—¡Andy! ¡Regresa! Volvamos al acantilado de los Pájaros —le suplicó Jill, asustada.

Andy pareció cambiar de opinión. Quedóse contemplando ansiosamente el cielo, ahora oscuro y cubierto de espesas nubes. Dentro de muy poco sería noche cerrada.

El hombre, al que se unió otro, comenzó a gritar de nuevo a Andy para que se trasladaran a su lancha. En realidad, no podía estar seguro que la tripulación del *Andy* la formasen sólo niños, ya que había cierta distancia entre las dos embarcaciones. Entonces ocurrió algo.

Se alzó una gran ola que elevó a la motora, haciéndola balancear violentamente. Debió chocar contra una roca oculta bajo la superficie, ya que la ola retrocedió de pronto, se oyó un crujido y la motora se estremeció de punta a punta.

Los dos hombres que gritaban casi se caen por la borda y desaparecieron al punto para comprobar los desperfectos sufridos.

—¡Ahora es nuestra oportunidad! —gritó Andy—. Daremos media vuelta y regresaremos... pero no al acantilado de los Pájaros, que es donde esperan encontrarnos, no me cabe duda... sino hacia el peñón del Contrabandista. ¿Recordáis el lugar donde se bifurca el canal? Tomaremos esa dirección... y esperemos que no sea demasiado oscuro para que pueda verlo.

De manera que mientras los hombres averiguaban los desperfectos que había sufrido su lancha, el *Andy* viró en redondo y emprendió de nuevo la marcha, aunque un poco en diagonal para conseguir la ayuda del viento. Andy no creía que la motora se atreviera a perseguirles en la oscuridad, de manera que, en cuanto pudo, quitó la vela y tomó los remos, lo mismo que Tom.

—Vigila el lugar donde se bifurca el canal —le dijo. ¡Será necesario remar mucho, pero no importa!

Por fortuna la corriente les ayudó y no les costó tanto trabajo como Andy había supuesto. Encontraron el lugar donde se bifurcaba para dirigirse al peñón del Contrabandista y luego vieron con alegría que la luna surgía por entre las espesas nubes.

—Eso nos ayudará mucho —dijo Andy—. Mirad, ¿podéis ver la silueta del peñón del Contrabandista allá lejos?

Se deslizaron por el canal, que allí era más ancho, y se aproximaron a la alta y abrupta roca. No podían verla muy claramente, ya que estaba envuelta en sombras.

Llevaron el bote a una pequeña ensenada. Andy pensó que lo mejor era lanzar el ancla y aguardar. No creía que fueran a buscarles al peñón del Contrabandista. Tal vez al día siguiente pudieran salir al mar abierto.

Echaron el ancla.

—¿Vamos a ir a la isla? —preguntó Jill.

—No —repuso Andy—. No podríamos encontrar el camino con esa luna que aparece y desaparece entre las nubes. Dormiremos en el bote, como teníamos planeado.

—¿Podemos dormir todos sobre cubierta? —preguntó Jill.

—No, tú y Mary debéis bajar a la cabina —dijo Andy—. Cubriros con una manta cada una, que os bastará para manteneros calientes. Nosotros necesitaremos todas las demás mantas y almohadones, porque aquí arriba hará frío.

—Ahora me siento un poco asustada —dijo Mary—. No me gustó que nos gritaran esos dos hombres.

—No necesitas asustarte —replicó Andy—. Estaréis seguras abajo en la cabina... y Tom y yo nos turnaremos para montar guardia sobre cubierta por si acaso *viniera* alguien. Pero nadie vendrá.

Intrigadas, cansadas y todavía un tanto asustadas, las gemelas bajaron a la cabina. Entregaron mantas y almohadones a los muchachos y luego ellas se acomodaron para dormir.

Andy dijo que haría la primera guardia y que al cabo de tres horas despertaría a Tom. Tom, fatigado con tantas aventuras, se durmió en seguida. Andy permaneció sentado a su lado, cubierto con las mantas y vigilando. ¡Qué extraña aventura aquélla! ¡Andy no podía sacarle ni pies ni cabeza!

Capítulo XI

Una noche a bordo

Era una noche preciosa y las nubes, como vellones, iban pasando ante la luna. En la quieta cola el mar apenas si se movía y el bote descansaba inmóvil. Andy oía el leve batir del agua contra sus costados mientras montaba su guardia.

Le intrigaba todo lo ocurrido. Tom dijo que la gran cueva en el interior del acantilado al pie del cual surgía el río subterráneo, estaba atiborrada de cajas y cuévanos. ¿De dónde habían salido?

«¿Y cómo las llevaron hasta allí? —se preguntaba Andy—. Seguro que no pudieron subirlas por el abrupto acantilado, ni entrarlas por la abertura de la cascada y transportarlas por los pasillos serpenteantes descritos por Tom. Eso era completamente imposible. ¿Acaso una lancha motora podría remontar el río subterráneo? No... la corriente era demasiado fuerte... y según la descripción de Tom el techo era muy bajo en algunos puntos».

No... era demasiado complicado y Andy tuvo que darse por vencido antes de resolverlo.

«De lo que estoy seguro es de que ocurre algo extraño, algo fuera de la ley... y cuanto antes regresemos y lo contemos a los mayores, mejor —pensó Andy—. Es imposible tratar de solucionarlo nosotros. Y hemos de pensar en las niñas... no me atrevo a arrastrarlas a más peligros, si puedo evitarlo».

Cuando hubieron trascurrido tres horas despertó a Tom. Fue difícil, porque el niño estaba muy cansado después de todas las aventuras de aquel día. No obstante, pronto se incorporó y envolviéndose bien en las mantas se puso a contemplar la ensenada bañada por la luna.

—Tres horas, Tom... luego despiértame otra vez —le dijo Andy, tumbándose bajo sus mantas lo más cerca posible de Tom para mantener el calor. Era una noche muy fría.

Tom tenía un sueño terrible. Comenzó a dar cabezazos y se le cerraron los ojos. ¡Así no podía seguir! Dormirse estando de guardia era un verdadero crimen... imposible hacerlo, pues Andy jamás volvería a confiar en él.

«Será mejor que camine un poco», se dijo para sus adentros. Con cautela se libró de las mantas para no despertar a Andy y se puso a pasear por cubierta. Le pareció oír un ruido en lo parte de abajo y abrió la puerta de la cocina con cuidado.

—¿Estáis bien ahí abajo? —preguntó en un susurro.

La voz de Mary le respondió.

—No puedo dormir, Tom, por más que lo he intentado. Sencillamente no puedo.

Déjame subir a cubierta contigo y te ayudaré a vigilar. Estoy segura de que a Andy no le importará. Te subiré un poco de chocolate.

El chocolate le pareció de perlas a Tom, que le respondió siempre en voz baja:

—Bueno, no despiertes a Jill. Sube y tráete tu manta, pero sólo por un ratito.

Mary salió a la luz de la luna arrastrando su manta y miró a su alrededor.

—¡Oh... qué bien se está aquí con esa luna bañando de plata todo el mar! Qué sombras más negras hay en el peñón del Contrabandista. Me pregunto si tendremos tiempo de explorarlo mañana. Aquí tienes el chocolate, Tom.

Se sentaron juntos acurrucados en las gruesas mantas y se comieron el chocolate, que resultaba delicioso comido así a medianoche. Ahora Tom estaba completamente despierto. Mary y él comenzaron a discutir los acontecimientos del día en voz baja para no despertar a Andy.

—¿Mojaste tu linterna? —le preguntó Mary—. Ya sabes... cuando te caíste al río subterráneo...

—Sí —repuso Tom sacándola de su bolsillo—. Supongo que se habrá estropeado. La probaré.

Presionó el pequeño botón que encendía la linterna... pero nada ocurrió. Estaba completamente estropeada. Tom volvió a meterla en su bolsillo. Al hacerlo notó que allí había algo más... una cosa pequeña y redonda. ¿Qué era?

La sacó. Era el pequeño botón de nácar rojo que había encontrado en el suelo de una de las cuevas. Se lo enseñó a Mary.



—Mira —le dijo—. Me había olvidado de esto. Lo encontré en el suelo de la cueva detrás de la cascada. Eso me convenció de que el hombre velludo debía estar

escondido por el acantilado. Al fin y al cabo un botón significa una camisa o un chaleco, ¿no te parece?

—¿Llevaba una camisa roja cuando le viste en la cueva de más abajo? —le preguntó Mary volviendo el botón rojo en la palma de su mano.

—No. Creo que no —repuso Tom tratando de recordar—. Ni el otro sujeto la llevaba tampoco. Iba vestido como un pescador. No me gustó el aspecto de ninguno de los dos.

Puso el botón en su bolsillo y los dos guardaron silencio disfrutando el ligero balanceo del bote y del rumor del agua contra sus costados. Mary pensó que era un sonido muy agradable e inclinándose introdujo la mano en el agua.

—Está helada —dijo bostezando—. ¿Has terminado ya el chocolate? Creo que ahora puedo volver a la cabina. Tengo sueño. No creo que ocurra nada esta noche, Tom. Aquí estamos bien seguros.

Bajó llevándose su manta. Ahora Tom no temía quedarse dormido. Estaba bien despabilado y contempló el peñón del Contrabandista. ¡Qué roca tan alta y empinada! Estaba seguro de que allí también habrían montones de aves marinas con sus huevos. Esperaba que Andy no les hiciera marchar muy de mañana y les permitiera echar un vistazo a la isla.

La luna se ocultó detrás de una nube y al punto el peñón del Contrabandista quedó oscuro y negro. Tom miró inconscientemente a la cima... y de pronto se irguió contemplando fijamente una cosa.

«¡Allí arriba hay una luz! —se dijo para sí—. Sí... ahí está otra vez... flash, flash, flash. Alguien está haciendo señales desde allí. Cielos, ¿hay gente aquí también?».

La luz continuó oscilando. Tom despertó a Andy sacudiéndole con rudeza. El muchacho se despertó en seguida alarmado, sin saber lo que esperaba encontrar.

—Mira, Andy, mira... ¡hay una luz en lo alto del peñón del Contrabandista! —le dijo Tom—. Arriba de todo. ¿La ves? Es una señal, yo diría.

Andy miró, descubriendo en seguida la luz, que estuvo encendida algún tiempo y luego se apagó.

—¿Qué opinas de esto? —le preguntó Tom.

—No lo sé —replicó Andy—. ¡Un misterio más que añadir a los otros! De todas formas, estoy decidido a que mañana nos marchemos lo antes posible. Debemos dar parte de estos extraños sucesos... y lo mejor será que nos mezclemos en ellos lo menos posible. No me gustan esta clase de rompecabezas.

La luz no volvió a brillar. Andy, tras consultar su reloj, volvió a acomodarse.

—Me queda todavía una hora de sueño —dijo—. Vigila bien, Tom, y si ves algo, me avisas.

Pero no ocurrió nada más durante el resto de la guardia de Tom, cosa que le decepcionó. Despertó a Andy a la hora convenida y volvió a arrojarse lo mejor que

pudo con las mantas.

—No tengo ni pizca de sueño —dijo—. Ahora podría estar de guardia toda la noche.

Pero se quedó dormido antes de que Andy atravesara la cubierta y volviese. Abajo, en la cabina, Jill y Mary también dormían. Todo era paz y silencio.

Al amanecer Andy les despertó a todos. Los chicos parecían incapaces de acabar de hacerlo.

—Vosotras preparad un desayuno rápido —les ordenó—. Lleva estas mantas abajo, Tom. Nos iremos en cuanto podamos.

—¿Por dónde vamos a regresar? —preguntó Tom arrastrando las mantas para ir las dejando caer desde la cubierta a donde estaban las niñas.

—No lo sé todavía —replicó Andy—. Si estuviera seguro de que esa lancha motora se había retirado me arriesgaría por el camino que conozco. No tengo la menor idea de si podemos salir al mar desde aquí, ni cuál es el mejor rumbo a seguir en caso de que pudiésemos. Ojalá me atreviese a subir al peñón del Contrabandista para echar un vistazo. Desde aquí no veo nada.

—Bueno, ¿y por qué no trepas al peñón del Contrabandista y echas una ojeada al mar? —dijo Tom—. Tal vez veas la motora. Puede que divises con claridad cuál es el mejor camino para salir de aquí.

—¿Has olvidado esas luces que brillaban anoche? —preguntóle Andy—. En la isla hay gente y no quiero que nos atrapen. Me parece que hay una perfecta organización en esta desolada parte de la costa.

—Pero es tan temprano —dijo Tom—. Ahora no habrá nadie por aquí. Desayunaremos cualquier cosa, Andy, y luego vayamos rápidamente al peñón para subir hasta la cima y echar un vistazo desde allí. Podremos ver a varios kilómetros. Apuesto a que descubrirás la motora si es que nos está aguardando por aquí.

—Bien... tal vez sea mejor ir a ver si doy con el camino —dijo Andy—. Puede que todavía no se haya despertado nadie, como tú dices. No hablaremos ni reiremos, limitándonos a observar.

Se sentaron en la cubierta para desayunar. Esta vez tomaron sopa caliente de lata, con pan y muchas galletas untadas de mermelada. Además había también cacao caliente para beber, endulzado con leche condensada. Todos disfrutaron de lo lindo con aquel extraño desayuno.

—Lo de la sopa caliente ha sido una buena idea —observó Andy dirigiéndose a



Jill, que se sintió halagada—. Hace mucho frío esta mañana. Pero claro, es tan temprano... el sol apenas está asomando. ¡Mirad!

Terminaron su desayuno contemplando cómo el azul del agua de la cala se iba tornando dorado a medida que salía el sol. Todo parecía limpio, hermoso y recién estrenado, como si alguien las hubiese estado lavando.

Andy observó las empinadas rocas de la isla cercana.

—Creo que ese punto alto que Tom me indicó es el mejor —dijo—. No me agrada que vengáis vosotras, pero prefiero que estemos todos juntos. Iremos lo más aprisa posible.

Dejaron las cosas del desayuno como estaban y saltaron a las rocas más próximas. Pronto estuvieron trepando por las rocas resplandecientes, lo más de prisa posible. Allí no habían acantilados como en la ensenada donde anclaron antes... sino sólo masas de rocas cubiertas de algas hasta donde eran alcanzadas por la espuma del mar, y secas y negras más arriba... Se encaminaron directamente hacia el punto escogido por Tom. Cierto que desde allí se divisaba una vista maravillosa. Contemplaron la vasta extensión de mar, que aquella mañana estaba revuelto, y las olas, como caballos de crines blancas, galopaban por todas partes.

No había ni rastro de la lancha motora. Andy miró a todas partes con sus ojos de águila que abarcaban kilómetros. Tenía la vista de un pescador, y a menudo podía distinguir cosas en el mar que ni Tom ni las niñas eran capaces de vislumbrar.

—No se ve nada —dijo Andy, complacido—. Buena cosa es, porque no sé cómo íbamos a escapar como no fuera por donde hemos venido. No me atrevería a salir al mar navegando a vela con todas esas rocas a nuestro alrededor.

—Bueno, volvamos a casa lo antes posible —propuso Jill comenzando a descender saltando de roca en roca. Andy le gritó para prevenirla... pero era demasiado tarde.

Jill resbaló y cayó. Trató de levantarse y no pudo. Andy se le acercó rápidamente muy alarmado. ¿Qué se habría hecho?



Capítulo XII

Un susto morrocotudo

Jill, sentada sobre una roca y muy pálida, acariciaba uno de sus tobillos gimiendo lastimosamente, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¿Qué te pasa? ¿Te has torcido un tobillo? —le preguntó Andy arrodillándose a su lado—. ¡Jill, qué tontería has hecho al saltar sobre esas rocas!

—Lo sé. Oh, Andy, me duele mucho el tobillo. ¿Qué puedo hacer? —gemía la pobre Jill—. Soy una tonta al llorar, pero no puedo remediarlo.

Mary, casi a punto de llorar también, se inclinó junto a su gemela, para quitarle el zapato. El tobillo ya se había hinchado.

Andy lo palpó con cuidado.

—No creo que sea nada grave —le dijo—. Sólo te lo has torcido y pronto estará bien. No andes todavía.

—Acércala a ese charco —dijo Tom viendo un gran hoyo lleno de agua de lluvia en un hueco de la roca—. Así podrá meter el pie. Yo creo que eso será lo mismo que bañarlo.

Jill se sintió mejor con el pie dentro del agua fría. Pronto fue recobrando el color y se enjugó las lágrimas.

—No he podido por menos de llorar —dijo—. No os podéis imaginar lo intenso que era el dolor en el primer momento, pero ahora me siento mucho mejor.

El pie continuaba muy hinchado y Andy consideró más prudente aguardar un poco antes de que intentase caminar. De manera que se sentaron junto al charco y charlaron, mientras Andy no cesaba de vigilar por si acudía alguien. Habló a las niñas de las luces que él y Tom vieran la noche anterior.

Al cabo de un rato Jill supuso que podría andar. Andy la ayudó a levantarse, pero en cuanto puso el pie lastimado en el suelo lanzó un grito, volviendo a levantarlo.

—No puedo... por lo menos de momento —dijo.

—Bueno, descansa un poco más —le aconsejó Andy tratando de no parecer preocupado. Deseaba regresar a casa cuanto antes. Miró la extensión de rocas que descendían hasta la cala donde se hallaba el bote, que ahora no podía verlo. Sería inútil, por el momento, tratar de ayudar a Jill para que bajase por aquellas rocas empinadas. Probablemente volvería a resbalar y caería arrastrándoles con ella. Era preciso tener paciencia y aguardar.

Miraron a su alrededor. Ciertamente el peñón del Contrabandista era un lugar solitario de aspecto desolado. Las aves marinas no anidaban allí a miles como en el acantilado de los Pájaros, pero había muchas de ellas planeando a impulsos de la

brisa y chillando con fuerza. La isla se elevaba hasta un abrupto picacho. Cualquiera desde la misma cima gozaría de una maravillosa vista del mar en una extensión de varios kilómetros.

—Me gustaría poder subir hasta lo más alto y echar una ojeada a todo esto —dijo Tom, inquieto.

—¡Tú no harás nada de eso! —exclamó Andy, tajante—. Ayer te metiste en un buen lío y no pienso consentir que hoy busques más problemas. Además, sabes perfectamente bien que allí es donde vimos esas luces anoche. Si ahora hay alguien en la isla, es muy probable que esté allá arriba.

—Está bien, Andy, está bien —replicó Tom—. Sólo he dicho que me *gustaría* subir, no que fuese a hacerlo.

Les pareció que transcurría mucho tiempo hasta que Jill pudo apoyar el pie en el suelo otra vez sin que le doliera demasiado. Seguía estando hinchado, aunque no tanto. No se lo había fracturado, pero sí torcido de manera muy doloroso.

—Son cerca de las diez y media —dijo Andy—. Si te encuentras con ánimos para bajar ahora, Jill, será mejor que nos vayamos. Tom y yo te ayudaremos.

Jill apoyó el pie lastimado. Sí... si no cargaba todo el peso de su cuerpo creía poder arreglárselas apoyándose en Tom y Andy.

Comenzaron el descenso. Fue una procesión lenta por las rocas, buscando el camino más fácil para que Jill no tuviera que saltar. Tuvo que sentársela descansar dos veces. Andy se mostró amable y paciente, pero en su interior estaba nervioso y preocupado. ¿Y si alguien de la isla les veía y les detenía? Estaba deseando llegar al bote y emprender el regreso.

Por fin llegaron a la ensenada. Allí estaba el bote meciéndose graciosamente donde lo habían dejado, pero los niños vieron al punto que algo le faltaba. ¿Qué era?

—¿Dónde está la vela? —exclamó Tom—. La dejamos doblada sobre la cubierta. ¿Dónde está?

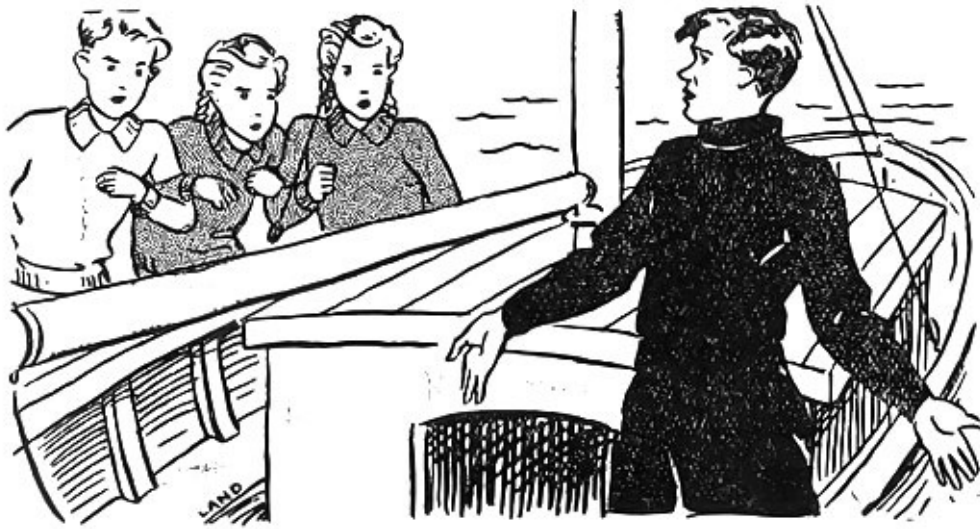
Andy no dijo nada. Sus ojos recorrieron el bote de proa a popa y el corazón le dio un vuelco. ¿Les habrían quitado la vela?

Dejando a Jill con Tom y Mary, bajó saltando hasta la cala, aterrizando como una cabra montesa sobre las rocas, junto a *Andy*.

Una vez sobre cubierta se apresuró a registrarla, mientras los otros se aproximaban lentamente. Cuando estuvieron a bordo se volvió hacia ellos con el rostro grave.

—¿Sabéis lo que ha ocurrido? Alguien ha estado aquí y se ha llevado no sólo la vela, sino también los remos.

Los tres le contemplaron con horror. La vela desaparecida... y los remos también. ¿Cómo iban a regresar a casa entonces?



—Pero, Andy... ahora no podremos volver a casa —dijo Jill muy pálida por el dolor y la sorpresa.

—Me temo que no —repuso Andy ayudándola a acomodarse en cubierta.

Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. ¿Quién se había llevado la vela y los remos?

—Alguien ha venido mientras estábamos allá arriba —comentó—. Alguien que quiere retenernos aquí. Y el medio más sencillo era hacer algo que nos imposibilitase para llevar el bote a casa, por eso nos han quitado la vela y los remos. ¡Sí pudiera atraparlo!

Jill empezó a llorar otra vez. El tobillo volvía a dolerle y estaba deseando volver a casa y recibir los cuidados de su madre. Sollozaba amargamente y Andy la rodeó con su brazo.

—Pobrecita Jill. No importa, ya nos arreglaremos como sea... aunque tengamos que volver nadando.

Pero Jill no pudo sonreír.

—Verás —sollozó—, si no hubiese sido tan tonta como para saltar por las rocas de ese modo torciéndome el tobillo, hubiésemos tenido tiempo de sobra para escapar. Ha sido todo culpa mía... y el tobillo vuelve a dolerme... es espantoso.

—Baja a la cabina y échate —le aconsejó Andy—. Mary te pondrá un vendaje húmedo. Tom y yo vamos a estudiar la situación y decidiremos lo que creamos más conveniente.

Jill consiguió bajar a la cabina. Se alegró de poder acostarse en la litera con el pie en alto, Mary le puso un vendaje mojado en agua de mar, envolviendo cuidadosamente el tobillo hinchado.



Los muchachos, sentados en cubierta, charlaron muy en serio, pues Andy consideraba que el estado de las cosas era grave.

—Hemos tropezado con algo que esos hombres quieren mantener secreto —dijo Andy—. Han escogido esta zona de la costa solitaria y olvidada para lo que estén haciendo... contrabando, supongo. Y ahora hemos aparecido nosotros para estropearles el juego.

—Están furiosos —comentó Tom.

—¡Puedes apostar a que sí! —exclamó Andy—. Es evidente que no tienen intención de dejar que vayamos a casa y lo contemos. Nos tendrán aquí prisioneros hasta que terminen su trabajo, cualquiera que sea. Supongo que será algo relacionado con todas esas cajas y banastas.

—Quisiera saber lo que hay dentro —dijo Tom.

—Artículos prohibidos. Es muy fastidioso. Vuestra madre y mi padre estarán muy preocupados al ver que no regresamos.

—Bueno, ellos saben a dónde hemos ido —replicó Tom animándose—. Vendrán a buscarnos. Tu padre pedirá prestado el bote a tu tío y vendrá para averiguar lo que nos ha ocurrido. Seguro que viene del peñón del Contrabandista, si no nos encuentra en el acantilado de los Pájaros.

—Sí. Vendrá —convino Andy—. Pero apuesto a que nuestros secuestradores, sean quienes sean, habrán pensado en eso. Ya sabrán deshacerse de ellos cuando llegue la ocasión.

—¿Cómo? —preguntó Tom—. ¿Qué quieres decir?

—Pues quiero decir, que si descubren el bote de mi padre por aquí cerca, tomarán sus medidas para que nosotros no andemos por aquí —explicó Andy, pesaroso.

Tom pareció asustarse.

—¿Y nuestro bote? —dijo—. No pueden esconderlo. Andy no contestó, permaneciendo silencioso tanto rato que Tom alzó la cabeza para mirarle, y alarmado vio algo que parecía una lágrima brillante en el rabillo del ojo del muchacho pescador. Se asustó tanto que le cogió de una mano.

—¡Andy! ¿Qué ocurre? ¿Por qué pones esa cara?

Andy tragó saliva y parpadeó para alejar aquella inesperada lágrima.

—Bueno, tonto —le dijo tratando de hablar con naturalidad—. ¡Probablemente hundirán mi bote, eso es todo! Es la mejor manera de esconder un bote para que no lo vean. Creo que esos sujetos están desesperados y no repararán en hundir un bote si les conviene.

¡Hundir el *Andy*! ¿Privarles de su hermoso barco? Tom miró a Andy con horror. Todos querían aquel bote, pero Andy más que nadie, porque lo había usado ya mucho tiempo y conocía todas sus cosas. Claro que todos los pescadores aman sus embarcaciones, pero éste era el primer bote de Andy y además una preciosidad.

—Oh, Andy —exclamó Tom sin saber qué decir—. Oh, *Andy*.

No hablaron durante unos minutos. Luego oyeron a Mary que subía de mojar otra vez el vendaje de Jill.

—No digas a las niñas que tememos lo que pueda ocurrir —le aconsejó en voz baja—. De nada serviría asustarlas antes de hora.

—De acuerdo —replicó Tom, que hasta consiguió sonreír a Mary cuando subió a cubierta—. ¿Cómo se encuentra Jill?

—Dice que ahora que tiene el pie en alto le duele menos el tobillo —dijo Mary—. Hemos estado hablando de los remos y la vela, Tom. ¿No podríamos buscarlos? Es posible que los encontremos escondidos en alguna parte.

—No es muy probable —repuso Andy—. Ha sido una buena estratagema por parte de la persona que ha visto nuestro bote. Se los llevó en seguida.

—Tengo apetito —anunció Tom—. Supongo que no es hora de comer, ¿verdad? Cielos, Andy, acabo de pensar una cosa. Por suerte hemos traído mucha comida, la suficiente para dos o tres días, pero no más. Espero que no nos moriremos de hambre.

—Nos rescatarán mucho antes —dijo Andy al ver la cara asustada de Mary—. De todas formas, ahora comeremos algo. Son casi las doce. Mira el sol.

Comieron muy bien y Andy y Tom estuvieron vigilando todo el tiempo por si acaso alguien rondaba por allí, pero no vieron a nadie.

—Debemos hacernos a la idea de permanecer aquí algún tiempo —dijo Andy—. Y creo que lo mejor será sacar todos los alimentos, mantas y cosas del bote, Tom. Buscaremos una buena vivienda en el peñón del Contrabandista... tal vez en alguna cueva... y nos instalaremos lo más cómodamente posible.

—¡Casi como si hubiésemos naufragado! —exclamó Mary sintiéndose más

animada de pronto—. ¡Eso siempre es divertido, aunque *estemos* en apuros! Vamos... busquemos un buen sitio.

Capítulo XIII

Una buena casa

Dejaron a Jill en cubierta porque el tobillo le seguía doliendo, aunque estaba mucho mejor. Ahora podía ir de un lado a otro y eso la animaba. Le contrarió mucho no ir con ellos a buscar un buen lugar donde dormir aquella noche.

—¿Pero por qué no podemos dormir en el bote? —preguntó, sorprendida—. Igual que anoche.

Los niños no quisieron decirle que temían que en cualquier momento fuese alguien a hundir el bote... sumergiéndolo en el fondo de la cala; por eso era necesario llevarlo todo a un lugar seguro, para no perder sus cosas junto con el bote.

—Si encontramos una cueva arenosa estaremos más cómodos y resguardados del viento —dijo Andy—. No perderemos el bote de vista, Jill, de manera que no necesitas preocuparte. Podremos verte todo el tiempo, y tú nos verás a nosotros.

Se marcharon los tres avanzando por las ásperas rocas, teniendo siempre el *Andy* a la vista. Los niños no creían que fuese nadie al bote entonces, pero Andy no iba a correr el riesgo de dejar a Jill completamente sola. Teniendo el bote a la vista podrían enterarse en seguida, si algo ocurría.

—No me parece aconsejable ir por el camino que recorrimos esta mañana, hasta la cima —dijo Andy—. En primer lugar desde allí no se ve el bote, y en segundo no descubrí ni un solo lugar donde pudiésemos estar cómodos y resguardados. ¿Verdad?

—No —repuso Tom—. Yo creo que por allí todo era abrupto, poco acogedor y expuesto al viento. Vayamos por el otro lado... mirad, ¿eso de ahí es hierba verde? No, son unos montones de alguna especie de algas. Tal vez encontremos un buen sitio más arriba. Si estallara una tormenta el mar barrería estas rocas donde estamos ahora.

—Sí, es cierto —asintió Andy—. Podéis ver algunas algas aquí y allí... yo creo que crecen con la esperanza de agua de mar. ¡Espero que *no* haya tormenta! Eso sería el final del *Andy*, anclado entre esas rocas. Sería arrancado de su ancla y se estrellaría haciéndose pedazos.

—Bueno, no parece que se aproxime ninguna tormenta —observó Tom, a quien no le agradaba aquella conversación—. Hace un día espléndido, aunque frío. Mira, Andy, trepemos a ese amplio repecho. Parece bastante resguardado. ¿Hay una cueva detrás del repecho?

Subieron al amplio saliente de la roca sin perder de vista el *Andy*.

—No quiero que nos alejemos demasiado del bote —dijo Andy—. Tendríamos mucho trabajo para traerlo todo. Si hay una cueva ahí nos vendrá de perilla.

Existía la cueva... bastante rara, con una entrada muy baja, de manera que los

niños tuvieron que entrar agachados, casi arrastrándose sobre sus estómagos, pero en el interior la cueva era bastante amplia y con el techo más alto. Olía a limpio, era fresca y el suelo estaba cubierto de arena, cosa que sorprendió a Andy.

—Esto nos servirá —exclamó, encendiendo su linterna para examinar el interior—. Podemos agrandar la entrada arrancando algunas de esas raíces salientes y enterrándolas en la arena. Sería bastante divertido permanecer tendido en la cueva contemplando el mar por aquella estrecha abertura.

—Tenemos una hermosa vista —dijo Mary agachándose para mirar—. Desde aquí veo el *Andy*. Jill sigue sentada en cubierta. Y mirad... también veo el acantilado de los Pájaros... allá en la distancia... y distingo el canal entre los dos arrecifes.

—Podríamos ver a cualquiera que viniese a rescatarnos —dijo Tom—. ¿Verdad, Andy? Desde aquí podríamos divisar fácilmente el bote de tu padre. ¡Podríamos hacer señales!

En el lado de la cueva había un saliente rocoso. Mary lo tanteó.

—Esto nos servirá para colocar nuestras cosas —dijo—. Y pondremos las mantas y almohadones encima del suelo arenoso. Estaremos muy cómodos aquí. Sería muy divertido... si mamá no estuviera preocupada por nosotros.

—Esta cueva nos irá de primera —exclamó Andy—. Volvamos para recoger nuestras cosas. Vamos, Tom, sal.

Todos salieron arrastrándose. Andy examinó la parte alta de la entrada y comenzó a arrancar algunas raíces que colgaban de allí. Pronto consiguió ensanchar un poco la entrada.

—Eso permitirá que entre más aire —dijo—. Por la noche se cargaría la atmósfera estando los cuatro dentro. Pero por lo menos estaremos calientes. No puede colarse el viento para hacernos temblar.

Regresaron al bote contentos de haber encontrado algo bastante cerca. Se lo contaron a Jill, que les mostró su tobillo.

—Está *mucho* mejor —les anunció—. Ahora casi no me duele nada. Puedo ayudaros a subir las cosas.

—No, no puedes —intervino Andy—. Descansa todo lo que puedas. Nosotros subiremos las cosas y te dejaremos vigilando el bote mientras vamos y venimos.

Bajaron a la cabina y recogieron los comestibles... que eran muchos. ¡Qué suerte haber equipado al *Andy* tan bien!

Subieron los alimentos. Jill preparó la pequeña estufa de petróleo para que se la llevaran también. Podrían necesitarla para hervir agua, para preparar té o cacao.

Fue una tarea fatigosa tener que subirlo todo por las rocas hasta la cueva. Eran muchas las cosas que debían acarrear. Andy no quería que se perdiese nada, si hundían su bote. Pensaba salvar todo lo que pudiese.

Mantas, almohadones, aparejos de pesca, la lámpara de la cabina, tazones, platos,

todo fue sacado del bote pesquero. Las niñas, ignorantes de que los muchachos temían que el bote fuese hundido, estaban asombradas al ver que lo sacaban todo. Mary pensó que era un trabajo innecesario.

—¿Por qué nos llevamos tantas cosas? —gruñó—. Ya estoy cansada. ¡Andy, es una tontería llevarlo *todo*!

—Haz lo que ordena tu patrón —le dijo Tom.

—Vaya quien habla —replicó Mary—. Fuiste tú quien desobedeció a Andy y te metiste en líos.

—Estás cansada, Mary —intervino Andy—. Deja ya de llevar cosas, que yo acarrearé lo que falta. Vuelve con Jill y mira si puedes ayudarla durante el camino. Su pie está ya tan mejorado que creo podrá arreglárselas sin tu ayuda.

A la hora de merendar la cueva estaba bien provista. Mary colocó los comestibles en el saliente de la roca.

—Ésta es nuestra despensa —dijo—. Y este trozo es el trinchante, con los platos, tazones y demás. Aquí detrás se halla la cocina donde hemos puesto la estufa, la cafetera y la sartén. La otra parte es el dormitorio-sala de estar porque todos tendremos que dormir y hacer la vida allí.

Cuando Jill llegó a la cueva, ayudada por Mary, quedó encantada. Le parecía todo emocionante. Lo único malo es que allí estaba bastante oscuro y Andy no quería que utilizaran demasiado sus linternas por temor a agotar las pilas.



—Encendamos la lámpara de la cabina —dijo Jill.

—No tenemos mucho aceite —repuso Andy—. Sólo la encenderemos cuando sea bien de noche. Todavía se ve dentro de la cueva si nadie se coloca delante de la entrada. Tom, quítate de en medio y deja que entre la luz.

—Sólo estaba echando una ojeada —repuso Tom—. Desde aquí tenemos al *Andy* a la vista. Si alguien intenta algún truco, le veremos.

—Supongo que tu padre nos rescatará mañana —dijo Jill—. Sólo tendremos que posar una noche aquí. En realidad es una lástima, porque es muy divertido dormir en una cueva y comer al aire libre.

—¿Suponéis que la gente de esta isla... los que nos quitaron los remos y la vela y encendieron esas luces en lo alto... suponéis que saben que hemos venido a esta cueva? —preguntó Mary.

—Supongo que sí —fue la respuesta de Andy—. No me cabe duda de que tienen buenos puntos de mira para vigilar cualquier barco y observar las acciones de cualquiera. Deben habernos visto esta mañana temprano, abajo en la cala, y les habrá sorprendido. Anoche no pudieron vernos llegar... estaba demasiado oscuro.

—Cómo debe haberles contrariado descubrir nuestro bote —dijo Tom—. Hemos aparecido en el peor momento para ellos. Me figuro que se habrán alegrado al convencerse que sólo éramos niños.

Jill y Mary estaban preparando la merienda. Se preguntaban dónde encontrarían agua potable suficiente para hacer el té.

—Muy sencillo —exclamó Tom—. En los huecos de las rocas hay mucha agua de lluvia... que ha quedado de las tormentas de la pasada semana, yo creo. Os llenaré la cafetera en uno de esos hoyos.

—Bien —dijo Mary entregándole la cafetera. Tom salió de la cueva y llenó la cafetera de agua en un charco que encontró muy cerca. Pronto estuvo hirviendo en la estufa de petróleo produciendo un sonido gorgoteante. Jill cortó pan, que untó con mantequilla, y abrió un tarro de mermelada de ciruela.

—Será mejor que reservemos las latas de carne y de sardinas, ¿no te parece? —le dijo a Andy—. Por si acaso no nos rescataran mañana yuviésemos que seguir viviendo aquí. Entonces necesitaremos la carne y las sardinas.

—Sí —replicó Andy—. Debemos tener cuidado con la comida hasta ver lo que ocurre. De todas formas es una merienda estupenda. Me gusta la mermelada de ciruela. Supongo que el pobre Tom se comería un pan entero, pero tendrá que contentarse con unas pocas rebanadas. ¿Tienes un poco de leche para el té, o se ha terminado?

—No. Tengo mucha —le contestó Jill—. A decir verdad nos gusta extenderla sobre el pan y la mantequilla, como la mermelada, por eso traje varias latas. Nos irá muy bien para el té y el cacao. Pásame tu taza, Andy. Te la llenaré.

Incluso Andy, preocupado como estaba por lo que podía ocurrirle a su querido bote, no pudo por menos de disfrutar con aquella merienda en la cueva. Pero pronto hizo demasiado calor, ya que la estufa de petróleo calentaba el ambiente, y los niños salieron para sentarse al sol. Ante ellos se extendía una vista espléndida.

—Rocas... mar... y más rocas... y más mar... y cielo y nubes y pájaros trazando dibujos en el aire —observó Jill masticando una rebanada de pan con mermelada—. Me gusta contemplar estas cosas mientras como. ¡Hacen que el pan y la mermelada sean más apetitosos!

—Todo parece mejor cuando se come al aire libre —replicó Mary—. Lo he observado a menudo.



—¡Mirad! —exclamó Mary de pronto—. ¿No se acerca alguien por la parte izquierda de la cueva, allá abajo? Mirad... donde se alza esa roca alta. Sí... se dirige al *Andy*. Entremos en la cueva y vigilemos. Si no sabe dónde estamos, no tenemos por qué indicárselo.

Con el corazón palpitante los niños se deslizaron dentro de la cueva. Tumbados sobre sus estómagos contemplaron la cala. Podían ver a un hombre... que parecía un pescador, pues llevaba botas altas de goma.

—Se dirige al *Andy* —susurró Tom—. ¿Qué se propondrá hacer?

Capítulo XIV

La búsqueda de los niños

Sin atreverse a respirar, los cuatro niños observaron cómo el hombre caminaba por las rocas en dirección al *Andy*. Era un hombre alto, fornido, muy moreno y con barba negra.

—¿Le conoces, Andy? —susurró Tom. Andy denegó con la cabeza.

—No. No es de nuestro barrio. Mira... va a subir al bote.

Una voz llegó hasta los niños.

—Está gritando para que salgamos —dijo Mary—. Cree que estamos allí.

El hombre permanecía en cubierta aguardando, pero al no responderle nadie, bajó hasta la cabina y abrió la puerta. Miró hacia abajo viendo que allí no había nadie. También pudo convencerse que el bote estaba tan vacío en enseres como de tripulación.

—Ha descubierto que hemos sacado todas las cosas del bote —dijo Andy.

El hombre penetró en la cabina y cuando volvió a salir se quedó en cubierta mirando a su alrededor como si esperase divisar a los niños por alguna parte.

—Mirad... ahora llega otro hombre —susurró Tom—. Mirad... viene por el recodo de la cala donde apareció el primero. ¡Qué hombrecillo más curioso!

Era patizambo y caminaba como si montase a caballo. Llevaba botas de goma, pantalones tejanos y un impermeable negro ondeando al viento. Era bajito y rechoncho y al acercarse gritó algo al otro hombre. Su voz la llevó el viento hasta los niños.

—Ahora están hablando de nuestra desaparición —observó Tom regocijado—. ¿Tú crees que vendrán a buscarnos aquí, Andy? Estamos bien escondidos.

Los hombres seguían hablando. El patizambo echó un vistazo al bote y se asomó a la cabina. Andy se puso rojo de furor al ver a aquellos extraños en su bote. Le habría gustado bajar y echarlos.

Pero de hacerlo hubiera descubierto su escondite, de modo que permaneció quieto, rojo hasta las orejas, y Jill le puso la mano sobre el hombro para consolarle. Comprendía lo que sentía. Andy estaba tan orgulloso de su bote, y lo quería tanto...

Los hombres se separaron para caminar en direcciones opuestas. Era evidente que buscaban a los niños. Estuvieron registrando la cala y de cuando en cuando gritaban, aunque los niños no entendieron sus palabras.

—Supongo que nos llamarán para que salgamos —dijo Tom—. ¡Como si fuésemos tan tontos! Apuesto a que no nos encuentran.

Los hombres fueron subiendo examinando todas las rocas. Había un par de sitios

donde los niños podrían haberse escondido.

Ahora oyeron que los hombres se gritaban el uno al otro.

—¿Dónde están esos pillastres? —gritó el hombre patizambo—. ¡Aguarda a que los encuentre! ¡Hacerme perder el tiempo de esta manera!

Los niños permanecían muy quietos. No les agradaba la proximidad del hombre patizambo. Tenía unas pobladas cejas que casi le cubrían los ojos y una cicatriz que le cruzaba una mejilla. El hombre moreno era bien parecido y hablaba con acento extranjero. Parecía enojado mientras proseguía la búsqueda.

—Será mejor que vayamos al fondo de la cueva —dijo Andy—. Si suben más podrían vernos.

Se retiraron al fondo de la cueva, desde donde veían un poco de mar a través de la angosta entrada. Estaban muy quietos, pues oían acercarse a los hombres.

—¡Por aquí tiene que haber una cueva! —oyeron gritar al hombre patizambo—. Recuerdo que una vez se metió mi perro. Tal vez estén ahí.

—Miraremos —replicó el hombre moreno, y sus pasos se aproximaron.

Los niños vieron sus pies al pasar por delante de la cueva. Sus corazones casi dejaron de latir de miedo. Mas los pies se perdieron de vista. ¡Bien!

Luego vieron pasar también los pies de otro hombre, pero antes de acabar de pasar, se detuvieron.

—Estoy seguro de que esa cueva estaba aquí —dijo con su voz ronca—. ¡Aguarda... ésta es! —su pie dio contra la entrada de la cueva. Luego se agachó para mirar el interior, cosa que le resultó bastante incómoda, pero naturalmente no pudo descubrir nada, porque el interior de la cueva se hallaba a oscuras.

Jill hipó de miedo. Tom le tapó la boca con la mano en seguida para impedirselo. ¿Es que iba a delatarles? Jill también se llevó la mano a la boca. Realmente no había podido evitar aquel hipo.

—No pueden estar aquí —dijo la voz del hombre moreno—. No es posible que nadie se meta ahí. Mire, hay una cueva más arriba. Tal vez se hayan escondido allí.

Y con enorme alivio de los niños el hombre patizambo comenzó a alejarse. Respiraron con más facilidad, pero sin ánimo para moverse. Oyeron más gritos y voces, luego todo quedó en silencio.

—¿Será prudente asomarnos? —preguntó Tom, que estaba deseando saber lo que ocurría.

—No —repuso Andy—. Tal vez estén tranquilamente sentados esperando a que salgamos. No te muevas, Tom.

Continuaron inmóviles y callados, moviéndose únicamente cuando se les dormía un brazo o una pierna. Luego volvieron a oír voces. El hombre moreno parecía impaciente y exasperado.

—Te digo, Bandy, que es importante que encontremos a esos niños. Si alguien

viene a buscarlos les harán señales... y saben demasiado. Debemos encontrarlos. Es imposible que se hayan escondido tan bien.

—Puedes ver por ti mismo que no están aquí —dijo el otro de mal talante—. Se han llevado todas sus cosas y tal vez hayan ido al otro lado.

—Espero que no —replicó el otro—. Allí tendrían complicaciones. No... no han ido tan lejos, Bandy. No podrían llevar tantas cosas tan lejos.

Los hombres se hallaban ahora muy cerca de la cueva y los niños oyeron que de pronto el hombre moreno lanzaba una exclamación.

—¡Mira! —dijo—. ¿Qué es esto? ¡Gotas de aceite! ¿Quién puede haberlo derramado sino esos niños? Sacaron la lámpara de la cabina... y la estufa, ya que no estaba allí. De manera que el aceite debe ser de una de esas dos cosas.

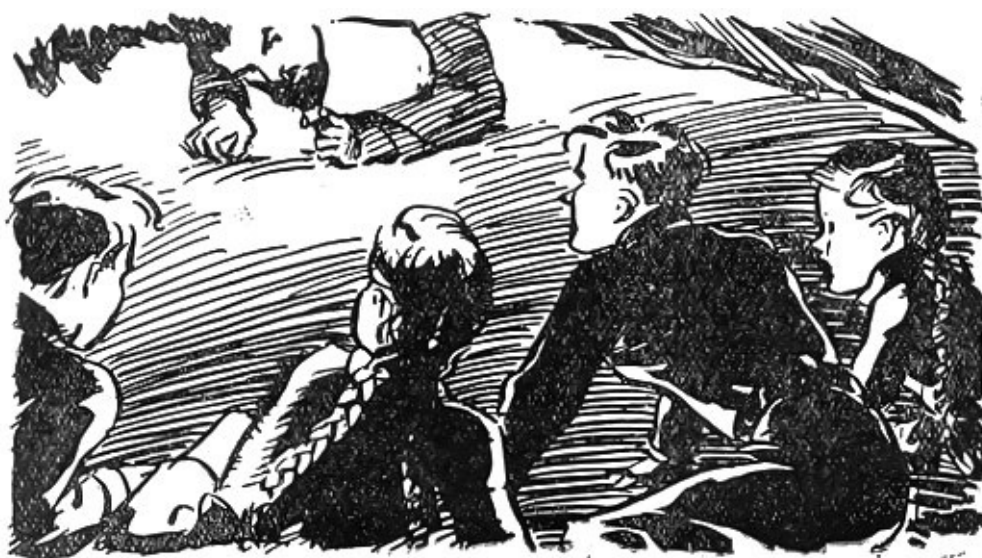
—¡Maldición! —exclamó Andy entre dientes. Recordaba haber inclinado un poco la estufa al pasar por encima de una roca bastante peligrosa.

—Me parece que han de estar en esa cueva a pesar de todo —dijo el hombre patizambo—. Sí, eso es aceite, desde luego. Encenderé una cerilla y miraremos bien dentro de la cueva.

—Ahora nos verán —susurró Andy—. Vosotros dejadme a mí. Yo lo arreglaré.

Pronto las piernas del hombre patizambo aparecieron de nuevo ante la cueva. Luego el hombre se arrodilló para mirar con dificultad por la baja abertura de la cueva. Encendió una cerilla y al mirar el interior lanzó un grito.

—¡Eh! Aquí están todos, tan quietos como ratones en el nido. ¡Vamos, salid de aquí!



Los niños no dijeron nada. La cerilla se apagó. El hombre encendió otra y esta vez el hombre moreno se arrodilló para mirar al interior con la cabeza casi pegada al suelo. También vio a los niños y les habló casi con autoridad.

—¡Vamos, fuera! No queremos haceros daño, pero deseamos veros fuera de aquí. Vamos.

—No vamos a salir —anunció Andy.

Hubo un silencio y luego el patinazo comenzó a perder la paciencia. Estuvo refunfuñando un poco y luego comenzó a gritar:

—Escuchad, atajo de... atajo de...

—Basta, Bandy —dijo el hombre moreno. Luego gritó dentro de la cueva:

—¿Cuántos sois?

—Cuatro —respondió Andy—. Y permítame advertirle que el primero que se atreva a entrar aquí recibirá un golpe en la cabeza con la estufa.

—Ésa no es forma de hablar —dijo el hombre moreno tras una pausa—. No queremos haceros ningún daño. Os llevaremos a un lugar mucho más confortable.

—No podríamos estar más cómodos de lo que estamos, gracias —replicó Andy en tono cortés.

—¿Vais a salir o entro a buscaros? —exclamó Bandy de pronto.

—Entre, si quiere —replicó Andy—. Si introduce primero los pies le enviaremos fuera más que de prisa de un buen empujón. Y si asoma primero la cabeza, lo sentiremos por usted. ¡Le aguarda la estufa!

—Déjalos, Bandy —dijo el hombre moreno poniéndose en pie—. ¡Estos mocosos estúpidos! Será peor para ellos cuando salgan. Podemos hacerles salir en cuanto queramos.

—¿Cómo? —preguntó Bandy.

—Es muy sencillo. Ya lo verás —repuso el otro, y los niños se preguntaron a qué se refería.

—Bueno, les haremos salir en cuanto veamos algo —accedió Bandy levantándose también—. Será mejor que me dé órdenes, jefe.

—Dejémosles por esta noche —dijo el hombre moreno echando a andar—. Podemos hacer otras cosas.

Pronto se hizo de nuevo el silencio. Ahora en la cueva iba oscureciendo, ya que el sol se acababa de ocultar. Los niños continuaron inmóviles algún tiempo, pero no pudieron oír nada. Por fin, Andy se acercó a la entrada para asomarse al exterior.

—No puedo divisar la cala —dijo—. Está demasiado oscuro. Tampoco veo a esos hombres. ¡Salvajes! ¿Cómo suponen que conseguirán sacarnos de aquí?

—¿Verdad que no pensabas arrojar la estufa a la cabeza de ese hombre? —preguntó Jill, horrorizada ante la idea.

—No —replicó Andy—. Pero creo que esa amenaza les mantendrá alejados hasta mañana y para entonces espero que mi padre llegue con tío Ned en su barca. Entonces saldremos y gritaremos con todas nuestras fuerzas.

—Eso es lo que temen esos hombres que hagamos —dijo Tom. Bostezó—. Tengo sueño. Uno de nosotros ha de montar guardia durante la noche, Andy. No quiero que nadie pueda sorprendernos.

—Jill y yo nos turnaremos esta noche —ofrecióse Mary—. Vosotros no habéis dormido mucho esta noche pasada. ¿No podríamos poner un montón de latas en la entrada de forma que si alguien intenta entrar las tire, advirtiéndolo al que esté de guardia?

—Muy buena idea, Mary —aprobó Andy—. La haremos ahora mismo. Tengo tanto sueño como Tom. Tú puedes hacer la última guardia, yo la siguiente, luego Jill, y Tom hará la última. ¿Dónde están las latas? No veo nada en esta oscuridad.

Mary encendió la lámpara y al punto la cueva se iluminó con una cálida luz amarilla. Estaban cómodos y calientes allí. Los niños se envolvieron en sus mantas, colocando un almohadón debajo de su cabeza. Mary se mantuvo sentada, orgulloso de hacer la primera guardia. Había amontonado las latas ante la entrada y nadie podría entrar sin que le oyese.

Andy apagó la lámpara y la oscuridad invadió la cueva una vez más. Jill cogió a Mary de la mano.

—Te daré la mano para hacerte compañía mientras montas la guardia —le susurró—. ¡Buenos noches!

Se hizo el silencio en la cueva, oyéndose sólo la respiración de los tres niños dormidos. Mary permanecía sentada y tensa, conteniendo el aliento al menor ruido. ¡Deseaba que no acudiese nadie mientras durase su guardia!

Capítulo XV

¡Ocurren muchas cosas!

Mary estuvo vigilando y escuchando hasta que llegó la hora de despertar a Andy. Cuando hubieron transcurrido sus dos horas de guardia estaba muy cansada. Cada uno permanecería despierto el mismo tiempo: dos horas, pero parecía mucho más estando todo tan oscuro y en silencio.

Andy no tuvo nada que anunciar cuando despertó Jill, que sintió mucho sueño a ratos, pero consiguió mantenerse despierta recitando en voz baja todos los versos que había aprendido.

Luego le tocó el turno a Tom, a quien costó mucho trabajo despertar, como de costumbre. Jill pensó que jamás lo conseguiría. Pero al fin le vio incorporarse frotándose los ojos.

—Tienes que despertar a Andy dentro de dos horas y él hará la guardia de la aurora —le dijo—. A él no le importa, dice que a esa hora ya habrá dormido bastante.

Tom no conseguía mantener los ojos abiertos. Se los restregaba bostezando continuamente. Luego sintió apetito y se preguntó dónde habrían puesto el chocolate las niñas. Buscó la antorcha de Andy y con ella iluminó el repecho donde se hallaban las provisiones.

Andy se despertó de inmediato al encenderse la linterna y se incorporó sobresaltado, parpadeando.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada —susurró Tom—. Sólo quería un poco de chocolate. Jamás consigo mantenerme despierto a menos que coma algo. Duerme, ya te despertaré cuando llegue tu turno.

Encontró el chocolate al final del repecho. Cogió una barra y apagando la linterna comenzó a quitarle el papel a la golosina. Andy se tumbó con un gruñido, durmiéndose de nuevo.

Nada ocurrió durante la guardia de Tom, que despertó a Andy poco antes del amanecer. El muchacho se incorporó viendo la primera luz gris que se filtraba por la angosta entrada de la cueva. Fue a mirar al exterior, pero no se veía nada en absoluto.

Cuando salió el sol los otros se despertaron. Jill se sentó desperezándose y supo en seguida dónde se hallaba. En cambio, Mary ni podía imaginárselo.

—¿Dónde estoy? —preguntó medio asustada.

—En la cueva, tonta —dijo Jill—. Ya es de día otra vez. Caramba, tengo agujetas y un poco de frío. Propongo que encendamos la estufa y calentemos agua para preparar un poco de cacao.

Tom se acercó a la entrada de la cueva para respirar aire fresco. Lo aspiró con avidez contemplando la ensenada. Lanzó un grito tan fuerte que todos pegaron un respingo y Mary dejó caer la cerilla que se disponía a encender.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que pasa? —exclamaron.

—Nuestro bote... ha desaparecido. ¡No está allí! —gritó Tom—. ¡Mirad! La cala está vacía. ¡No hay ningún bote!

Los cuatro miraron hacia la cala. Era cierto lo que Tom decía. El bote no estaba allí. El *Andy* había desaparecido.

Andy se puso muy triste, pero no dijo ni una palabra. Tom comprendió lo que sentía su amigo.

—Oh, Andy, ¿no creerás que esos hombres lo han hundido, verdad? —le dijo en voz baja—. No creo que pueda haber nadie capaz de hacer una cosa así con un bote tan precioso.

Andy permaneció callado y dejando a los otros se fue al fondo de la cueva, donde se entretuvo encendiendo la estufa y poniendo la cafetera a hervir. No podía soportar la idea de que su precioso bote pudiera yacer en el fondo del mar.

—¡Pobre Andy! —susurró Jill con lágrimas en los ojos—. ¿No es horrible? Tom, ¿por qué tenían que hundir nuestro bote esos hombres?

—Supongo que para que nadie lo viera y adivinase que estamos aquí, si viniera a buscarnos —repuso Tom comprendiendo que las niñas debían conocer la gravedad de la situación—. Veréis, hemos tropezado con algún secreto y esos hombres no quieren que lo contemos a nadie. Pero saben que es seguro que vendrán a buscarnos y por eso han hundido nuestro bote y quieren ocultarnos en alguna parte, para que no nos encuentren; así no podremos contar a nadie lo poco que sabemos.

Las niñas se asustaron, pero luego Jill se animó.

—Pero *no* nos han llevado a ninguna parte y cuando veamos llegar la barca del padre de Andy subiremos todos a esas rocas altas que hay encima de la cueva y haremos señales. Me quitaré la blusa y la haré ondear al viento.

—El agua está hirviendo —dijo la voz de Andy desde el fondo de la cueva—. ¿Preparas el cacao, Jill?

Jill acudió a toda prisa. Ahora su pie estaba prácticamente restablecido, pero se reprochaba su accidente, ya que de no haberse torcido el tobillo, es probable que ahora estuvieran todos a salvo en sus casas.



De manera que estaba deseosa de complacer a Andy en todo y demostrarle cuánto lo sentía.

Andy se hallaba muy triste. Jill no le dijo nada, pero le acarició el brazo. Ella también sentía pesar al imaginarse al hermoso bote sumergido en el mar... comprendía que para Andy su bote significaba mucho más que un bonito pasatiempo, que es lo que era en realidad para los tres veraneantes, mas para Andy, el bote era su amigo y un camarada.

—Mi padre debería llegar pronto —dijo Andy mientras desayunaban—. Al no regresar anoche, como convinimos, todo el mundo daría la alarma y estarán preocupados. Mi padre debe haber salido hacía el acantilado de los Pájaros esta mañana temprano, y al no encontrarnos vendrá aquí. Debemos estar alerta.

Terminaron el desayuno y Andy se asomó a la abertura para mirar.

—Voy a bajar a la cala para averiguar si el pobre *Andy* está en el fondo —les anunció—. No tardaré. No me atraparán, no tengáis miedo, pero tengo que ir a verlo. Tú vigila, Tom.

El muchacho se deslizó fuera y los niños le vieron correr y saltar como una cabra por las empinadas rocas que llegaban hasta la cala. Luego le divisaron de pie junto al lugar donde estuviera el *Andy*, mirando al fondo del agua por un lado y otro.

—Pobre Andy. Esto le ha trastornado —dijo Jill—. Es terrible perder su bote de esta manera. Yo considero que todo ha sido culpa mía.

—¡Mirad... ahí está el hombre patizambo otra vez! —exclamó Tom de pronto—. Y vienen dos más con él. Han visto a Andy... pero él les ha visto también. Mirad cómo trepa por las rocas. ¡Oh, Andy, corre, corre!

Andy no temía ser atrapado por los tres hombres. Era mucho más rápido que ellos. Gritaban tras él y corrían, pero no consiguieron alcanzarle. Llegó jadeante a la cueva y se metió dentro con tiempo de sobra.

—No sé si vienen por nosotros —jadeó—. Pero no nos harán salir. No sé cómo podrán hacerlo a menos que se arriesguen a entrar arrastrándose y entonces estarían a nuestra merced.

—Andy, ¿viste el bote? —le preguntó Jill, pero Andy meneó la cabeza.

—No, allí no lo han hundido. Creo que deben haberlo llevado mar adentro para hundirlo en aguas profundas. Allí no hay ni rastro.

—Supongo que habrán pensado que tu padre podría verlo en el fondo de la ensenada —replicó Tom—. Deben habérselo llevado esta noche. Y ninguno de nosotros ha oído nada.

—Bueno, la cala está bastante lejos —dijo Andy recuperando el aliento—. Ahora atención, que llegan esos hombres.

Se acercaban el hombre de la barba, el patizambo y otro que Tom reconoció en seguida.

—Mirad, ¿veis ese pescador con lentes? Pues es el hombre que se hallaba en la cueva del acantilado de los Pájaros. ¿Cómo ha llegado aquí? ¿Habrán ido a buscarle la lancha motora?

—¿Y ése no es el hombre de las piernas peludas... las que vimos en el acantilado de los Pájaros? —preguntó Jill.

—No. Ése no está aquí —replicó Tom—. Son una buena colección de esperpentos, ¿no?

Andy estaba desesperado. Furioso por la desaparición de su bote y dispuesto a arrojar por las rocas a aquellos hombres si pudiera. También le preocupaban las niñas. Su madre las había puesto bajo su tutela y allí estaban en pleno peligro. Andy estaba decidido a luchar con cualquier arma que encontrara, si los hombres intentaban entrar en la cueva.

Los tres hombres llegaron a la cueva y el moreno les gritó:

—Bueno, niños, ¿seréis más razonables esta mañana? ¿Saldréis? Os lo aconsejo.

Ninguno le respondió y el hombre volvió a gritar con impaciencia:

—¡Salid ya! ¡Nadie os hará daño! Sentiréis no salir por vuestra propia voluntad. ¡No queremos *obligaros* a salir!

No hubo respuesta. Tras un breve silencio, el hombre moreno dio una orden rápida.

—Manos a la obra, Bandy.

Bandy introdujo algo en la cueva muy cerca de la abertura. Parecía una especie de lata. Los niños no podían imaginarse lo que era y aguardaron en silencio.

Bandy encendió una cerilla que acercó a la lata, inflamándola. Bandy le dio la vuelta y en vez de llamas comenzó a salir humo.

El viento soplaba hacia el interior de la cueva, inundándola de un humo espeso y pegajoso. Tom fue el primero en aspirarlo y comenzó a toser.

—¡Los muy salvajes! —exclamó Andy de pronto—. Tratan de hacernos salir llenando la cueva de humo... como los cazadores hacen con los animales.

El humo iba en aumento y los niños tosían y tosían. Era espeso y olía muy mal y dejaba en la boca un sabor amargo. Era completamente inofensivo, pero los niños lo ignoraban y se asustaron.

—Tendremos que salir —dijo Andy—. Es inútil. Vosotras, manteneos cerca de mí cuando estemos fuera y haced exactamente lo que os diga. No creo que traten de hacernos ningún daño.

Antes de salir, Andy tanteó en el repecho buscando sal que sabía que estaba allí. Los otros no le vieron y les hubiese sorprendido verle abrir el paquete y meter la sal en su bolsillo. ¡Tenía un plan!

Luego, tosiendo y jadeando, se arrastró fuera de la cueva. Le siguieron las niñas y luego Tom. Los hombres les miraron.

—Vaya, si son sólo niños, exceptuando a este pescador —dijo Bandy—. Pillastres entrometidos.

—¡Mirad! ¡Mira, Andy! ¡Ahí está el bote de tu padre! —exclamó Tom de pronto y todos se volvieron en redondo. Ciertamente: lejos, en la distancia, se veía una barca de pesca, la que usaba el tío de Andy y su padre cuando necesitaban una embarcación mayor que la de Andy.

—¡Hurra! —gritó Tom—. ¡Estamos salvados! Ahora tendrán que dejarnos. Ahí está el padre de Andy.

—Vamos. Lleváoslos —ordenó el hombre moreno—. No hay tiempo que perder. Vendadles los ojos.

Y ante la terrible desilusión de los niños les fueron vendados los ojos con grandes pañuelos rojos. ¿A dónde iban? ¿Y por qué les tapaban los ojos? ¿Les llevaban a algún escondite secreto y nadie debía conocer el camino?

Los hombres les empujaron rudamente y fueron dando tumbos por un sendero rocoso sin ver por donde andaban.

—Oh —sollozó Mary—. ¡Déjenos aguardar al padre de Andy! Entonces nos iremos a casa. ¡Por favor, déjenos marchar!

Mas los hombres les obligaron a seguir adelante y cuando el padre de Andy penetró en la cala no encontró a nadie.

Capítulo XVI

¡Prisioneros!

Los cuatro niños fueron obligados a avanzar por aquellos hombres. Tenían miedo de caer, pero les guiaron por los sitios más difíciles. Les daba la impresión de que iban subiendo. ¡Cómo deseaban que les viera el padre de Andy si llevaba sus prismáticos!

Andy hizo cuanto pudo por recordar el camino por donde iban.

«Subiendo siempre... primero hacia la izquierda, luego un trozo recto... luego subiendo un poco más donde tuvieron que ayudarnos... después otra vez a la izquierda, hacia el interior. Supongo que ahora estamos detrás de grandes rocas de forma que nadie pueda vernos desde el mar».

Andy hacía también otra cosa que esperaba no llamase la atención de sus secuestradores. Iba dejando caer puñaditos de sal de cuando en cuando. Había hecho un agujero en un bolsillo y de trecho en trecho dejaba caer un poco de sal.

Deseaba poder encontrar el camino hasta el escondite de sus secuestradores, si conseguía la libertad y tenía oportunidad. Esperaba poder seguir el pequeño rastro de sal que iba dejando.

«Si por lo menos no lloviera —pensaba el muchacho—. Si llueve la sal se derretirá y no quedará ni rastro. Bueno, esperemos lo mejor».

Al cabo de unos diez minutos de caminar dando tumbos, los hombres ordenaron a los niños que se detuvieran. Hubo una pausa. Andy aguzó la vista y trató de quitarse la venda, pero le dieron un fuerte papirotazo en una oreja.

Oyó un ruido chirriante que le intrigó. Luego les empujaron otra vez y a través de sus vendajes les pareció que estaban a oscuras.

«Debemos estar en mitad de la isla... en una especie de cueva o pasadizo», pensó Andy mientras los hombres les obligaban de nuevo a seguir avanzando. Subían otra vez y como Andy tanteaba cautelosamente con sus manos, comprobó que a ambos lados tenía paredes de roca. ¡Sí, se hallaban en un pasadizo en el interior de la isla!

Al final se detuvieron.

—Aquí estaréis seguros por el momento —dijo la voz ronca del hombre patizambo mientras les quitaba el vendaje rojo que tapaba sus ojos.

Parpadearon. Se encontraban en un lugar de techo alto frente a una gran puerta abierta. Andy advirtió algo brillante a sus espaldas y se volvió en redondo.

Se hallaban en una cueva de alto techo que se abría a la luz del sol. El mar se veía a lo lejos moviéndose suavemente. Desde allí al mar la roca estaba cortada a pico... era un tajo terrible.

Se oyó un portazo y la pesada puerta de madera se cerró tras ellos. Los niños oyeron que corrían el cerrojo. ¡Estaban encerrados... pero en qué prisión tan extraña!

—Es una cueva grande, con una puerta al fondo... y un terrible desnivel cortado a pico en el exterior —dijo Jill asomándose para retroceder al punto—. Cielos... no volveré a asomarme. Me produce un vértigo espantoso. Es imposible escapar por ahí.

—¿Se ve el bote del padre de Andy? —preguntó Tom casi aturdido por la cegadora luz exterior, después de haber llevado los ojos vendados tanto tiempo.

Todos miraron con ansiedad, pero no había otra cosa que ver que una peligrosa y traidora playa de rocas, donde las olas se convertían en espuma batida.

—Se dice que nadie puede pasar de un cierto punto en un bote, si es que se pretende dar la vuelta a la isla —dijo Andy—. No creo que nadie haya dado jamás la vuelta completa a la isla. No es posible aproximarse por el otro lado... es demasiado peligroso. Ahora debemos estar casi en el otro lado, yo diría. Dudo que mi padre pueda llegar tan lejos.

—Entonces apuesto a que esos hombres lo sabían —observó Tom con pesar—. Sabían que desde aquí no podríamos hacer señales porque no veríamos la barca de tu padre. ¡Salvajes!

—Espero que no nos tengan aquí mucho tiempo —dijo Andy—. No creo que vayan a dejarnos aquí encerrados sin alimentos, mantas, ni nada.

—Esta aventura es tan mala como la del año pasado —comentó Jill—. ¡Bueno... casi tan mala!

Los cuatro niños se sentaron en el suelo. Al cabo de un rato Andy se puso en pie para acercarse a la puerta. Probó abrirla, pero, naturalmente, estaba bien cerrada.

—Lo sabía. Pero pensé que debía probarlo —explicó Andy—. Quisiera saber cuánto tiempo nos tendrán aquí. Supongo que hasta que mi padre regrese a casa. Y también dónde han hundido al pobre *Andy*. No puedo creer que reposa en el fondo del mar.

—Con peces nadando en la cabina y cangrejos caminando por las literas —dijo—. ¡Qué horror!

No ocurrió nada durante las tres horas siguientes. Los niños contemplaban el mar con la esperanza de divisar un bote o un barco al que poder hacer señales, pero no apareció nada a la vista. Sólo las gaviotas planeaban en círculos allí cerca,



llamándose unas a otras con sus voces chillonas. Los niños las observaron porque no tenían nada que hacer.

Luego oyeron el ruido de la puerta al abrirse y se volvieron en seguida. ¿Quién sería?

Era Bandy, que les llevaba un gran jarro de agua y un plato con pan y carne. Nada más.

—¡No os merecéis nada! —les dijo con su voz cascada—. ¡Sois unos entrometidos y un estorbo! ¡Comed esto y gracias!

—Bandy, ¿cuánto tiempo vamos a estar aquí? —preguntó Andy—. ¿Y qué han hecho con mi bote? ¿Lo han hundido?

—¿Por qué? ¿Es que piensas tratar de escapar en él? —preguntó Bandy con una sonrisa desagradable—. Debes renunciar a toda esperanza. Está bien hundido.

Andy se volvió con el corazón destrozado. Había esperado contra toda esperanza que su precioso bote no hubiera sido hundido realmente.

—¿No nos van a soltar ahora? —preguntó Tom—. Supongo que nos han encerrado porque ha venido el padre de Andy. ¡Cobardes!

—¿Quieres que te dé un tirón de orejas? —exclamó Bandy entrando en la cueva con los ojos fijos en Tom.

—Cállate, Tom —le aconsejó Andy—. Es inútil provocarle. Esto es muy aburrido, Bandy. ¿No podríamos hacer algo? Y las rocas resultan muy duras como asiento.

—Os está bien empleado. Los niños que meten sus narices en lo que no les importa se merecen lo que vosotros tenéis —repuso Bandy, que al parecer disfrutaba siendo desagradable—. Tal vez permanezcáis aquí semanas. Ja, ja... ¿qué os parece la idea?

—Yo creo, Bandy, que si hacen una cosa así, después lo lamentarán, cuando todo esto se sepa —dijo Andy con voz tranquila—. Serán severamente castigados.

—¡Bah! —exclamó Bandy con rudeza antes de marcharse. Cerró la puerta con estrépito y le oyeron repetir: ¡Bah!, desde el otro lado.

La comida hizo que se sintiesen algo mejor, aunque el pan era atrasado y duro y la carne sabía un poco a rancio, pero no se sintieron muy alegres al contemplar el mar y el cielo a través de la abertura, pensando que podían permanecer allí encerrados durante semanas.

Jill y Mary parecían tan preocupadas que Andy trató de animarlas.

—Sólo lo ha dicho para fastidiarnos —les dijo—. Ha querido asustarnos. Nos soltarán en cuanto se vaya la barca de mi padre. No os preocupéis, niñas.

Aquel día no vieron ni rastro del padre de Andy. Ellos ignoraban que él y su tío habían estado navegando de un lado a otro buscando a los niños y el bote desaparecido. No les vieron llegar al acantilado de los Pájaros y anclar allí para trepar

por el acantilado. Ni tampoco les vieron regresar una vez y otra al peñón del Contrabandista buscando una cala donde pudiera hallarse el *Andy*.

Hacia las cinco, cuando todos volvían a sentir apetito, oyeron que descorrían el cerrojo. Esta vez fue el hombre moreno quien entró. Les habló con su voz profunda y volvieron a advertir su ligero acento extranjero, comprendiendo que no era inglés.

—Ahora podéis salir. El barco que os ha estado buscando se ha dado por vencido y se ha marchado, pero os advierto que si vuelve otra vez tendréis que venir a esta cueva, donde permaneceréis encerrados hasta que el bote vuelva a marcharse.

—Algún día tendremos que salir de esta isla —replicó Andy—. ¿Por qué todo este misterio? ¿Qué es lo que están haciendo y qué tratan de ocultar?

—¡Los niños no hacen preguntas peligrosas! —exclamó el hombre con los ojos brillantes de furor—. Cuando nosotros hayamos terminado aquí podréis marcharos, pero no antes. Ahora volveremos a vendaros los ojos para regresar a las rocas que ya conocéis.

De manera que, otra vez con los pañuelos rojos fuertemente atados alrededor de los ojos, fueron conducidos fuera de la cueva por Bandy y el hombre moreno. Bajaron hasta salir al aire libre. Les llevaron algo más lejos por las rocas y luego les quitaron la venda de los ojos.

Parpadearon.

—¡Estamos cerca de la cueva! —exclamó Tom—. Bien. Vamos allí y comamos algo. Estoy hambriento.

Andy vigiló para ver por dónde se iban los hombres, que doblaron un recodo de las rocas y se perdieron de vista.

—Si por lo menos supiera a dónde van y lo que hacen —dijo en voz baja—. ¿Qué ocurre aquí? Bueno... buscaré el camino hacia el interior de la isla y descubriré lo que ocurre antes de que crezca mucho más.

—¿Pero cómo? —preguntó Tom—. Nos vendaron los ojos. Jamás encontraremos el camino.

—Pienso buscarlo —replicó Andy—, pero no hasta que haya comido algo. Quiero que primero que esos hombres se hayan quitado de en medio.

Fueron a su cueva. Era casi como volver a casa al entrar por aquella angosta abertura. Jill y Mary estaban encantadas de verse allí otra vez. Contemplaron su despensa con apetito.

—¿Qué comeremos? Creo que podemos hacer un extraordinario y comer algo bueno —propuso Jill—. ¿Qué os parece una lata de lengua... si calentásemos una lata de guisantes para acompañarla? Tenemos una. ¿Y de postre una lata de pina tropical?

—Con leche condensada —agregó Mary—. Y haremos también cacao... en cantidades industriales.

—Bien, daos prisa, por amor de Dios —dijo Tom—. ¡Tengo más hambre que

nunca al oírlos hablar así!

Hicieron una comida deliciosa, comiendo todo lo que habían preparado y bebiendo hasta la última gota de cacao. Cuando Mary guardó los tazones echó de menos el paquete de sal.

—¿Dónde está la sal? —exclamó sorprendida.

—Yo la cogí —dijo Andy—. Y te diré para qué. Hice un agujero en mi bolsillo y mientras íbamos con los ojos vendados fui dejando caer puñaditos de sal... de manera que ya veis, podré encontrar el camino hacia el interior de la isla siguiendo el rastro de sal.

—¡Oh, Andy... qué *maravillosa* idea! —exclamó Tom—. Vamos a ver si encontramos el rastro. ¡Vamos en seguida! Creo que has sido muy inteligente. Iremos a espiar a esos hombres esta misma noche.

Capítulo XVII

Un rastro que seguir

Tom, Jill y Mary consideraron muy emocionante disponer de un rastro de sal que seguir.

—Ahora podremos dirigirnos al interior de la isla y observar lo que están haciendo esos hombres —dijo Mary saliendo de la cueva—. Vamos. Empecemos ahora mismo. ¡Cielos, será mejor que nos demos prisa! Mirad qué nubes más negras.

Andy las observó con alarma. Eran nubes de lluvia.

—¡Sopla, sopla, sopla! —exclamó.

—¿Estás hablando con el viento, o sólo estás contrariado? —le preguntó Jill.

—Estoy contrariado —repuso Andy sintiendo la primera gota de lluvia en su mejilla—. La lluvia borrará todo el rastro de sal. ¿No es suficiente para estar contrariado?

—Bueno, entonces empecemos antes de que se disuelva —dijo Tom, y comenzaron a avanzar por las rocas. Encontraron un montoncito de sal sobre una roca y al verlo exclamaron:

—¡Aquí hay uno! Pasamos por aquí. ¡Y aquí hay otro! Vamos, se ven muy bien los granos blancos.

Siguieron el rastro de sal subiendo por las rocas y luego torcieron a la izquierda. Entonces comenzó a llover en serio, y en un abrir y cerrar de ojos toda la sal desapareció. Andy estaba apesadumbrado.

—Qué mala suerte. ¿Por qué no seguiríamos el rastro en seguida en vez de detenernos a comer? ¿Y por qué no se me ocurriría algo más sólido que la sal? Pero tenía tanta prisa que fue lo único que me vino a la memoria. ¡Maldición!

—No importa, Andy —le dijo Jill—. Fue una idea estupenda. A mí jamás se me hubiera ocurrido.

—Bueno, ¿no podríamos hacerlo otra vez si esos hombres nos vuelven a llevar a aquella cueva? —preguntó Tom—. Apuesto a que tu padre no renunciará tan pronto a buscarnos, Andy. Apuesto a que vuelve mañana. De ser así, esos hombres volverán a encerrarnos. Bandy lo dijo.

—Sí. Cabe la posibilidad de que papá vuelva mañana por aquí —replicó Andy—. Incluso es posible que vengan sus amigos en sus barcas para registrarlo todo. Entonces podremos volver a probar mi idea.

—Pero no con sal —intervino Jill—. Se disuelve demasiado fácilmente... o podría volar si empieza a soplar viento. Pensemos en otra cosa.

—Tiene que ser algo que no llame la atención de esos hombres —dijo Mary—.

¿Qué podría ser?

A nadie se le ocurrió nada durante un rato. Luego Tom tuvo una inspiración.

—¡Ya sé! ¿Recordáis esas pequeñas conchas rosadas que hay en la cueva? Bien, ¿qué os parece si las recogemos y nos llenamos los bolsillos? Nadie lo notaría y... son cosa tan corriente junto al mar. Podríamos ir las dejando caer de cuando en cuando al caminar, y sería un buen rastro.

—Sí... y no desaparecerían si lloviese —añadió Jill.

—Buena idea, Tom —le dijo Andy—. Eso haremos. Ahora las recogeremos, para tenerlas preparadas por si acaso esos hombres vuelven a llevarnos a la cueva mañana.

De manera que recogieron las pequeñas conchas rosadas de la cueva, donde las había a docenas, y las guardaron en sus bolsillos. No importaba en absoluto que los hombres registraran sus bolsillos y encontraran las conchas... porque los niños siempre las coleccionan. Tom estaba muy satisfecho con su idea.

Iba oscureciendo.

—Será mejor que volvamos a la cueva —propuso Andy—. Encenderemos la estufa y pasaremos una agradable velada. Ahora hace bastante frío. Nos hemos mojado con ese chaparrón, aunque no ha durado mucho. Será estupendo poder calentarnos y secarnos... y preparemos un poco de té con galletas para la cena, si es que Tom no se las ha comido todas.

—Naturalmente que no —dijo Tom, indignado—. He comido igual cantidad que tú.

Subieron hasta la cueva y entraron arrastrándose. Andy encendió la lámpara y la estufa para poder hervir el agua. Habían llenado la cafetera con agua de lluvia, que para su comodidad había en un hoyo cercano, no lejos de la cueva.

Cierto que la cueva resultaba acogedora y pronto estuvo caldeada y con el aire enrarecido, pero a los niños no les importaba eso porque estaban húmedos y fríos.

—Esto es agradable —anunció Jill envolviéndose en una manta—. Sé que han ocurrido cosas horribles y me espanta pensar que la gente estará preocupada por nosotros, pero no puedo por menos de disfrutar en esta cueva, sintiéndome caliente y seca y disponiendo de galletas para comer.

Todos pensaban lo mismo, aunque Andy parecía serio y pensativo. Jill supuso que no cesaba de pensar en su bote. Ahora había perdido su pronta sonrisa y su buen humor. Le dio una galleta más porque le daba lástima.

Aquella noche durmieron en la cueva y nadie montó guardia, porque no les pareció necesario. No creían que aquellos hombres fuesen a hacerles daño y todos necesitaban una noche de descanso.

Durmieron profundamente sin que nada les estorbase. Al despertar, el sol estaba bastante alto y Andy se sorprendió.

—¡Esta mañana nos hemos dormido! —exclamó—. Voy a lavarme la cara y las

manos en ese hoyo de ahí, pues me siento sucio.

Todos le imitaron. Jill sacó un peine y se arreglaron el cabello. ¡Habían empezado a parecer salvajes, según Mary!

Hicieron un pobre desayuno consistente en pan duro, mantequilla y mermelada. No querían abrir ninguna más de sus preciosas latas, por si acaso aquellos hombres les alimentaban mal. No les gustaron el pan y la carne que les dieran el día anterior.

—¡Andy! Esos hombres vuelven otra vez —exclamó Tom de pronto. Estaba sentado fuera de la entrada—. ¡Y oh, cielos, mira esto! Una... dos... tres... cuatro... cinco barcas. ¡Vaya, tu padre ha traído media flota para buscarnos!

—Hagamos señales, de prisa —replicó Andy. Pero los botes estaban demasiado lejos para verles y en aquel preciso momento los hombres llegaron a la cueva. Eran los tres del día anterior, con los pañuelos rojos en las manos para vendar los ojos a los niños.

—Acordaos de las conchas —advirtiósles Andy en voz baja.

—Salid todos —ordenó la voz del hombre moreno. Tom había vuelto a entrar en la cueva, de manera que ahora estaban todos dentro.

—Salgamos sin resistencia —dijo Andy a los otros—. No quiero que vuelvan a llenar la cueva de humo. Fue espantoso. Estuve tosiendo todo el día igual que vosotros.

Salieron de la cueva y se pusieron de pie. Los hombres les vendaron los ojos a toda prisa y una vez más les empujaron por las rocas y avanzaron dando tumbos como antes. Fueron hacia la izquierda, hacia arriba y otra vez se detuvieron oyendo aquel extraño sonido chirriante.



Luego penetraron en un lugar oscuro, comprendiendo que se hallaban en el interior de la colina rocosa. Al cabo de poco rato volvían a estar en la misma cueva dé la otra vez mirando al mar desde aquella altura y oyeron que la puerta de madera se cerraba a sus espaldas.

—He dejado caer mis... —comenzó a decir Jill con vehemencia, pero se interrumpió con un gemido cuando Tom y Andy le propinaron sendos papirotazos con sus dedos.

—¡No! ¿Por qué hacéis eso?

Andy le indicó la puerta con un gesto.

—Tú no sabes si hay alguien detrás escuchando lo que decimos —le susurró—. No digas nada hasta que te haga una seña con la cabeza.

Todos guardaron silencio un rato. Luego, cuando Andy se hubo asegurado de que sus secuestradores se habían marchado, inclinó la cabeza.

—Pero de todas formas habla bajo —le dijo.

—He dejado caer mis conchas durante todo el camino —susurró Jill—. No me ha quedado ni una. Se me acabaron al llegar aquí.

—Yo también he ido tirando todas las mías —dijo Mary—. Tenía mucho miedo de que se dieran cuenta esos hombres. ¿Tiraste las tuyas, Tom?

—Claro —fue la respuesta de Tom—. Yo oía el ruido que hacían al caer y pensaba que los hombres se darían cuenta.

—Tienes muy buen oído —dijo Andy—. Nadie más oiría caer una concha de ese tamaño. A mí todavía me quedan cuatro. Tenía miedo de tirarlas todas antes de llegar aquí y eso hubiese sido enloquecedor.

—Bueno, parece que lo hemos hecho bien —prosiguió Tom en el mismo susurro empleado por todos—. Ahora podremos seguir el rastro hasta aquí con bastante facilidad. Podremos entrar sigilosamente en la colina y descubrir muchas cosas.

—Creo que deberemos hacerlo de noche —dijo Andy—. Los hombres andarán por ahí de día... pero de noche me imagino que dormirán... excepto el que hace señales con esa luz desde lo alto de la colina.

—¡Ooooooh! ¿De noche? —exclamó Jill bastante asustada—. No me gustaría.

—Bueno, sólo iremos Tom y yo —replicó Andy—. Os dejaremos durmiendo cómodamente en la cueva y regresaremos antes del amanecer. Nos llevaremos también vuestras linternas... para tener bastante luz.

—Me pregunto si esas barcas de pesca estarán navegando por aquí buscándonos por todas partes —dijo Tom—. Ojalá hubiésemos dejado algo por ahí, para que si desembarcan en la isla vean y sepan que estamos aquí.

—Ya lo había pensado —replicó Andy—. Pero puedes estar seguro de que esos hombres hubieran quitado de en medio cualquier cosa que pudiera delatar nuestra presencia. Mi padre no encontrará nada. Tendrá que regresar hoy con todos los demás

e informar de que no ha encontrado nada. Ojalá pudiésemos enviar un mensaje a vuestra madre. Estará muy preocupada.

—Sí que lo estará —dijo Jill—. ¡Nunca, nunca volverá a dejarnos salir en tu bote, Andy! El año pasado naufragamos por una tormenta y nuestra terrible aventura duró semanas... y este año nos capturan los contrabandistas... si es que *son* contrabandistas.

—Bueno, no pudimos evitarlo —observó Andy—. ¿Cómo íbamos a saber que estaba ocurriendo todo esto en el acantilado de los Pájaros y en el peñón del Contrabandista?

Una vez más Bandy les llevó pan seco y comida. Esta vez era jamón que sabía mucho mejor, y luego, antes que el día anterior los soltaron, pero les vendaron los ojos lo mismo y les condujeron por las rocas hasta su cueva.

—Creo que ahora vuestros amigos renunciarán a seguir buscándoos —dijo el hombre moreno con voz desagradable—. De manera que tendréis libertad para correr por la isla, pero veréis que estas rocas son demasiado empinadas, lo que hace imposible el llegar al otro lado, de manera que no lo intentéis. Podríais caer y heriros y en ese caso no os ayudaríamos.

—¡Vaya una clase de gente que sois! —exclamó Andy.

Bandy pareció querer tirarle de las orejas, pero no lo hizo. Los hombres se fueron dejándoles solos.

En cuanto se perdieron de vista, Jill corrió por las rocas camino arriba, regresando con el rostro rojo de excitación.

—El rastro de conchas se ve fácilmente. Podréis seguirlo muy bien, Tom y Andy. Están encima de las rocas. He podido seguirlo un buen trecho.

—Bien, entonces espero que esos hombres no lo descubran —dijo Andy—. Esta noche iremos de exploración, Tom. ¡Será emocionante!

Capítulo XVIII

Un extraño recorrido a medianoche

Los niños decidieron seguir el rastro a medianoche. Así estarían seguros de que los hombres dormían. Resolvieron dormir unas horas primero, para no estar demasiado cansados.

—Yo permaneceré despierta y os despertaré a medianoche si queréis —dijo Jill—. Tengo reloj. Si dejamos la lámpara encendida, no me dormiré.

—No. No es necesario. Yo me despertaré a las doce —repuso Andy, que era una de esas personas inteligentes que pueden despertarse a la hora que quieren—. Podemos dormir todos.

De manera que se arrebujaron en sus mantas, apoyaron las cabezas en los almohadones que trajeron del bote y pronto estuvieron dormidos y soñando.

A medianoche, tal como dijo, Andy se despertó y encendió su linterna. ¡Casi las doce! Sacudió a Tom para despertarle.

—¡Ooooh! —exclamó Tom despertándose sobresaltado.

—¡Chiss! ¡No despiertes a las niñas! —susurró Andy—. Es hora de marchar. ¡Levántate!

—Dame la linterna de Jill —susurró Tom—. Ya sabes que la mía no funciona y debo llevar una linterna.

Andy le entregó una. Luego los niños salieron de la cueva. La colina estaba oscura y barrida por el viento, hacía frío y el cielo estaba cubierto de nubes.

—Ahora a seguir el rastro —dijo Andy dirigiendo el haz de su linterna hacia el suelo y cubriéndola con su mano para que no diera demasiada luz.

Pronto dieron con el rastro de conchas rosadas, que brillaban bajo la luz de la linterna. Los niños avanzaban por las rocas siguiendo las conchas con facilidad. Había una zona donde el rastro se interrumpía y se equivocaron, pero pronto retrocedieron de nuevo hasta el rastro y encontraron el camino a seguir.

—Todos debimos dejar de tirarlas al mismo tiempo —observó Tom considerando extraño aquel fallo—. Pero no ha sido gran cosa. Vamos.

Siguieron avanzando primero a la izquierda y luego subiendo, y entonces el rostro de conchas desapareció de pronto.

—Aquí es donde debimos penetrar en el interior —dijo Andy iluminando las rocas que se elevaban ante él. Pero no había la menor señal. La pared de roca se alzaba compacta. No había ninguna entrada al interior de la colina.

—¡Qué extraño! —exclamó Andy—. Tal vez el rastro siga después de todo. Puede que hayamos llegado a otro claro donde ninguno de nosotros arrojó conchas.

Iré a comprobarlo. Tú quédate aquí y enciende tu linterna de cuando en cuando, para indicarme el camino de regreso, si es que no consigo encontrar más conchas.

No tardó en regresar.

—No veo más —anunció—. *Aquí* debe ser por donde entramos en el interior. ¿Pero cómo diantre puede nadie atravesar una roca sólida?

Volvió a iluminar con su linterna toda la pared rocosa descubriendo una grieta de unos tres centímetros de ancho que parecía penetrar en la colina.

—¡Es curioso! —exclamó Andy, iluminando con su linterna la grieta de arriba abajo—. Mira, Tom... esta grieta parece ser el único medio de entrada en la colina, ¿pero cómo puede entrar nadie por una abertura así? Nosotros, desde luego, no.

Los niños trataron de localizar otro sitio por donde poder entrar, pero al no hallarlo se vieron obligados a regresar al mismo lugar una vez más. Andy recordó algo.

—¿Recuerdas aquel ruido extraño que oímos? —preguntó a Tom—. Una especie de chirrido. Me pregunto si alguna de estas rocas se moverá... ya sabes, como la piedra de la entrada de la cueva del cuento *Alí Baba y los Cuarenta Ladrones*. ¡Ábrete, Sésamo!

—¿Pero cómo podríamos mover una roca tan pesada como ésta?

Andy se acercó de nuevo a la grieta iluminándola de cerca y en toda su extensión con su linterna... y en la parte de abajo encontró algo que casi le hace gritar.

—¡Mira, Tom, una barra de hierro! La han puesto así para usarla como palanca, estoy seguro. Bueno, lo intentaré.

Y cogiendo la fuerte barra de hierro la introdujo en la grieta. Presionando con fuerza y, ¡asombraos!, parte de la roca se deslizó a un lado con un extraño chirrido. Era evidente que estaba tan bien equilibrada sobre su base que podía moverse apenas tocándola. Andy la iluminó con su linterna, pero su aspecto era temible.

—¡Vaya! ¿Quién iba a pensar en una cosa así? —dijo Andy en un susurro—. Ahora me siento como Alí Baba. No cerremos la puerta por si acaso no se abre por dentro. No quiero que nos quedemos encerrados.

Dejaron la roca como estaba y la barra de hierro en el suelo y penetraron en la colina. Un largo túnel se abría ante ellos. Después de haberlo seguido un rato se bifurcó en dos. Un lado se dirigía hacia arriba y el otro hacia abajo. ¿Cuál debían seguir?

—Yo iría hacia arriba —expuso Andy—. Tal vez nos conduzca a la luz de lo alto de la isla y podríamos echarle un vistazo.

Los niños subieron por el túnel utilizando sus linternas, pero apagándolas inmediatamente cada vez que creían oír algo. Mas el interior de la colina rocosa estaba oscuro y silencioso. ¡Resultaba fantástico estar allí a medianoche sin saber lo que iban a ver u oír!

El túnel volvió a bifurcarse en dos. Un lado seguía al mismo nivel y el otro continuaba subiendo. Andy y Tom siguieron por el primero y llegaron ante una puerta de madera con cerrojos y pestillo.

—Apuesto a que ésta es la puerta de la cueva donde nos encerraron ayer —dijo Andy—. Vamos a comprobarlo, ¿te parece?

Abrieron la puerta sigilosamente. Sí... era la misma cueva. Volviendo sobre sus pasos siguieron el túnel ascendente.

De pronto brilló una luz ante ellos.

—¡Quieto! —siseó Andy—. No te muevas y escucha. Pero no había nada que oír. De manera que avanzaron con cautela hacia la luz y llegaron a una enorme cueva iluminada por una gran lámpara de barco que colgaba de un gancho de hierro clavado en el techo rocoso. Se hallaba amueblada convenientemente, con dos o tres colchones, una mesa, sillas y armarios, a todas luces llenos. Sobre una estufa encendida hervía el contenido una cafetera.

En la mesa estaba preparada la comida... y muy buena por cierto, cosa que abrió el apetito de Tom. En una fuente se veían unas lonchas de jamón rosado y una lata de lengua abierta. En un plato vieron una rica tarta de ciruela y una lata de melocotón en almíbar.

—¡Mira eso! —exclamó Tom mientras la boca se le hacía agua—. ¡Necesito comer una loncha de ese jamón!

—Ten cuidado. La comida está dispuesta para alguien y la cafetera ya hierve, de manera que el que lo haya preparado no puede andar muy lejos —susurró Andy—. Volverá pronto. Y no quiero que nos pesque.

—¿No podríamos entrar un momento y coger un poco de jamón? —suplicó Tom—. Tenemos tiempo.

—Bueno, date prisa entonces —replicó Andy entrando con Tom. Los niños cogieron cuatro lonchas de jamón y media barra de pan. Andy cortó un enorme pedazo de pastel y se lo metieron todo en los bolsillos. Iban a salir corriendo de la cueva cuando oyeron que alguien se acercaba.

Ese alguien cantaba una canción marinera. Era la voz ronca de Bandy.

—¡De prisa! ¡Escóndete! —dijo Andy mirando a su alrededor—. ¡Dentro del arcón, de prisa!

Alzaron la tapa de un enorme arcón y se metieron dentro, bajando la tapa sin hacer ruido en el preciso momento en que Bandy entraba en la cueva iluminada. Seguía cantando cuando quitó la cafetera de la estufa.



Se preparó té y luego sentóse a la mesa mirando el jamón.

—¿Adónde ha ido a parar la mitad del jamón? ¿Y dónde está mi pan? Si ese cerdo cochino de Stumpy ha estado aquí otra vez para llevarse mi cena voy a romperle las narices.

Bandy gruñía y refunfuñaba. Luego, al ver que habían cortado un pedazo de pastel de ciruelas se puso en pie furioso.

—¡Mi pastel también! ¡Ya le enseñaré yo! Le tiraré de las orejas hasta que no sepa si está de pie o sentado. Le... le...

Desapareció por el túnel descendente. Andy y Tom apenas podían contener la risa. ¡Pobre Stumpy! Negaría hasta la saciedad que él no había cogido la cena de Bandy, pero Bandy no lo creería.

—Salgamos de aquí mientras tengamos oportunidad —dijo Andy saliendo del arcón—. Será mejor que continuemos subiendo o nos tropezaremos con Bandy. Vamos, Tom.

Tom se detuvo para coger unos trozos más de jamón y otro poco de pastel y luego corrió tras Andy para salir al túnel, que remontaron preguntándose a donde les conduciría.

Tuvieron que volver a encender sus linternas. Encontraron unos toscos escalones en un pasadizo empinado. Parecía como si aquello no tuviera fin. Tom, jadeando, se sentó a descansar.

—¡Andy, *tengo* que descansar! Lo necesito. Estos peldaños son muy empinados.

Andy sentóse a su lado jadeando también y apagó su linterna. En la oscuridad

sonreía pensando en Bandy, que acusaría a Stumpy, quienquiera que fuese, de robar su cena. Se comieron el jamón, el pan y el pastel, quedando ambos muy satisfechos.

Después de descansar reemprendieron la marcha. De pronto los peldaños se interrumpieron y llegaron a una especie de plataforma. El viento sopló sobre ellos con gran fuerza.

—Estamos en lo alto del peñón del Contrabandista, en la misma cima... donde brillaba la luz —comentó Andy—. ¡Vaya... qué fuerza tiene el viento!

—Mira... aquí está el reflector que deben haber utilizado para hacer señales —dijo Tom iluminando con su linterna un enorme reflector que, naturalmente, ahora estaba apagado—. Fíjate, Andy, sus reflejos deben divisarse a mucha distancia... para avisar a los barcos que aguardan para poder entrar con el contrabando.

—¡Caramba! —exclamó Andy—. Tienes razón. Éste es muy elevado y los barcos pueden distinguir las señales desde muchos kilómetros de distancia.

De pronto agarró el brazo de Tom.

—Escucha, ¿no son pasos y un silbido? Tal vez Bandy suba para efectuar las señales. Métete debajo de la plataforma donde está el reflector. No deben vernos.

Se escondieron debajo de la plataforma de madera en que se hallaba el gran reflector. Entonces llegó Bandy y comenzó a manipularlo. Al cabo de un par de minutos su brillante luz atravesó la negrura de la noche. La lámpara parpadeaba haciendo señales a alguien.

Bandy estuvo haciendo señales por espacio de diez minutos. Luego apagó la luz y volvió a bajar los escalones. Los niños no se atrevieron a seguirle. Bajaron unos pocos y al encontrar un rincón escondido en la pared rocosa, se tumbaron allí; a los pocos minutos estaban dormidos.

Despertaron al amanecer, temblando y llenos de agujetas, enojados por haberse dormido. Andy salió a la ventilada plataforma y miró a su alrededor, descubriendo una vista maravillosa. ¡Vaya, si podía contemplar todo lo que rodeaba la isla!

Observó el lago, que no viera hasta entonces, y lanzó un fuerte grito.

—¡Mira, Tom, mira abajo! ¿Qué te parece?

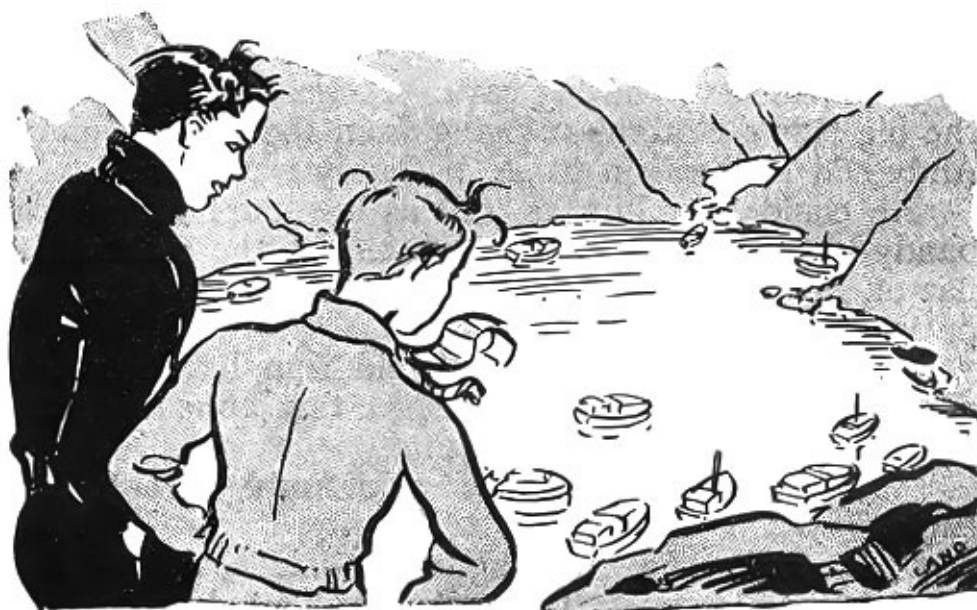
Capítulo XIX

Más descubrimientos

Los dos niños miraron abajo, lejos, lejos, donde el mar resplandecía bajo la temprana luz del sol, viendo un puerto azul y una cala casi redonda protegida por todos los lados por altas y abruptas rocas. A primera vista parecía como si no existiese salida alguna al mar; el puerto parecía más bien un lago interior.

¡Estaba lleno de lanchas motoras, unas grandes y otras pequeñas! Todas paradas, exceptuando una que entraba cautelosamente en la cala, a través de una abertura tan estrecha que los niños apenas podían distinguirla desde donde se hallaban.

—¡Mira! —exclamó Andy—. ¿Quién podía soñar con la existencia de esta cala, de este puerto natural desde el otro lado de la isla? Nadie puede verlo desde allí y me imagino que a menos que se conozca el camino entre esas altas rocas que se extienden a lo largo de kilómetros y kilómetros, jamás podrá encontrarse la entrada. ¡Vaya, vaya... debo reconocer que es un buen escondite para contrabandistas!



Las lanchas motoras parecían de juguete desde donde se hallaban los niños, a gran altura. El fuerte viento casi les arranca las cabezas de los hombros. Desde allí se divisaba una considerable distancia alrededor de la isla, por todos lados.

—No es extraño que los contrabandistas supieran cuándo llegaba mi padre —observó Andy—. Han podido divisar su barco a muchos kilómetros. Me pregunto si vieron también la nuestra cuando fuimos al acantilado de los Pájaros.

—La vieron la segunda vez —repuso Tom—. Por eso enviaron aquella motora para detenernos.

—Tienes razón —dijo Andy—. Vaya, debe tratarse de un contrabando muy importante para ocupar tantas lanchas motoras. Supongo que las enviarán a los barcos que permanecen anclados a varias millas de aquí... barcos que han visto esta señal... y cargan sus productos para traerlos. Es un escondite maravilloso.

—¿Adónde enviarán el contrabando? ¿Y por qué lo hacen? Para evitar el tener que pagar los derechos de aduana, supongo. De esta manera lo introducen en el país. ¿Pero cómo lo sacan de aquí? No hay carretera por tierra ni siquiera desde el acantilado de los Pájaros.

—Es un misterio. Si conseguimos escapar denunciaremos este tráfico.

—¿Recuerdas lo que te expliqué de todas aquellas cajas y canastas que había en el acantilado de los Pájaros? ¿Cómo supones que las llevan allí?

Andy no pudo responderle. Los niños permanecieron contemplando aquella maravillosa vista durante un rato, así como las lanchas en reposo y los hombres que descargaban la motora que acababa de entrar en la ensenada.

—Apuesto a que esta lancha salió anoche hacia el barco al que Bandy estuvo haciendo señales con su lámpara —dijo Andy—. A puesto a que esa lancha ha sido cargada a muchas millas, en pleno océano, y que ha regresado aquí antes del amanecer. Ha llegado con el tiempo justo.

—Esos hombres deben conocer estas rocas como la palma de la mano —observó Tom—. Yo no me atrevería a navegar entre ellas.

—Creo que será mejor volver con las niñas. Estarán deseando saber lo que hemos visto. ¡Si pudiésemos volver a casa!

Se volvieron para bajar los escalones. Ahora estaba oscuro el interior, pero no quisieron encender sus linternas, por si acaso Bandy les descubría. De manera que avanzaron con suma cautela, tanteando los peldaños con los pies, cosa que les hizo emplear bastante tiempo en descender.

—¡Ten cuidado! ¡Nos estamos acercando a esa gran cueva de donde cogimos la loncha de jamón y el pastel! —susurró Andy.

Llegaron a la gran cueva, que seguía iluminada por la lámpara de barco colgada del techo. Con sigilo, Andy asomó la cabeza para asegurarse si Bandy estaba allí.

Pudo verle al mismo tiempo que le oyó. El hombrecillo patizambo se hallaba tumbado sobre uno de los colchones completamente dormido. Tenía la boca abierta y roncaba sonoramente.

—No hay nadie más —dijo Tom echando un rápido vistazo—. Pero no ha terminado ni la lengua ni los melocotones, Andy. Acabemos con ellos.

—No... podría despertarse —dijo Andy, tirando de Tom hacia atrás.

—Ronca muy fuerte —replicó Tom—. Vamos, comamos, ya que no hemos desayunado.

Penetraron rápidamente en la gran cueva y se apoderaron del plato de

melocotones y de la fuente con lengua. Cuando se volvían para marcharse Bandy lanzó un ronquido tan fuerte que Tom pegó tal respingo que le hizo tropezar con un saliente del suelo rocoso, cayendo de cabeza. El plato que llevaba se hizo pedazos y Tom y Andy quedaron cubiertos de almíbar.

—¡Torpe! —le siseó Andy levantándose.

Salieron corriendo al pasillo, pero ahora Bandy estaba bien despierto e incorporándose gritó con fuerza:

—¡Vaya, has vuelto a robar mi comida, Stumpy! ¡Después del *rapapolvo* que te di anoche! Eres un cerdo glotón, eres...

—¡Corre! ¡Piensa que ha sido el mismo de anoche! —jadeó Andy—. ¡Corre! Nos esconderemos en algún sitio antes de que nos alcance.

Esta vez Bandy se hallaba sobre la pista. ¡Pensar que Stumpy había vuelto a robarle su comida! ¡Ya le enseñaría él! Cogería a Stumpy y golpearía su estúpida cabeza contra la pared. Le...

Los niños corrían a más y mejor. Pasaron la bifurcación del túnel que conducía a la cueva donde les tuvieron encerrados dos veces. Siguieron bajando con la esperanza de llegar pronto al lugar donde el túnel se dividía en dos y una rama se dirigía hacia abajo y la otra volvía al lugar por donde habían entrado en la colina por la roca movable.

—Una vez lleguemos a la bifurcación del túnel estaremos a salvo —jadeó Andy—. Allí podremos huir por la entrada y volver al lado de las niñas.

Por fin llegaron sin cesar de correr con el ansia de salir a la luz del sol. Pero cuando llegaron al final de aquel pasillo, la gran roca había sido vuelta a su lugar. No había salida.

—¡Sopla! ¿Cómo vamos a moverla desde este lado? —preguntó Andy.

Empujaron y tiraron, pero la roca no se movía, ni tampoco disponían de nada que pudieran utilizar como palanca. La roca estaba herméticamente empotrada.

—Alguien ha estado aquí, y al encontrar la roca separada ha vuelto a colocarla en su lugar —dijo Andy al fin—. Es inútil. No podemos apartarla.

—Pues no podemos volver por el túnel a la habitación de Bandy. Seguro que nos atrapa, más pronto o más tarde.

—Vamos hasta donde el túnel se bifurca y tomemos el camino de abajo esta vez. Veremos dónde desemboca. Puede que nos conduzca a otra salida. Es inútil quedarnos aquí para que nos atrapen como ratas en una trampa.

De manera que emprendieron el regreso escuchando atentamente por si oían a Bandy. En la bifurcación tomaron el túnel descendente y siguieron andando por los oscuros y húmedos pasadizos que serpenteaban de cuando en cuando.

—Estos pasadizos deben estar contruidos en el corazón de la colina, como el túnel del acantilado de los Pájaros —dijo Tom—. Escucha... ¿qué es eso?

Era el tumulto ocasionado por una pelea. Los niños se agazaparon cerca del lugar de donde procedían los gritos.

—Es Bandy acusando a Stumpy otra vez —susurró Andy—. ¡Pobre Stumpy! Parece que le hemos metido en un buen aprieto.

En el túnel se abría otra cueva, bastante parecida a la de arriba, que al parecer pertenecía a Bandy. Sin embargo, ésta era más pequeña y no estaba tan bien amueblada. Allí era donde se peleaban Bandy y Stumpy. La cueva no estaba muy bien iluminada y los niños tuvieron la certeza de que no les descubrirían cuando se detuvieron para atisbar unos momentos desde el pasillo.

—¡Vaya... Stumpy es el hombre peludo! —cuchicheó Tom—. ¡Mira sus piernas velludas, desnudas, y sus enormes pies! Es el que balanceaba las piernas encima de nosotros aquel día... y yo le vi otra vez en la cueva al pie del acantilado de los Pájaros, con el otro hombre también.

En la cueva de Stumpy se desarrollaba una espectacular pelea. ¡Gruñidos, gritos, alaridos, persecución y porrazos! A los niños les hubiera gustado quedarse a disfrutar del espectáculo, que resultaba bastante cómico. Pero consideraron que la oportunidad de escaparse sin ser vistos era demasiado buena para desperdiciarla y pasaron rápidamente por delante de la entrada de la cueva. Ninguno de los dos hombres les vio.

Ahora el túnel descendía en forma muy acentuada y continuaron bajando un buen trecho.

—Hasta las mismas profundidades de la tierra —dijo Tom con una voz tan alterada que Andy casi se asustó. Las paredes de roca del túnel comenzaron a brillar de una manera extraña.

—Fosforescencia —dijo Andy—. ¿No es curioso, Tom? ¡Muy irreal!

—Regresemos —exclamó Tom de pronto—. Esto no me gusta nada. Y tampoco me gusta ese ruido extraño que se oye sobre nuestras cabezas.

Andy también lo había observado... ¡bum, bum, bum! ¡Buuuuuum!

—¿Qué puede ser? No, Tom, no podemos regresar ahora. Pronto llegaremos a alguna parte. ¡Es seguro! Si por lo menos ese túnel se elevase otra vez. Hemos bajado demasiado.

Siguieron andando otra vez entre las paredes resplandecientes. En aquel pasadizo había mucho sitio... suficiente para que pasaran tres hombres a un tiempo, de ser necesario... y el techo se hallaba muy alto sobre sus cabezas.

Avanzaron, utilizando sus linternas; se sentían muy fatigados por la larga caminata. Andy estaba extrañado. El peñón del Contrabandista no era una isla muy grande y ahora debían haberla recorrido toda. ¿Adónde se dirigían?

De pronto se detuvo sujetando a Tom por un brazo. Tom se sobresaltó.

—¡No hagas eso! —exclamó—. ¿Qué ocurre?

—¡Tom, ya sé dónde estamos y lo que ese ruido significa! —exclamó Andy con voz excitada.

—¿Qué es? —preguntó Tom mirándole sobresaltado.

—¡Es el mar lo que oímos sobre nuestras cabezas!

—¿Sobre nuestras cabezas? —repitió Tom alzando la suya como si esperase ver las olas rompiendo sobre él—. ¿Qué quieres decir?

—¡Estamos bajo el suelo rocoso del mar! —dijo Andy en voz alta—. Nos hallamos en un túnel subterráneo, excavado precisamente debajo del mar... y apuesto a que sé dónde conduce. Al acantilado de los Pájaros.

Tom tragó saliva. Estaba tan asombrado que no podía pronunciar palabra. Mirando a Andy escuchó el rumor sordo y retumbante. Sí... debían ser las olas que rompían sobre sus cabezas. Tom deseó que el fondo del mar fuese sólido y resistente. No era agradable pensar que había tanta agua allá arriba.

—Por eso el túnel descendía tan profundamente —dijo Andy—. Discurre por debajo del mar. Ahora debemos estar bastante lejos... pero no sé si aún nos falta mucho para llegar al acantilado de los Pájaros. Supongo que llegaremos allí, más pronto o más tarde. Ahora ya sabemos cómo los contrabandistas llevan allí sus cosas... y las almacenan en la cueva que tú viste. Las trasladan allí por debajo del mismo mar.

—Vamos —exclamó Tom, excitado—. Vamos... a ver a dónde conduce... ¡De prisa!

Capítulo XX

Un hallazgo inesperado

Los dos niños avanzaron anhelantes por el extraño túnel. Era tan ancho que hubiese podido albergar dos vías de tren. No era de extrañar que los contrabandistas pudieran transportar tan fácilmente las mercancías desde el peñón del Contrabandista al acantilado de los Pájaros.

¡Bum, bum, buuuuum! El incansable mar seguía retumbando sobre sus cabezas.

—Espero —dijo Tom— que no exista ninguna grieta en las rocas que forman el techo de este extraño túnel *submarino*. Sería espantoso que comenzase a entrar agua.

—¡No seas tonto! Ese túnel debe haber existido hace muchos años —tranquilizó Andy—. No hay razón para que se agriete ahora. No te preocupes. Estamos seguros.

—Espero que lo estemos de verdad. ¡Maldición! Mi linterna se está apagando.

—Bueno, yo tengo dos... la mía, que llevo encendida, y la de Jill —dijo Andy—. Yo te di la de Mary. Ahora nos arreglaremos sólo con la mía, porque podemos necesitar la de Jill más tarde si la mía se agota. Camina cerca de mí. ¡Vaya, cómo resplandecen estas paredes y el techo! Es un túnel maravilloso. Deben haberlo usado en los viejos tiempos.

—Quisiera saber quién fue el primero en descubrirlo y recorrerlo —prosiguió Tom tropezando con una irregularidad del suelo—. ¡Eh, ilumina mejor el suelo, Andy! No veo por dónde voy.

Siguieron andando un buen rato. Andy trataba de imaginar la longitud que tendría el túnel si unía el acantilado de los Pájaros con el peñón del Contrabandista. Seguro que debían estar aproximándose al final.

—Escucha, el ruido del mar ya no es tan fuerte —dijo Tom deteniéndose de pronto—. Andy, escucha.

—Tienes razón. Bueno, eso sólo puede significar una cosa, que ahora ya no caminamos sobre el agua, sino tal vez bajo el acantilado de los Pájaros.

—Sabes, Andy, yo creo que probablemente llegaremos a esa cueva donde vi almacenadas tantas cajas y banastas. Cuando estuve allí, vi desaparecer a Stumpy y al pescador con lentes por un agujero del suelo de la cueva y apuesto a que aquel agujero conducía a este túnel.

—Yo diría que tienes razón. Vamos, pronto lo veremos. Es agradable no oír el ruido del mar sobre nuestras cabezas. No era un sonido muy agradable. Me producía una sensación extraña.

—A mí también. ¡Como si estuviera caminando en una pesadilla desagradable!

Echaron a andar otra vez. El pasadizo continuaba siendo muy ancho, e incluso se

fue ensanchando más a medida que avanzaban. ¡Entonces la linterna de Andy iluminó un gran almacén!

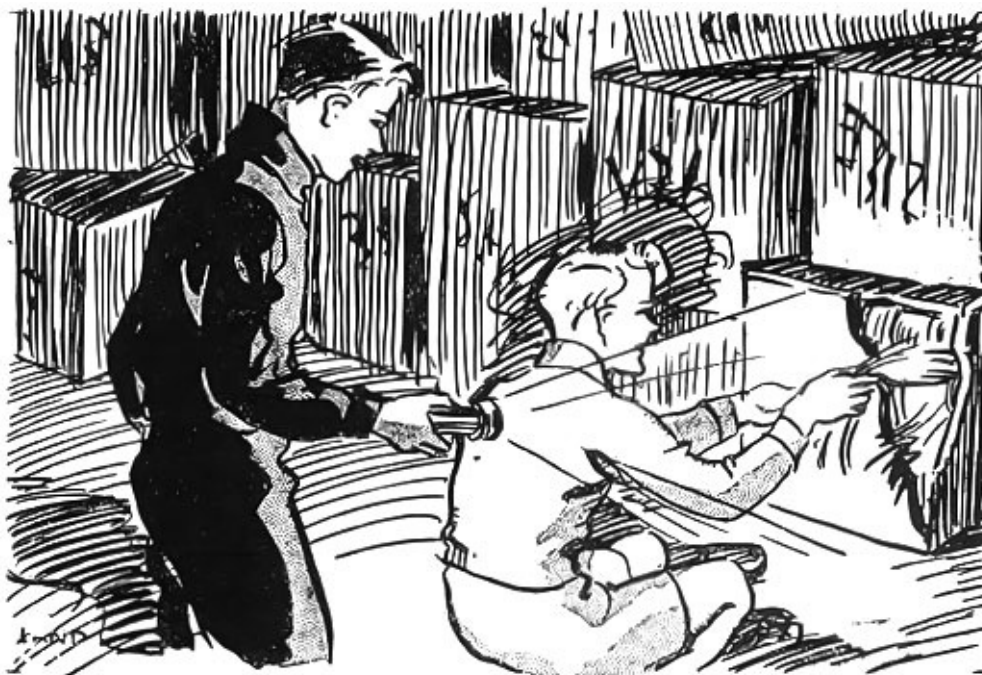
El túnel se había ensanchado tanto que ahora formaba como una especie de vestíbulo subterráneo atiborrado de cajas de embalaje de todas clases amontonadas con descuido. Andy se acercó con curiosidad iluminándolas con su linterna.

—Puede que estén llenas de botellas de coñac —dijo—. Sé que algunas veces lo entran de contrabando. Cada caja tiene escrita una combinación de letras y números. Mira estas verdes también.

—Aquí hay una, medio rota —observó Tom—. Acerca la linterna. Tal vez podamos ver lo que hay dentro.

Pronto el haz de la linterna estuvo iluminando el interior de la caja. Los niños quitaron unos puñados de paja y papeles que protegían el contenido.

Y entonces Andy lanzó un prolongado silbido y se quedó mirando fijamente el contenido. Tom le observó con impaciencia.



—¿Qué pasa? ¿Ya sabes lo que hay dentro?

—Sí. Mira esto, ¿ves este barrilito brillante? Aquí hay escopetas y también revólveres, supongo. Y municiones en esas cajas grandes de ahí de color verde. Apuesto a que tengo razón. Vaya, esto es más que contrabando.

—¿Qué es, entonces? —preguntó Tom en voz baja—. No lo comprendo.

—Ni yo todavía. Sólo sé que esos hombres están entrando miles de armas y municiones y desde aquí las envían a otra parte, ya sea a países donde no les permiten tener estas cosas o para usarlas contra nuestro propio país de alguna forma. Es un complot, y un complot peligroso además, que puede significar peligro para nuestra patria y nuestra gente. No es extraño que esos hombres hundieran nuestro bote, nos

hicieran prisioneros y procurasen evitar por todos los medios que mi padre nos encontrara.

Tom estaba asustado.

—No harán daño a las niñas, ¿verdad? —dijo pensando en Jill y Mary, que estaban solas en la cueva.

—No lo creo. ¿Qué *vamos* a hacer? ¿Qué *podemos* hacer? Debiéramos regresar como fuera y dar parte de este extraño hallazgo... y también volver con Jill y Mary para cuidar de ellas. ¿Pero cómo lograremos llevar a cabo cualquiera de las dos cosas?

Tom se sentó sobre una de las cajas. Las cosas estaban sucediendo demasiado aprisa. Contempló con temor aquel gran almacén subterráneo. ¡Armas! ¡Miles de armas! Y puede que pólvora también. Municiones aguardando ser usadas con fines malvados por gente malvada. Se estremeció.

Andy tomó asiento a su lado y quedóse pensativo. El pescador parecía preocupado y le hubiese gustado ser mayor. Las personas mayores siempre parecen saber la mejor forma de resolver cualquier situación. Pero él lo ignoraba e incluso si lo supiera, ¿cómo ponerlo en práctica?

—El caso es —dijo en voz baja—, ¿qué sería lo más acertado, volver al peñón del Contrabandista para proteger a las niñas o seguir adelante hacia el acantilado de los Pájaros? Quizás eso sería lo mejor, porque podríamos remontar el túnel que conduce a la cascada y tal vez salir por esa abertura a la luz del día y aguardar por si mi padre volviera a buscarnos. Entonces podríamos hacerle señales.

—Sí, es una buena idea. No es posible que esos hombres se imaginen que hemos descubierto el túnel bajo el mar y que hayamos venido al acantilado de los Pájaros. Vaya, incluso puede que ignoren que no estamos con las niñas, si es que no van a husmear por nuestra cueva. Podríamos aguardar una oportunidad y hacer señales desde el acantilado de los Pájaros.

—Me parece muy bien, pero dudo que mi padre vuelva hoy. Ha estado recorriendo estos lugares durante dos días sin encontrar nada. Es posible que ahora busque por otros sitios.

—Sin embargo, en realidad es lo único que podemos hacer —dijo Tom poniéndose en pie—. Vamos, ahora estaremos más seguros, ¿no? Aunque será mejor que andemos con cuidado, ya que podríamos tropezar con alguno de esos hombres en el acantilado de los Pájaros.

De manera que dejaron el almacén a sus espaldas, comenzando a avanzar otra vez. Al cabo de poco el túnel se estrechaba, adquiriendo las características anteriores; un amplio pasadizo rocoso con techo alto. De pronto comenzó a ascender.

—Apuesto a que nos conduce a esa cueva —susurró Tom—. Procura cubrir la linterna con la mono, Andy.

Los niños avanzaron ahora muy despacio y a poco el pasadizo se interrumpió bruscamente. ¡Una pared de roca les bloqueaba el paso!

—¡Termina aquí! —exclamó Andy tanteando la pared con las manos—. ¡Maldición! ¿Qué significa esto?

No parecía significar otra cosa sino que el túnel terminaba allí y no podían seguir adelante. Andy exhaló un profundo suspiro. Estaba exhausto después de aquella larga caminata y le parecía sudar tinta al no encontrar una salida.

Se sentó de pronto y Tom dejóse caer a su lado, pues las piernas le temblaban del cansancio.

—Es inútil —dijo Andy—. No puedo volver atrás. Estoy agotado. ¡Estamos vencidos!

Tom sentía lo mismo, pero tras un breve descanso Andy recuperó nuevos ánimos. Volvió a encender su linterna para iluminar las paredes y la dirigió hacia arriba, sobre su cabeza. Lanzando un grito se agarró al brazo de Tom.

—¡Mira... qué tontos somos! Ahí está la salida, sobre nuestras cabezas, ¡un agujero en el techo, naturalmente!

Tom alzó la vista viendo un gran agujero redondo en el techo del túnel y contuvo el aliento.

—¡Claro, Andy! ¿No te dije que esos hombres desaparecieron por un agujero del suelo de su cueva? Apuesto a que es éste. Tenía que conducir a alguna parte y conducía a este túnel. ¿Por qué no lo habremos visto antes?

Inmediatamente los dos niños se sintieron mejor. Tanto mejor, en realidad, que se pusieron en pie de un salto dispuestos a caminar kilómetros si fuera necesario. Andy trató de averiguar la forma de poder elevarse hasta el agujero, pero no había ni rastro de peldaños de ninguna clase.

—¿Qué es eso de ahí? —susurró Tom de pronto.

Andy acercó su linterna: era una cuerda enroscada en un poco de hierro clavado en la roca. La cuerda era tan oscura como las paredes y por eso no la vieron antes. Ellos buscaban escalones o agarraderas de hierro.

—Por esa cuerda suben y bajan —susurró Andy—. Subiremos en seguida. No creo que haya nadie arriba en la cueva o veríamos alguna luz. Yo subiré primero, Tom. Sujeta la linterna.

Tom cogió la linterna con mano temblorosa por la emoción y el alivio, de modo que la luz era bastante incierta. Andy desenrolló la soga y la probó. Estaba bien sujeta. El pescador trepó como un mono, pues estaba acostumbrado.

Se encontró en la oscuridad. No tenía la menor idea de dónde estaba, una vez hubo salido del agujero. Miró hacia abajo, viendo el rostro ansioso de Tom a la luz de la linterna.

—Tírame la linterna —le dijo—. Ten cuidado. Eso es. Ahora la sostendré yo.

Agárrate a la cuerda. ¡Vamos!

Tom trepó por la cuerda y Andy le ayudó cuando ya estaba arriba. Contemplaron lo que les rodeaba a la luz de su linterna.

—Sí, ésta es la cueva de que te hablé, la que les sirve de almacén... que queda cerca del río subterráneo —dijo Tom—. ¡Suerte que no hay nadie aquí!

Andy iluminó los montones de cajas.

—Estas cajas son de comestibles —dijo—. Hay una medio abierta y está llena de latos de conserva para alimentar a todos estos hombres que prestan su ayuda en este trabajo fuera de la ley. ¡Vaya, quien lo planeara lo hizo a conciencia! Supongo que estos alimentos están destinados a las tripulaciones de las lanchas motoras.

—Te enseñaré por dónde pasa el río subterráneo —le dijo Tom llevándole detrás de un montón de cajas a un lado de la cueva, para mostrarle el agujero detrás del cual discurría el oscuro río en su estrecho túnel—. Por ahí salté.

—Bueno, nosotros no iremos por ahí. ¡Es demasiado peligroso para mi gusto! Iremos hacia arriba, Tom, no hacia abajo... subiremos por ese túnel serpenteante que descubriste, el que conduce a la salida de la cascada... y esperemos que el caudal de agua sea hoy lo bastante menguado para que nos permita salir por allí.

—¡Y entonces aguardaremos en el acantilado y haremos señales! ¡Pronto nos salvarán! ¡Vamos, Andy... al túnel!

Capítulo XXI

Andy recibe una auténtica sorpresa

Andy y Tom, dejando atrás la cueva-almacén, avanzaron por el túnel ascendente. Tom estaba seguro de conocer el camino. Recordaba haberlo recorrido... había penetrado por la abertura de la cascada, encontrando una gran cueva, luego en la siguiente vio unos escalones que conducían hacia arriba... y desde allí encontró el túnel serpenteante que llevaba a la cueva-almacén que acababan de abandonar.

Sí, conocía bien el camino. De todas formas, no había posibilidad de equivocarse, porque según recordaba, no había otro túnel que seguir. Éste no se bifurcaba en dos, como el túnel del peñón del Contrabandista.

De modo que alumbrando ante ellos con sus linternas, los niños comenzaron la larga caminata ascendente, que a Tom le pareció mucho más pesada en esta ocasión.

—¡Bueno, es porque esta vez *subes* en vez de bajar! —dijo Andy, que también jadeaba—. Debe ser mucho más fácil bajarlo. ¡Vaya subida!

Al cabo de un rato, Tom se detuvo sorprendido, e iluminando ante sí con su linterna, quedóse mirando fijamente.

—Vaya, Andy, mira... este pasadizo se divide en dos aquí y estoy seguro de que no era así. ¡Estoy convencido de que sólo había un túnel que seguir! ¡Sopla! ¡No pude por menos de verlo al bajar!

Andy examinó la bifurcación del túnel.

—No, no lo hubieses notado —le dijo—. Tú doblaste esa esquina oscura, ¿la ves?, y no debiste darte cuenta que había otro camino que venía hacia aquí, por causa de esa roca saliente, y pasaste de largo sin notarlo. Sigamos.

—Pero, Andy, aguarda. No estoy del todo seguro del camino que seguí —exclamó Tom—. Pude bajar por uno sin fijarme en el otro. Oh, ¿cuál tomaría?

—Pues, la verdad, yo creo que debieras saberlo —dijo Andy siendo bastante injusto, ya que ambos túneles eran exactamente iguales en la oscuridad. Tom no lo sabía, y permaneció contemplándolos, mientras se preguntaba cuál de los dos sería.

—Bueno, en realidad no importa mucho —decidió Andy al fin—. Tomaremos el de la derecha a ver si tenemos suerte. Si no tiene salida al acantilado, podemos regresar y seguir el otro.

—Sí, es verdad —repuso Tom, aliviado—. Vamos, entonces, elijamos éste. Tal vez sea el acertado. Tengo el presentimiento de que lo es.

Pero su presentimiento era falso. ¡Decididamente era el equivocado! Serpenteaba mucho más que el otro y pronto Tom se convenció de que se habían equivocado.

—Será mejor que volvamos —dijo—. Estoy seguro de que nos hemos

equivocado.

—Bueno, entonces me gustaría saber a dónde conduce —replicó Andy intrigado—. Sigue subiendo. ¿Tú crees que llevará a lo alto del acantilado o hacia el otro lado de la bahía donde anclamos al *Andy*? Yo creo que no debe faltar mucho para que termine. Será mejor que veamos lo que ocurre.

De manera que siguieron adelante y pronto obtuvieron la recompensa, pues allá a lo lejos brillaba algo que supusieron sería la luz del día. ¡Y vaya si lo era!

De pronto el pasadizo terminaba en una profunda hendidura del acantilado, y allá, a sus plantas, estaba el mar rompiendo contra las rocas que festoneaban la costa durante un sinfín de kilómetros.

Aspiraron el aire fresco con deleite. Después de la humedad del túnel resultaba delicioso y también era agradable sentir el viento fresco y limpio en sus rostros.

Se sentaron en el borde, asustando a media docena de pájaros indignados. Los huevos abandonados rodaron y rodaron trazando círculos, pero no cayeron por la vertiente.

—Ahora si tuviésemos algo que *comer*... —dijo Tom, y al meterse la mano en el bolsillo encontró, con gran contento, un pedazo de jamón y medio de pastel. Los niños compartieron el hallazgo con apetito, deseando que hubiera más.

—Estamos más altos que antes, cuando estuvimos junto a la cascada —observó Andy—. Me pregunto dónde estaremos exactamente. No estamos en la parte alta del acantilado. Creo que nos hallamos más allá del acantilado de los Pájaros, en algún repecho del otro lado. Asomémonos al borde y veremos si la cala donde anclamos se encuentra o no debajo de nosotros. No creo que esté ahí.

—Bueno, tú mira abajo —le dijo Tom—. Es demasiado alto incluso para mí. Me dará vértigo si me asomo a ese borde desde esta altura.

—Sujétame las piernas y yo asomaré la cabeza.

Se tumbó sobre su estómago y se arrastró hasta el mismo borde del repecho. Tom le sujetó los tobillos con fuerza.

Andy miró hacia abajo. Le pareció que a varios kilómetros el mar se movía silencioso y lentamente hacia el acantilado. Los niños estaban demasiado altos para oír el menor ruido del mar. Era extraño verlo desde lo alto tan lejano.

Los ojos de Andy recorrieron la costa. Lo que había pensado... no estaban sobre la cala donde una vez anclaron al *Andy*. Debían hallarse mucho más alejados.

Fue examinando cuidadosamente la costa y de pronto divisó algo que le hizo mirar tan intensamente, que sus Ojos se nublaron y no pudo ver nada.

—¡Sujétame bien, Tom, sujétame! —gritó—. Voy a arrastrarme un poco hacia delante... debo ver exactamente lo que hay debajo de nosotros. ¡Sujétame fuerte!

Tom agarró con mayor fuerza los robustos tobillos de Andy y el muchacho se inclinó un poco más sobre el borde del abismo para distinguir mejor lo que había

debajo. Y estuvo mirando fijamente y en silencio tanto tiempo que Tom se impacientó.

—¿Qué ves? —preguntóle—. Estoy cansado de aguantarte. ¿Qué es lo que ves?

Andy no podía dar crédito a sus ojos y los cerró para volverlos a abrir. Si, seguía estando allí. ¡Qué extraordinario y qué maravilloso!

Retrocedió arrojándose sobre su estómago, para incorporarse luego con el rostro resplandeciente de felicidad. Le brillaban tanto los ojos que Tom se sobresaltó.

—Andy, ¿qué te ocurre? —le preguntó.

—¡Tom! ¿Sabes lo que hay ahí abajo, escondido en un pequeño canal en una hendidura del propio acantilado? —dijo Andy cuya voz temblaba de emoción—. ¡Jamás, jamás lo adivinarías!

—¿El qué? —exclamó Tom.

—¡Nuestro bote! —gritó Andy golpeando el suelo rocoso con las manos—. Nuestro bote... el *Andy*.

—Pero si está hundido —dijo Tom pensando que Andy debía estar loco—. Ya sabes que lo hundieron.

—¡No es cierto! —exclamó Andy—. ¿Es que acaso no conozco mi propio bote en el que he navegado tantas veces?

—Esos hombres me engañaron. ¡No hundieron al *Andy*! ¡Lo tienen ahí abajo, escondido en una hendidura de las rocas... oh, un escondite muy, pero que muy bueno! No creo que nadie pueda verlo desde el mar. ¡Sólo puede verse desde aquí arriba!

—Pero, Andy... oh, Andy, ¡no es posible! —dijo Tom mientras una lágrima ridícula le escapaba por el raballo del ojo—. ¡Yo estaba seguro de que lo habían hundido! ¡Qué suerte que nos equivocásemos de camino y hayamos venido a parar aquí! De otro modo no lo hubiésemos encontrado, ¿verdad? ¡Qué fantástico... rotundamente maravilloso!

—¿Quieres verlo? —le propuso Andy—. ¿Quieres echar un vistazo a nuestro viejo bote? ¡No tiene la vela izada, pero lo he reconocido! Por poco me caigo cuando lo vi por primera vez. ¡Suerte que me tenías cogido por las piernas, Tom!

—Bueno... sujeta las mías con fuerza —accedió Tom tumbándose sobre su estómago, y pronto estuvo asomado al borde del acantilado, viendo, allá abajo, a lo lejos, un bote diminuto anclado en un pequeño canal de agua oculto entre las rocas.

—¿Es de veras el *Andy*? —preguntó—. Yo no podría asegurarlo. Me parece todo



cubierta. Pero hay un puntito rojo que debe ser la vela que está doblada. La han vuelto a su sitio.

—Es el *Andy*, estoy seguro —dijo Andy alegremente—. Lo reconocería entre un millón de embarcaciones. ¡Qué suerte! ¡No lo han hundido! Sabemos dónde está escondido. ¡Ahora sólo tenemos que llegar hasta él y regresar a casa!

—Sí, ¿pero cómo vamos a llegar a él? —preguntó Tom retrocediendo—. ¡Eso no será sencillo!

Los dos niños se sentaron con las espaldas apoyadas en la roca para discutir lo mejor que podían hacer. Era evidente que debían tratar de llegar hasta el *Andy*. El difícil problema de la huida quedaría resuelto si lograban subir a bordo.

—No podemos descender por el acantilado hasta allí —dijo Andy—. Caeríamos y nos haríamos pedazos. Me parece que la única cosa que podemos hacer es bajar a nuestra propia cala como sea... aquella a donde va a parar el río subterráneo... y caminar por las rocas de la base hasta llegar al *Andy*. ¡Tardaremos siglos!

—Oh, cielos... y no tenemos comida —dijo Tom con pesar—. Ésa no me parece muy buena idea.

—Bueno, entonces piensa tú algo mejor y lo pondremos en práctica —replicó Andy. Pero, naturalmente, a Tom no se le ocurrió nada más.

—Tienes razón —dijo al fin con un suspiro—. Es lo único que podemos hacer. Pero, volvamos a la cueva-almacén donde están las cajas de comestibles, Andy. Por lo menos podremos abrir alguna de esas latas y comer algo. No podemos seguir mucho tiempo sin alimentarnos. Por lo menos yo.

—De acuerdo —repuso Andy—. De todas formas, Tom, creo que lo mejor será permanecer escondidos hasta el anochecer por si acaso alguien nos viera saltando por las rocas para llegar al *Andy*. Vamos, bajaremos ahora a la cueva para buscar la comida que precisemos. Luego la llevaremos al repecho junto a la cascada, así podremos salir por la abertura, y aguardaremos allí hasta que consideremos seguro bajar por las rocas para buscar al *Andy*.

Fue más sencillo bajar a la cueva-almacén que lo fuera el subir al acantilado. Allí no había nadie. Los niños estuvieron buscando hasta encontrar dos o tres abrelatas. ¡Bien! Se metieron uno en el bolsillo y luego eligieron algunas latas para llevarse consigo.

—Lengua —dijo Tom—. Y riñones. Y guisantes, albaricoques y ciruelas. ¡Ésa es mi elección!

Buscaron unos sacos donde ponerlas y encontraron algunos viejos. Cada uno de ellos puso su elección de latas en un saco y se lo echó al hombro, antes de emprender de nuevo el camino hacia el acantilado. Pero esta vez tomaron el otro túnel al llegar a la bifurcación. Andy quedó asombrado al contemplar las cuevas por donde corría el torrente de agua camino de la cascada.



—¡Gracias a Dios, hoy apenas brota agua! —exclamó Tom—. Vamos, Andy, será difícil pasar por ese repecho tan angosto de la entrada con nuestras latas.

Lo fue, pero lo consiguieron. Y así llegaron por fin al exterior del acantilado de los Pájaros, yendo a sentarse al fondo de la cueva donde Tom dejara olvidada su cámara fotográfica.

—¡Y ahora a comer! —exclamó el siempre hambriento Tom—. Y luego una buena siesta al sol. ¡Y después... todo listo para ir a buscar el *Andy*!

Capítulo XXII

En busca del *Andy*... y lo que sucedió allí

Los niños hicieron una buena comida sentados al sol. Estuvieron hablando de las niñas, preguntándose qué tal les iría, y si se encontrarían bien.

—Por lo menos tienen comida —comentó Tom—. Ojalá pudieran compartir conmigo estos riñones y melocotones. Es una combinación estupenda.

—¡No sé cómo puedes comer un bocado de riñón y otro de melocotón! —exclamó Andy—. A mí no me gusta mezclar las cosas así. ¿Verdad que el sol es delicioso, Tom? El viento ha amainado un poco. Escucha, ¿cuándo iremos en busca del *Andy*? ¿Iremos primero a rescatar a las niñas o vamos directamente a casa para dar parte de lo que sabemos?

—No veo cómo podremos rescatar a las niñas —repuso Tom pinchando un trozo de riñón y otro de melocotón con la punta de su cuchillo—. Nos descubrirían los hombres que vigilan el bote de tu padre y volverían a capturarnos. Será mejor que volvamos corriendo a casa. El viento nos empujará, ¿verdad? De modo que podremos regresar deprisa.

—Sí. Aunque estoy preocupado por las niñas —dijo Andy tendiéndose de espaldas incapaz de comer más—. Me temo que esos hombres se enfurezcan al descubrir que hemos escapado... si lo descubren... y tal vez les hagan la vida imposible a Jill y a Mary.

Era un horrible pensamiento. Andy quería mucho a las dos niñas y Tom adoraba a sus hermanas. Pero si regresaban al peñón del Contrabandista para recoger a las niñas podrían capturarlos otra vez, ¿y qué utilidad reportaría aquello?

Andy se quedó dormido antes de tener tiempo de preocuparse más. Tom, tras beber la última gota de almíbar de la lata, se tendió también al sol y cerró los ojos. Ambos niños estaban extenuados.

No se despertaron hasta que el sol estaba muy bajo por el oeste. Andy sacudió a Tom.

—¡Tom! ¡Despierta! Ya es hora de que descendamos para ir en busca del *Andy*. Bajaremos hasta el pie de los acantilados y luego trataremos de dirigirnos hacia el oeste, doblando el saliente de las rocas. Así llegaremos más pronto o más tarde al tajo del acantilado donde está escondido el *Andy*. La marea está bajando, de manera que las rocas estarán al descubierto.

Tom bostezó al incorporarse. Tenía agujetas y no le agradaba la perspectiva del largo descenso. Pero había que hacerlo. Andy comenzó a bajar primero, seguido de Tom.

Cuando al fin llegaron al pie del acantilado, Andy se dirigió hacia el oeste por encima de las ásperas rocas descubiertas por la marea. El musgo las hacía resbaladizas, pero los niños pisaban con firmeza y apenas resbalaban.

Al doblar la punta rocosa vieron ante ellos otra zona de costa rocosa agreste. ¡Por allí escondido se hallaba el *Andy*! ¿Pero dónde? Desde donde estaban no se veía ni rastro. El escondite era muy bueno.

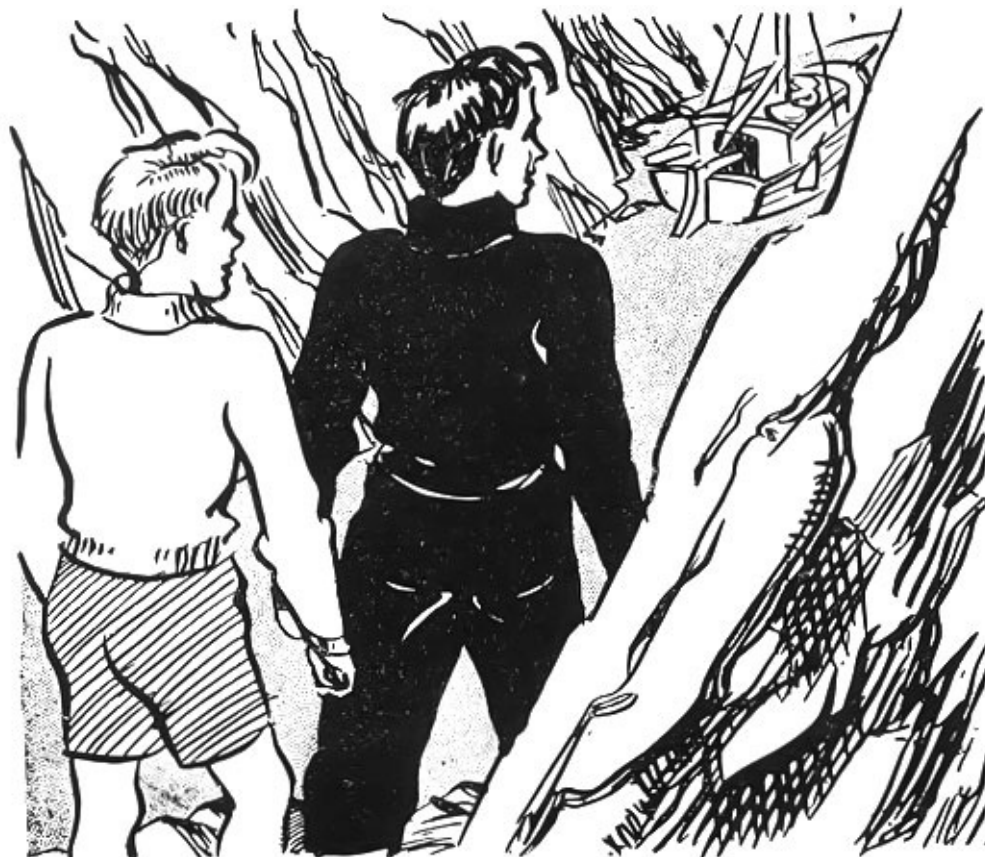
—Mira, por ahí lo entraron —dijo Andy, señalando un estrecho paso en el mar libre de rocas—. Esos hombres deben conocer estas costas como la palma de sus manos. Hay algunos marineros muy inteligentes entre ellos.

Despacio fueron avanzando por las rocas que festoneaban el acantilado buscando algún recodo que pudiera ocultar el tajo donde escondían al *Andy*. Pero la verdad es que parecía como si fuese imposible encontrarlo.

¡Pero lo encontraron! Rodearon una roca alta como una catedral... y ante sus ojos apareció una franja de mar azul que se introducía en una hendidura del acantilado.

—¡Aquí es! —exclamó Andy, encantado—. ¿Ves? Completamente invisible excepto desde arriba del acantilado... o del lugar desde donde ahora lo contemplamos. Ha sido una suerte verlo desde arriba. De otro modo jamás lo hubiésemos encontrado.

Remontaron el pequeño canal que permanecía tranquilo entre la garganta de rocas. Se adentraba en el tajo del acantilado... ¡y allí, al fondo se hallaba el *Andy* anclado y tranquilo! Los niños lo contemplaron con orgullo. ¡Qué precioso era su bote!



—¡Y no lo han hundido, después de todo! —exclamó Tom—. Pobre Andy... te sentías muy triste, ¿no es cierto?

—Sí, como jamás lo estuve en mi vida —fue la respuesta de Andy—. Bueno, ahí está, aguardándonos. ¿Tú crees que habrá alguien por aquí?

Al parecer no había nadie en absoluto. No se oía el menor ruido, excepto los acostumbrados del viento, el mar y los pájaros. Nadie silbaba... nadie gritaba. Parecía no haber peligro en ir a explorar el *Andy*.

No tenía izada la vela, pero ésta se hallaba sobre cubierta, y Andy comprobó que también habían llevado allí los remos. ¡Bien!

Se dirigieron al bote. Claro que estaba desprovisto de todo, ya que los niños se llevaron todas las cosas a la cueva del peñón del Contrabandista. No obstante, ¿qué importaba? ¡El bote estaba allí sano y salvo!

Pronto estuvieron a bordo y Andy lo examinó con cariño desde proa a popa. Sí, estaba perfectamente. No había sufrido el menor desperfecto.

Oscurecía y Andy observó el cielo.

—Creo que no sería mala idea marcharnos —dijo—. Será de noche mucho antes de que llegemos a casa, pero debemos arriesgarnos a realizar la travesía y confío en no chocar contra alguna roca. Ahora conozco bastante bien el camino.

Los niños pensaron sacar al *Andy* del estrecho canal remando con cuidado y luego izar la vela en cuanto salieran al mar libre. Comenzaron los preparativos para izar el ancla.

Estaban a punto de izarla cuando el oído agudo de Andy advirtió un ruido extraño. Se detuvo poniendo su mano en el brazo de Tom.

—Escucha —le dijo—. ¿No oyes nada?

Tom escuchó tratando de captar algún ruido sobre el fragor del viento y el mar. Al principio no pudo oír nada, pero luego sí.

—Sí. Oigo un sonido rítmico —dijo—; chuf, chuf, chuf, chuf. Oh, Andy, ¿es que habrá alguna de esas lanchas motoras por aquí cerca?

—Sí —repuso Andy—. Eso es, y espero que no se dirija a este lugar, precisamente ahora que íbamos a marcharnos. El ruido se oye más cerca, Tom. Será mejor que nos ocultemos por si esa lancha viene hacia aquí.

Los niños desembarcaron en busca de un lugar donde ocultarse. Los había por todas partes entre las rocas.

—Trepemos un poco por aquí —exclamó Andy señalando—. ¿Ves a dónde me refiero? Hay una roca grande y podemos escondernos detrás y observarlo todo desde allí. Y además oírlo todo. ¡Vamos! El motor de esa lancha va más despacio. Creo que ahora está enfilando este tajo.

Los niños treparon rápidamente hasta la gran roca, situada a unos dos metros por encima del *Andy*. Se acurrucaron allí, aguardando, y de pronto Andy se acercó a Tom señalando con el dedo.

—¡Ahí está! —susurró—. Mira, por el pequeño canal se dirige al *Andy*. Lástima que haya oscurecido tanto ya. Apenas puedo distinguir quién va en la lancha.

La lancha continuó avanzando hasta detenerse junto al *Andy*. Un hombre saltó a cubierta gritando a otro.

—Es Bandy —susurró Tom—. Y creo que el otro es Stumpy, ¿no? El de las piernas peludas. ¿Qué hacemos?

Encendieron una lámpara en la lancha motora y colocaron otra en el bote pesquero. Entonces Bandy y Stumpy comenzaron a trabajar. Los niños apenas podían adivinar lo que estaban haciendo en la creciente penumbra.

—Me parece que están llevando cosas de una embarcación a otra —susurró Andy—. ¿Qué *están* haciendo? ¡Es un misterio!

Los hombres iban y venían llevando toda clase de cosas. De pronto Andy reconoció algo y lanzó una exclamación tan fuerte que Tom se asustó.



—¡Mira! Ésa es nuestra estufa, ¿no? —susurró Andy—. Puedes verla a la luz de esa lámpara. La llevan a la cabina del *Andy*.

Entonces los dos muchachos guardaron silencio porque pensaban lo mismo. La estufa se hallaba antes en su cueva del peñón del Contrabandista. ¿Es que estaban llevando todas sus cosas al *Andy*, todas las que contenía la cueva? Y de ser así, ¿qué había sido de las niñas? Los hombres debieron subir a la cueva, descubriendo la fuga de los muchachos, y entonces, ¿qué habría ocurrido? ¿Dónde podrían estar las niñas? Debían haberlas sacado de la cueva con todas las cosas.

Ahora los dos se sentían verdaderamente preocupados. No podían soportar la idea de que Jill y Mary estaban solas y asustadas en manos de aquellos temibles contrabandistas.

Todo volvía a parecer un enigma. ¿Por qué devolver las cosas al *Andy*? ¿Por qué no dejarlas donde estaban y a las niñas también? Y por encima de todo, ¿dónde se encontraban las niñas?

Los dos hombres trabajaron de firme durante algún tiempo y luego, al parecer, terminaron de trasladar todas las cosas, porque apagaron la luz del *Andy*, volvieron a su lancha y encendieron sendos cigarrillos.

—¿Pensarán quedarse aquí toda la noche? —susurró Tom con desaliento—. ¡Así no podremos marcharnos nunca!

—Bueno, no podemos irnos hasta que se marchen porque ahora nos bloquean la salida del *Andy* —dijo el muchacho pescador en un susurro contrariado—. Lástima no habernos fugado unos minutos antes.

—Nos hubieran visto y perseguido —dijo Tom—. Mejor que no lo hiciésemos. Ojalá se marchasen. ¡Sería tan agradable volver a casa en el *Andy* con todo su ajuar

completo otra vez! Si supiésemos dónde están las niñas.

Cuando hubieron fumado sus cigarrillos, los dos hombres se pusieron en pie. Tenían muy poco que decirse y sólo intercambiaron comentarios intrascendentes. Andy preguntó si Bandy seguiría enojado con Stumpy por creerle autor del robo de su comida.

—Iremos a hablar con el jefe —dijo Bandy arrojando la colilla de su cigarrillo al agua—. Veremos si alguien ha encontrado a esos condenados chicos. Menos mal que tenemos a las niñas como rehenes... ¡y son buenas huéspedes!

Los hombres saltaron a las rocas y comenzaron a subir por el acantilado. Andy y Tom no pudieron ver a dónde se dirigían porque era ya casi de noche.



—Debe haber alguna entrada que conduzca al acantilado de los Pájaros desde esta parte —murmuró Andy al oído de Tom—. ¡Quisiera saber quién es el jefe! Tal vez ese individuo con lentes que viste una vez en la cueva-almacén con Bandy, Tom. Me pregunto cuánto tardarán. ¡Tengo intención de coger su motora y volver a casa con ella! ¡Sé conducirla!

Tom tenía frío a causa del viento de la noche y de la emoción. Se estremeció.

—¿Qué? ¿Coger su lancha, Andy? —dijo—. ¿De verdad te atreverías?

Capítulo XXIII

¿Quién está en la cabina?

Era ya noche cerrada. El cielo, completamente despejado, estaba cubierto de estrellas, pero daban tan escasa luz que en aquella estrecha garganta no se veía nada. Sólo la lámpara de la motora iluminaba la cubierta.

Andy escuchó por si oía las voces de los hombres. No, no se les oía. Se habían ido, pero ¿por cuánto tiempo? Lo que tenían que hacer era preciso hacerlo ahora, si es que querían escapar aprisa.

Los niños abandonaron su escondite y descendieron por las rocas hasta la motora, que estaba muy quieta sobre el agua en calma del pequeño canal. Subieron a bordo para examinarla.

Y mientras estudiaban cómo ponerla en marcha oyeron un ruido en la cabina de la lancha que les sobresaltó. Era un ruido curioso, una especie de lamento prolongado.

Los niños se quedaron completamente inmóviles y muy asustados, pues estaban convencidos de que se encontraban solos. Escucharon. El lamento volvió a dejarse oír.

—¡Hay alguien ahí, en la cabina! —susurró Andy al oído de Tom—. ¡Será mejor que huyamos, de prisa! No vaya a ser que nos descubran aquí. Vamos. ¡Silencio ahora!

Los dos niños desembarcaron con el mayor silencio posible, dirigiéndose a su anterior escondite.

—¿Quién estará ahí? —susurró Tom, intrigado—. Parecía como si estuviese herido o enfermo. ¿Quién será?

—¡Cualquiera sabe! —exclamó Andy—. Todo lo que sé es que sea quien fuese nos ha fastidiado, impidiéndonos huir en la lancha.

—¿Y qué haremos ahora? —susurró Tom—. ¡No podemos quedarnos aquí toda la noche!

—Oh, esos hombres volverán pronto —replicó Andy—. Entonces tal vez se vayan en la lancha y nosotros podamos escapar en el *Andy*. Debemos aguardar para enterarnos de lo que suceda.

Los niños se acomodaron dispuestos a aguardar con toda la paciencia necesaria. Tom volvió a estremecerse. Se acurrucaron lo más cerca posible el uno del otro para mantener el calor.

—¿Oyes más lamentos? —preguntó Tom, y Andy meneó la cabeza—. No. Parece que han cesado.

Pero comenzaron un poco más tarde y luego se oyeron otros ruidos. Alguien

golpeaba la puerta de la cabina de la lancha motora. ¡Alguien la sacudía violentamente dándole patadas al mismo tiempo! Los niños escucharon, más sobresaltados que nunca.

¡Entonces llegó hasta ellos una voz que conocían muy bien, una voz apagada por la puerta de la cabina, pero inconfundible!

—¡Déjenme salir! ¿Dónde estoy? ¡Déjenme salir o lo romperé todo!

A los niños les dio un vuelco el corazón y contemplaron la motora con asombro.

—¡Es Jill! ¡Es la voz de Jill! —exclamó Andy olvidándose de hablar bajo debido a la emoción—. ¿Pero qué está haciendo Jill aquí? ¡De prisa, vamos a liberarla!

Los niños volvieron a descender, sin preocuparse de si se caían o no, tal era su afán por llegar junto a la niña, que estaba hecha una furia encerrada en la cabina. Ahora golpeaba la puerta con algo... crac, crac, crac. Andy no pudo por menos de sonreír. Rara vez había visto a Jill enojada, pero sabía que tenía genio. Preguntóse si Mary estaría también ahí. De ser así, permanecía muy callada.

Andy fue el primero en llegar a la motora y corrió a la puerta de la cabina. Jill estaba descargando golpes sobre ella y gritaba con tal fuerza que no oyó la voz de Andy que la llamaba.

—¡Jill! ¡Jill! Deja de dar golpes para que pueda abrir la puerta y sacarte. ¡Vas a hacerme daño, si no paras!

Pero la niña, enfurecida, continuaba golpeando a pesar suyo. ¡Crac, pam, crac! ¿Qué diantre tendría en la mano?

Por fin hubo una pausa y Jill, evidentemente agotada, comenzó a sollozar amargamente. Andy golpeó la puerta con el puño.

—¡Jill! ¡Soy yo, Andy! Vamos a abrir la puerta y a entrar. ¡No la golpees más!

En el interior de la cabina se hizo un silencio absoluto. ¡Sin duda Jill no podía dar crédito a sus oídos! Luego se oyó un grito de alegría.

—¡Andy! ¡Oh, Andy querido, abre la puerta, de prisa!

Andy hizo girar la llave y descorrió el cerrojo. Jill se arrojó sobre él y Tom llorando de alegría.

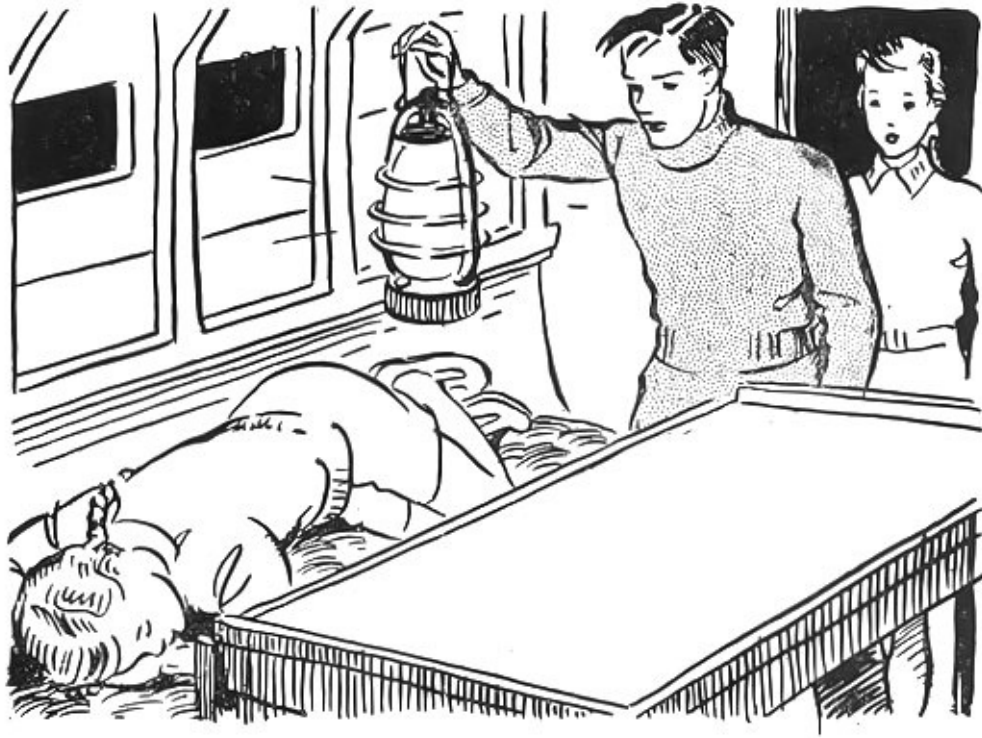
—¡Pensé que no os vería nunca más! —sollozó—. No sabíamos qué hacer al ver que no regresabais. Los hombres dijeron que jamás os volveríamos a ver y creímos que os habrían dado muerte. ¡Oh, Andy, oh, Tom, vamos a casa!

—¿Dónde está Mary? —preguntó Tom.

—En la cabina... en esa litera... no se despierta —repuso Jill.

Andy cogió la lámpara de la cubierta de la lancha para iluminar la litera donde Mary dormía.

—¿Qué le pasa? —preguntó al oír su pesada respiración.



—No lo sé —fue la respuesta de Jill—. Creo que debió ser algo que esos hombres nos dieron a beber lo que la hace dormir de esa manera. Yo no bebí tanto como ella, pues no me gustaba su sabor, pero Mary se lo bebió todo. Y luego nos quedamos dormidas y no supimos lo que estaba ocurriendo. Yo acabo de despertarme sintiéndome muy mareada, y gemí y gemí.

—Sí, te oímos —dijo Andy—. Pobrecita Jill. Espero que Mary se despierte pronto. ¡Vaya, Jill, casi echas la puerta abajo! ¿Con qué la golpeabas?

—Con este taburete —replicó Jill—. Me puse muy furiosa al darme cuenta que esos hombres nos habían encerrado. Ya ves, ignoro dónde estamos. Nos dormimos en la cueva del peñón del Contrabandista, donde esos hombres nos llevaron a todos antes, cuando el padre de Andy vino a buscarnos.

—Tienes montones de cosas que contarnos —le atajó Andy— y nosotros también tenemos que deciros algunas cosas muy curiosas, pero no podemos entretenernos ahora en intercambiar noticias porque esos hombres pueden volver en cualquier momento y no queremos que vuelvan a capturarnos.

—No, ésta es una buena oportunidad para escapar todos juntos —intervino Tom—. Pero, Andy, debemos decirles una cosa.

¡Andy supo lo que era, naturalmente!

—Oh, sí —exclamó—. ¡Jill... el *Andy* no ha sido hundido! Está junto a esta lancha, con su vela, sus remos y todo lo demás. Los hombres debieron traerlo aquí para esconderlo. Está sano y salvo. Tom y yo estábamos a punto de volver a casa en el *Andy*, cuando Bandy y Stumpy entraron su motora por el canal y tuvimos que escondernos rápidamente.

—¡Oh! —exclamó Jill con alegría—. Cuánto me alegro, Andy. ¡Yo lo sentí

muchísimo, naturalmente, pero sabía que para ti resultaba diez veces peor!

—Estábamos casi en lo más alto del acantilado cuando Andy lo vio —explicó Tom—. Se hubiese despeñado de la alegría si yo no le sujeto por los tobillos.

Andy recordó de pronto que Bandy y Stumpy podían volver en cualquier momento.

—Mirad, no debemos charlar así —dijo—. Hemos de decidir lo que vamos a hacer. Tom y yo decidimos regresar a casa en esta lancha, cuando no pudimos sacar al *Andy*. Esta lancha bloquea la salida y no podríamos llevarnos al *Andy*.

—¡Pues vamos entonces! —exclamó Jill con ansiedad—. Aunque es muy oscuro ya. No sé si podrás ver el camino, Andy.

Un profundo gemido procedente de la litera de la cabina les hizo pegar un respingo. Era Mary, que al despertar de su profundo sueño se sentía mareada. Jill acercóse a ella.

—No es nada, Mary. Pronto te sentirás bien.

Mary, medio dormida y todavía mareada, volvió a gemir.

—Saquémosla al aire libre —propuso Andy—. Se sentirá mejor. Está muy pálida.

Entre los dos niños ayudaron a la pobre niña a bajar de la litera. Todavía muy mareada subió a cubierta, agradeciendo el aire fresco en su rostro. Pronto cesó de gemir.

—Me siento algo mejor —dijo con voz débil—. Tom, Andy, ¿cómo es que estáis aquí? ¿Dónde estamos?

—Te lo explicaremos pronto —replicó Andy—. Ahora no hay tiempo. Nos iremos en esta lancha en cuanto podamos. Jill y Tom te lo explicarán todo por el camino.

Fue a poner el motor en marcha, pero por más que lo intentaba, no lo lograba. Producía un ruido semejante a un zumbido, pero nada más. ¡Andy estaba a punto de llorar!

—¿Qué pasa? ¿No lo puedes poner en marcha? —preguntó Tom—. Oye, déjame probar a *mí*.

Pero aunque todos lo intentaron, ninguno consiguió poner en marcha el motor de la lancha. El porqué lo ignoraban. Era desesperante... sobre todo cuando no les era posible huir en el *Andy*, puesto que aquella lancha le bloqueaba el paso.

—Mirad, alguien viene —exclamó Tom de pronto—. ¿Veis la luz de sus cigarrillos ahí arriba?

Los cuatro niños miraron hacia lo alto de las rocas de la estrecha garganta. Sí, alguien se aproximaba, dos personas, ya que se veía el resplandor de dos cigarrillos. Debían ser Bandy y Stumpy que volvían. ¡Maldición!

—¡Salgamos de la lancha, de prisa! —susurró Andy alargando la mano para ayudar a Jill—. Cierra la puerta de la cabina, Tom, y echa la llave. Tal vez los

hombres no reparan en que las niñas no están ahí. Si se marchan, podremos escapar todos en el *Andy*. ¡Daos prisa!

Tom cerró la puerta de la cabina y echó la llave y el cerrojo. Luego fue a reunirse con los otros para trepar hasta la roca, deseando que sus corazones no latieran tan aprisa ni tan fuerte.

Bandy y Stumpy se acercaron fumando y subieron a la cubierta de su lancha. Los niños apenas se atrevían a respirar. ¿Serían capaces de poner en marcha el motor y marcharse? ¡Cómo deseaban y rezaban por oír el ruido del motor anunciándoles que pronto podrían sacar su bote para alejarse de allí! Luego subirían a bordo del *Andy* y en marcha.

Llegó hasta ellos la voz de Stumpy:

—¿Tú crees que esas niñas estarán bien, Bandy? Ahora ya debieran haber despertado. La droga que les diste para dormir no era demasiado fuerte, ¿verdad? Es extraño que no hayan despertado todavía.

—Bah, déjalas en paz —repuso la voz ronca de Bandy—. ¿Qué importa que se la diera demasiado fuerte? ¡Así se están quietas! Tendremos que llevarlas de la cabina a su bote, si no despiertan, eso es todo. Las dejaremos en la cabina de su bote y las encerraremos otra vez. Nadie sabrá nunca dónde están, y si esos niños consiguen llegar a sus casas y denunciarnos, bueno, tendremos a esas dos niñas como rehenes... ¡nuestra seguridad contra la suya! Un buen trabajo.

—Bueno, iré a buscar a una de las niñas —dijo Stumpy abriendo la puerta de la cabina—. Eh, tráeme la lámpara.

Hubo unos instantes de silencio mientras cogía la lámpara y con ella iluminaba la cabina. Luego, de pronto, lanzó un fuerte grito.

—¿Qué ha sucedido? ¡Aquí no hay nadie! ¡Esas dos niñas han *desaparecido*!

Capítulo XXIV

¡Andy tiene una magnífica idea!

Bandy y Stumpy quedaron asombrados al comprobar que sus dos prisioneras habían desaparecido, y los niños oyeron sus comentarios de extrañeza mientras registraban la cabina.

—¡Pero la puerta seguía estando cerrada con llave y cerrojo! ¿Cómo *pueden* haberse escapado?

—Las niñas no pueden atravesar puertas cerradas y no hay ninguna ventana que hayan podido abrir.

—Las dejamos aquí medio dormidas. Yo las encerré antes de marcharme y eché la llave y el cerrojo.

—Lo sé. Yo te vi. Eso podría jurarlo.

—Entonces, ¿qué les ha ocurrido? Aquí está la cabina tal como la dejamos, cerrada con llave y cerrojo, y cuando regresamos sigue cerrada con llave y cerrojo, pero las niñas han desaparecido. Esto no me gusta.

—Escucha, ¿no crees que pudo venir alguien que las dejó salir y luego volvió a cerrar la puerta? —dijo de pronto la voz ronca de Bandy.

Hubo una pausa antes de que Stumpy respondiera.

—Es posible, ¿pero quién puede venir aquí en plena noche o este lugar solitario? ¡Nadie! ¡Es algo extraño! Tendremos que comunicárselo al jefe.

—¡Yo no! —replicó Bandy al punto—. ¿Qué crees tú que diría si supiera que sus dos preciosas prisioneras se han esfumado? Él, que intenta negociar con ellas, en caso de que se descubra su pequeño negocio. No, Stumpy, tenemos que encontrar a esas niñas como sea. No pueden estar muy lejos. ¿No crees?

—No. En eso tienes razón —repuso Stumpy—. Su bote sigue ahí y no es probable que puedan salir nadando de este canal, ni trepar por el acantilado, a menos que quieran romperse la crisma. Deben andar por aquí cerca.

—Primero registremos la motora —dijo Bandy—. Y luego su bote. Es una lástima que no las llevásemos allí como nos dijeron y las encerráramos en la cabina.

—Bueno, si consiguieron salir de aquí teniendo la puerta cerrada con llave y cerrojo, también hubieran escapado de su propio bote —repuso Stumpy—. Vamos, no están en nuestra lancha. Cojamos las linternas y echaremos un vistazo a esas rocas.

Los niños empezaron a temblar. Bandy y Stumpy eran dos hombres fieros y estaban furiosos. No sería agradable el encuentro con ellos. Andy frunció el ceño. ¿Qué podría hacer para distraerlos y evitar que registraran las rocas?

Tuvo una idea y agachándose cogió una piedra. Trató de imaginarse dónde estaba

situado el *Andy* y luego, tras apuntar, la lanzó con toda la fuerza que pudo en aquella dirección. Fue a caer sobre la cubierta del bote pesquero con un fuerte ruido que resonó por todo el canal.

Tom, Jill y Mary se sobresaltaron porque ignoraban lo que *Andy* iba a hacer. ¡Pero *Bandy* y *Stumpy* todavía más!

—¡Canastos! ¿Has oído eso? —dijo la voz de *Bandy*—. ¿Qué ha sido? Me ha parecido que venía del bote pesquero. ¡Ahí es donde están! Vamos, de prisa. ¡Las cogeremos, condenadas chiquillas!

Olvidándose de registrar las rocas, los dos hombres corrieron hacia donde se hallaba el *Andy* flotando. Subieron a bordo... y tras ellos fue *Andy*, tan silencioso como un gato. En la cabeza tenía un plan loco. Ignoraba si podría ponerlo o no en práctica, pero valía la pena intentarlo.

Los hombres iluminaron el bote con sus linternas y alzaron la vela doblada. Allí no había nadie, naturalmente.

—Estarán abajo, en la cabina —exclamó *Bandy*—. ¡Vamos! Y voy a darles un buen meneo a esas picaruelas en cuanto las atrape.

Abrió la puerta y bajó a la pequeña cabina. *Stumpy* permaneció arriba, mirando a su compañero. ¡Y de pronto sucedió algo que le dio el mayor susto de su vida!

¡Algo le empujó por la espalda haciéndole perder el equilibrio! Lanzando un grito de terror rodó hasta la pequeña cabina, cayendo sobre el igualmente asustado *Bandy*, que a su vez cayó al suelo dándose un golpe en la cabeza contra la mesa de madera.

La linterna se escurrió de su mano y al estrellarse se apagó. La pequeña cabina quedó a oscuras. *Bandy*, completamente seguro de que algún enemigo inesperado había caído sobre él comenzó a luchar como un loco.

No cesaba de golpear al horrorizado *Stumpy*, que trataba en vano de detenerle. *Bandy* estaba completamente fuera de sí de furia y pánico y sus grandes puños golpeaban a *Stumpy* sin compasión, de modo, que en defensa propia, *Stumpy* tuvo que devolverle los golpes. Los dos hombres rodaban y rodaban, pegándose, gritando y aullando con todas sus fuerzas.

En la pequeña cabina reinaba la más completa oscuridad. *Andy* encendió su linterna sólo un instante y sonrió encantado al ver cómo luchaban aquellos dos rufianes. ¡Que siguiera la lucha!

El niño cerró la puerta de golpe, echando la aldaba. El ruido sobresaltó a los dos



hombres, que dejaron de luchar.

También sobresaltó a los otros tres pequeños, que pegaron un respingo.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Jill—. ¡Ojalá pudiera ver lo que está ocurriendo!

Una voz alegre llegó hasta ellos a través de la oscuridad.

—¿Estáis bien, Tom y vosotras?

—¡Sí, Andy! ¿Pero qué son todos esos gritos y golpes y por último ese gran portazo? —le replicó Tom contento al volver a oír la voz de Andy. No tenía idea de por qué les había abandonado ni de lo que estaba haciendo.

—Oh, Bandy bajó a la cabina y yo le envié a Stumpy para que le hiciera compañía —dijo Andy todavía con mayor regocijo—. No creo que Bandy le diera la bienvenida precisamente, porque han estado luchando como gatos monteses. El portazo que oísteis es que les encerré ahí abajo. ¡Tengo bien echada la aldaba!

Se oyeron gritos procedentes de las dos niñas y un gran hurra de Tom.

—¡Andy! ¡Les has hecho prisioneros! ¡Buen trabajo, Andy, buen trabajo!

Pronto estuvieron los cuatro en el bote y Andy volvió a contarles con orgullo cómo les había hecho prisioneros. ¡Parecía demasiado bueno para ser verdad! Bandy y Stumpy, que ahora sabían que habían estado luchando el uno con el otro, hacían cuanto les era posible por abrir la puerta.

—¡Es inútil! —les gritó Andy alegremente—. Es demasiado pesada para echarla abajo y no olvidéis la aldaba. Haced todo el ruido que gustéis, pero de ninguna forma lograréis escapar.

—¿De veras están atrapados? —preguntó Mary sentándose sobre cubierta, pues volvía a sentirse mareada—. ¡Oh, pobre de mí... todo esto ha hecho que vuelva a sentirme mal!

—Pronto estarás bien, Mary —le dijo Jill—. Ahora yo me siento mucho mejor. Caramba, Andy, ¡qué truco más bueno el tuyo! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Bueno, no creo que venga nadie esta noche, de manera que podemos dejar que esos dos individuos griten todo lo que quieran —exclamó Andy—. Cuando amanezca sacaremos la motora del canal como sea para que deje paso al *Andy*. Y luego nos iremos a casa en nuestro bote.

—¿Con Bandy y Stumpy? —preguntó Tom con los ojos muy abiertos por la excitación.

—Bueno, tendrán que venir con nosotros, quieran o no —repuso Andy con una sonrisa—. Dos bonitos prisioneros, que tendrán que explicar un montón de cosas a un montón de gente muy pronto.

—Cuánto me alegraré de volver a casa —observó Jill.

—Lo mismo que todos —asintió Andy—. Voto porque descansemos hasta el amanecer. No podemos tocar la motora hasta que sea de día.

—¡Oh, Andy... hemos dormido demasiado! —exclamó Jill—. ¿No podemos

hablar? Quiero conocer todas vuestras aventuras y contaros también lo que nos ha ocurrido a nosotras.

—Bien, empieza —dijo Andy—. Tom y yo también hemos dormido bien, hoy. Charlaremos. Vayamos a la lancha motora y hablaremos en la cabina. Aquí hace frío. ¡Bandy y Stumpy tienen todas las mantas abajo en nuestra cabina!

Los cuatro se trasladaron a la motora y se acurrucaron en las dos literas que allí había. También encendieron la lámpara y pronto se encontraron muy cómodos.



—¿Han ocurrido muchas cosas desde que nos fuimos? —preguntó Andy.

—Pues, Mary y yo no os oímos cuando salisteis de la cueva para seguir el rastro de conchas —explicó Jill—. No nos despertamos hasta la mañana. Recordamos que os habíais marchado, naturalmente, y esperábamos que no tardaseis mucho. Desayunamos y luego salimos de la cueva para esperarlos.

—No veníais, y no veníais —prosiguió Mary—. De manera que decidimos seguir también el rastro de conchas para tratar de encontrarlos. Lo seguimos y llegamos a un lugar donde se interrumpía...

—¡Apuesto a que entonces no supisteis hacia dónde ir! —la interrumpió Tom.

—No —dijo Jill—. No pudimos imaginarnos por qué las conchas terminaban ante

una pared de roca. ¡Y de pronto la roca se abrió!

—¡Canastos! —exclamó Tom—. ¡Eso debió asustaros!

—Ya lo creo —repuso Jill—, nos asustamos terriblemente y echamos a correr, pero el hombre patizambo nos persiguió hasta nuestra cueva y luego estuvo gritando para que soliéramos.

—Al final tuvimos que obedecerle —dijo Mary—, porque nos amenazó con volver a echarnos humo. Pensaba que vosotros dos estabais dentro y gritó y vociferó para que salierais. Al ver que no obedecíais entró, descubriendo que la cueva estaba vacía.

—¿Y qué hizo? —quiso saber Andy con gran interés.

—Nos riñó y trató de hacernos decir dónde estabais —continuó Mary—. Fue espantoso. Luego os estuvo buscando por todos los alrededores sin encontraros. Después vinieron otros hombres y celebraron una especie de reunión. No pudimos oír lo que decían.

—Enviaron a Bandy a nuestra cueva y él lo fue sacando todo —explicó Jill—. Y luego nos llevaron, con los ojos tapados, como antes, a la cueva del peñón del Contrabandista, en la que estuvimos antes. No nos dieron de comer ni de beber durante mucho tiempo, hasta que Bandy nos trajo algo.

—Y pensamos que lo que bebimos debía tener algún soporífero —agregó Mary—, porque cuando terminamos de beber no podíamos mantener los ojos abiertos.

—Sí. Debieron daros alguna droga para dormir —dijo Andy—. ¡Salvajes! Después quisieron traeros aquí y encerraros en el *Andy* para conservaros como rehenes en caso de que Tom y yo hubiésemos escapado y pudiéramos contarle todo a alguien. ¡Qué suerte que casualmente estuviésemos nosotros aquí también!

—¡Sí! Ahora cantadnos cómo llegasteis aquí —suplicó Jill—. Vamos, Andy, cuéntanoslo todo.

De manera que Tom y Andy también contaron su parte y al terminar ya estaba amaneciendo y era hora de volver a trabajar. Con suerte llegarían a su casa aquel mismo día... ¡y qué noticias más sorprendentes tenían para las personas mayores que tan ansiosamente les buscaban!

Capítulo XXV

El regreso a casa

¡Y ahora los cuatro niños comenzaron a trabajar de firme! La luz del día se filtraba en la estrecha y escondida garganta proporcionándoles suficiente claridad. Los niños subieron a la cubierta de la motora y probaron una vez más de poner el motor en marcha. Pero por alguna razón u otra no lo consiguieron.

—¡Desatémosla y démosle un buen empujón! —propuso Andy—. Quizás así se aleja lo suficiente para dejar paso al *Andy*.

De manera que soltaron la amarra que mantenía la motora sujeta a una roca en forma de poste. Y luego, todos juntos, la empujaron. La lancha se apartó del repecho junto al que estaba y avanzó flotando por el canal.

—¡Se marcha! —exclamó Jill—. ¡Se va al mar ella solita!

—¡Ahora se ha encallado! —dijo Andy al ver que la lancha se detenía por haber tocado una roca—. Iré a buscar un remo del *Andy*, me subiré a bordo y la iré empujando con el remo.

Tom fue a buscarle un remo al *Andy* y el muchacho pescador corrió por el repecho, saltó a una roca y desde allí a la cubierta de la motora. Apoyando el remo contra la roca hizo que la lancha se liberara y permaneciera meciéndose sin saber qué camino tomar. Andy volvió a empujar con el remo.

—¡Ten cuidado de no romperlo! —le gritó Tom viendo que la pala del remo se curvaba un poco—. ¡Oh... ahí va, canal abajo! ¡Salta, Andy, o te irás con ella!

Pero Andy no abandonó la lancha hasta que estuvo fuera del pequeño canal. Entonces, cuando estuvo meciéndose en una zona de agua libre, se descolgó por uno de sus costados hasta una roca que se hallaba a flor de agua y comenzó a vadear hasta el repecho rocoso que corría junto al canal. Una ola enorme casi le derriba, pero supo mantener el equilibrio.

Volvió junto a los otros sonriente.

—¡Bueno, ya hemos quitado de en medio a esa motora! —exclamó—. Bien. Ahora a sacar el *Andy*. Tendremos que volver a utilizar los remos. Pondremos la vela cuando tengamos viento.

De nuevo se oyó un gran estrépito en la cabina del *Andy*. ¡Era evidente que Bandy y Stumpy sabían que iba a ocurrir algo! Golpeaban y aporreaban la puerta. Pero la aldaba era fuerte y no pudieron echarla abajo.

—¡Haced todo el ruido que queráis! —les gritó Andy alegremente—. No nos importa. Hemos soltado vuestra motora. Espero que no se haga pedazos contra las rocas. ¡Se está alborotando el mar, con este viento tan fuerte!

Toda clase de terribles amenazas surgieron de la cabina, pero los niños se rieron. Ahora se sentían muy felices. Habían recuperado el *Andy* y tenían dos magníficos prisioneros y un secreto maravilloso... e iban a volver a casa con el viento a favor. ¡Hurra!

Tom, naturalmente, quiso terminar el resto de las latas de conserva que él y Andy trajeron del acantilado. Andy consultó su reloj, concediéndoles diez minutos para comer. Fue una comida muy alegre. Jill y Mary tenían apetito, pues las dos niñas estaban ya perfectamente bien.

Partieron. Los niños trabajaron con los remos, conduciendo al *Andy* con todo cuidado por las aguas del pequeño canal. Grandes olas penetraban en él ahora, pero ellos supieron capearlas con gran acierto. Poco a poco el bote fue saliendo del tajo entre las rocas y por fin flotó en mar abierto.

—Tenemos que seguir el camino entre las rocas —dijo Andy—. Luego doblaremos la punta y nos encontraremos frente a la cala de poca profundidad donde antes anclamos al *Andy*. ¡Luego tomaremos el canal entre los dos largos arrecifes y volaremos hacia casa!

El bote cabeceaba violentamente sobre las movidas aguas. La marea estaba subiendo mucho. El viento les azotaba alborotando sus cabellos.

—Tom, coge los remos y mantén el bote apartado de las rocas —le ordenó Andy—. Yo pondré la vela. Jill, coge el timón un momento. Eso es. Mantenía tal como está.

Andy estaba a punto de colocar la vela cuando oyó gritar a Mary.

—¡Oh, mirad... la motora va a estrellarse contra las rocas! ¡Miradla!

Los niños miraron. Mary estaba en lo cierto. ¡La motora iba contra las rocas! Sin nadie que la guiara o controlara, estaba completamente a merced de las olas, que la habían arrastrado hasta las peligrosas rocas que bordeaban el mar, precisamente allí.

Se oyó un chasquido y un fuerte crujido. Los rostros de los niños se pusieron graves y solemnes. No era agradable el espectáculo de una lancha haciéndose pedazos.

—No miremos más —dijo Tom—. Es horrible contemplar cómo las olas la destrozan... pobrecilla. Ahora está de costado... ¡y mirad qué boquete tiene ahí! La próxima vez que sea lanzada contra las rocas, se llenará de agua y se hundirá.

—Una lancha menos para los contrabandistas —observó Andy, colocando hábilmente la vela roja.



El viento la fue hinchando, haciéndola flamear con brío. Andy ocupó el asiento ante el timón, que le cedió Jill.

—Deja los remos, Tom —le dijo—. Ahora vamos bien. ¡En alas del viento!
Era estupendo sentir cómo el pequeño bote avanzaba cabeceando.

—Yo creo que si pudiera cantar lo haría —exclamó Mary—. ¡Incluso me parece a veces que el flamear de la vela es una especie de canción!

Se oyó un ruido abajo y los niños escucharon tratando de entender la voz contra el sonido de las olas y el viento.

—Es sólo Bandy, que dice que se marea y que quiere respirar aire fresco —dijo Tom con una sonrisa.

Jill acercó la boca a la rendija de la puerta y gritó:

—Vosotros hicisteis que Mary y yo nos mareásemos con vuestra horrible medicina para hacernos dormir. ¡Ahora os toca a vosotros! ¡No subiréis aquí!

—¡Desde luego que no! —exclamó Andy ladeando el timón para que el bote entrara en el canal entre las dos largas hileras de negras rocas—. ¿De veras creen que les vamos a dejar subir aquí... para que nos dominen y nos hagan volver al peñón del Contrabandista? ¡Qué esperanza!

Evidentemente Bandy y Stumpy no debían tener muchas esperanzas al respecto, porque no dijeron nada más. Los niños se olvidaron de ellos en su carrera hacia delante. Disfrutaban de la velocidad de su bote y les encantaba su modo de galopar sobre las crestas blancas de las olas. Andy semejaba la imagen de la felicidad sentado al timón, con su rostro tostado resplandeciente y sus profundos ojos azules reflejando el mar.

«¡Pobrecillo Andy! —pensó Jill al mirarle—. Ha recuperado su bote y vuelve a ser feliz. ¡Es cierto que también es nuestro... pero él es su verdadero patrón!».

Durante mucho tiempo el bote estuvo cabeceando sobre las olas y lograron un

buen recorrido en poco rato.

—¡A este paso, estaremos en casa a las once! —gritó Andy y el viento se llevó sus palabras a medida que las pronunciaba.

Penetraron en aguas de la bahía del pueblo poco después de las once y la vela roja puso una nota brillante sobre las aguas azules. Los niños escudriñaron la playa con ansiedad. ¿Estaría su madre allí? ¿Y el padre de Andy? ¡Claro que no... porque ignoraban que los niños llegaban a casa en aquel preciso momento!

¡Pero sí estaban allí! Alguien había vislumbrado al *Andy* cuando penetraba en el puerto y les enviaron recado en seguida.

—¡El *Andy* ha vuelto! ¡Ahí está! ¡El *Andy* ha vuelto a casa! ¡Esperemos que los niños estén sanos y salvos!

Fueron a buscar en seguida a la madre de los niños, que corrió al embarcadero con el rostro resplandeciente de esperanza. Se había sentido muy desgraciada aquellos días. El padre de Andy estaba allí también y sus ojos azules no se apartaban del bote que se acercaba. Entonces se oyó gritar:

—¡Están a bordo los cuatro! ¡Están a salvo! ¡Alabado sea Dios!

El padre de Andy se volvió a la madre de los niños.

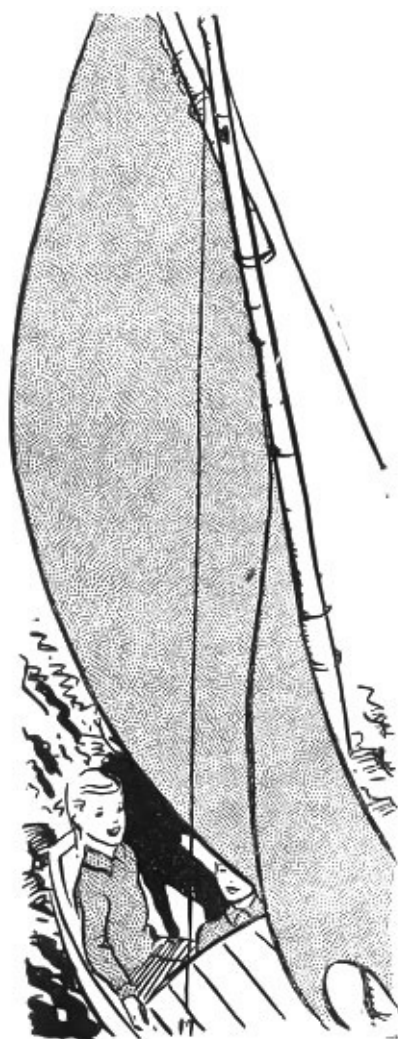
—Están bien, señora —le dijo con los ojos brillantes de alegría—. Sabía que estarían bien con mi Andy. Mire cómo nos saludan con la mano. ¡Está bien, señora, están bien!

Muchas manos solícitas ayudaron a sujetar al *Andy* cuando se acercó al embarcadero. Los niños saltaron a tierra y corrieron hacia su madre. Andy recibió un abrazo de su padre y luego le señaló el bote.

—Tenemos dos prisioneros ahí, padre. Ten cuidado con ellos porque son unos sujetos muy peligrosos. Les tenemos encerrados abajo.

Todos escucharon asombrados. El padre de Andy le hizo unas pocas preguntas a toda prisa, a las que Andy respondió sin aliento. Luego tres de los pescadores que escuchaban, unos individuos robustos y fornidos, echaron a andar hacia el *Andy*. Alzaron la aldaba... y de allí salieron Bandy y Stumpy muy pálidos. Quedaron sujetos por manos fuertes y rudas y llevados desde la cubierta del *Andy* al embarcadero.

—Es un caso para la policía, papá —dijo Andy—. Está ocurriendo algo muy extraño en el acantilado de los Pájaros y en el peñón del Contrabandista.

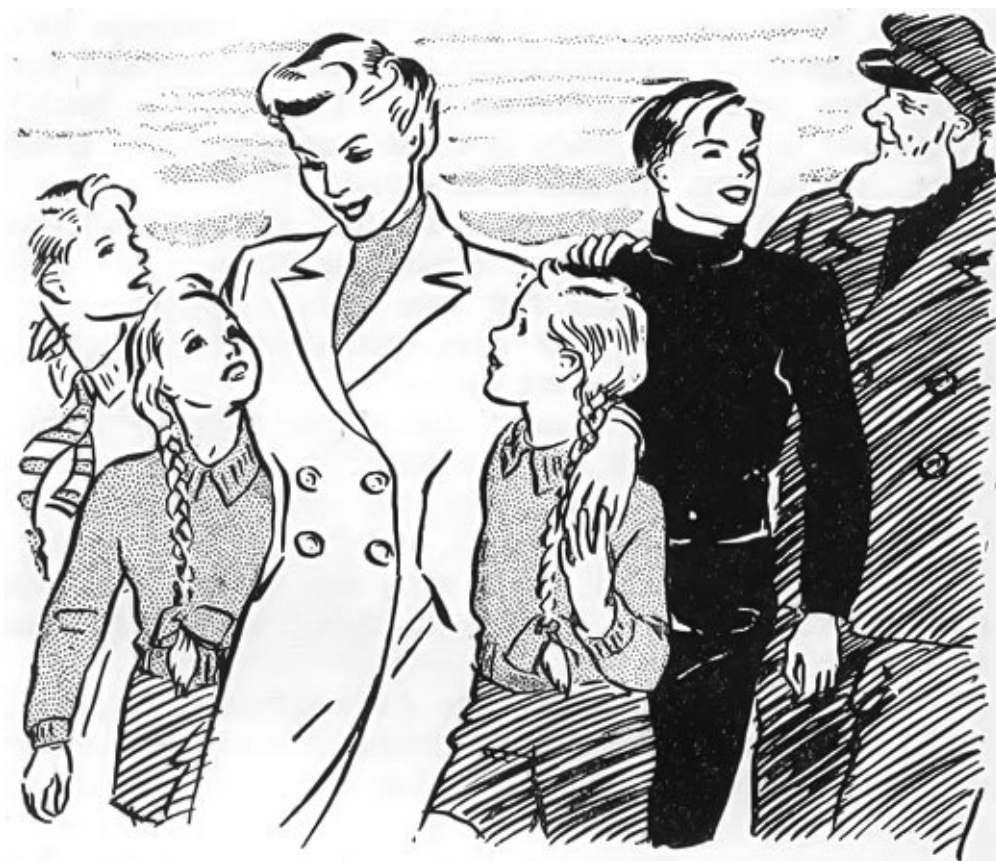


Encontramos montones de cajas llenas de armas y municiones.

Los pescadores silbaron mirándose unos a otros y uno de ellos corrió en busca de la policía local. ¡Todo era muy excitante!

—Tengo mucho apetito —exclamó Tom y las niñas rieron. Era tan propio de Tom decir eso en medio de tantas emociones... Su madre les rodeó con su brazo.

—Vamos y comeréis todo lo que queráis —les dijo—. Estoy muy contenta de que hayáis vuelto. No tenéis idea de lo preocupada que estaba. El padre y el tío de Andy y muchos otros pescadores os han estado buscando y no encontraron ni el menor rastro. Estoy deseando que me lo contéis todo.



Andy y su padre fueron con ellos. Bandy y Stumpy quedaron a cargo de los pescadores hasta que llegara la policía. Tom se preguntaba qué les habría preparado su madre para comer. ¡Estaba seguro de disfrutar de la comida ahora que todos sus apuros habían terminado!

Mientras Andy y los otros disfrutaban de una ruidosa y alegre comida, estaban ocurriendo muchas cosas. La policía local decidió que todos aquellos extraños sucesos caían fuera de su jurisdicción y por ello telefoneó al superintendente de la ciudad importante más próxima.

El superintendente, tras escucharle atentamente, quedó lleno de asombro. Sí, desde luego que se trataba de un asunto muy serio, y a su vez telefoneó a jefatura y pronto se enviaron docenas de telegramas con noticias e instrucciones.

Bandy y Stumpy estaban seguros en la cárcel y temiendo por sus vidas,

descubrieron todos los secretos de su jefe.

Los niños no sabían nada de esto, pero aquella tarde reían y charlaban contando a su madre todo lo que les había sucedido. Habían olvidado su miedo y sus temores.

—Cuando las cosas terminan bien, parece que lo demás no importa —observó Tom—. ¡Me pregunto qué será de todos esos contrabandistas, mamá!

Capítulo XXVI

El final de todo

Aquella tarde, cuando los niños hablaron hasta saciarse, considerando que ya no había más que contar, un automóvil muy grande y resplandeciente se detuvo ante la casa.

Del vehículo se apeó un hombre menudo, pulcro y bien vestido, cuyos ojos inteligentes miraron por turno a cada uno de los cuatro niños.

—Vosotros no me conocéis —les dijo—, pero soy alguien que se encarga de asuntos de gran importancia y quiero haceros algunas preguntas. Mi nombre es el coronel Knox. El padre de Andy me ha contado la mayor parte de vuestra aventura. Ahora quiero que me contestéis a esto: ¿Visteis alguna vez a ese hombre que Bandy y Stumpy llaman el jefe?

—Pues... una vez vi a un hombre que acompañaba a Stumpy en la cueva-almacén; un hombre que llevaba lentes pero que vestía como un pescador —dijo Tom—. Aunque no sé si sería el jefe.

—No. Ése no era el jefe —replicó el hombre de penetrante mirada—. Stumpy nos ha dicho quién era. Esperamos atraparle mañana con todos los demás.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó Tom con gran interés.

—Vamos a cercar a todos los contrabandistas y sus motoras —respondió el coronel Knox—. Bloquearemos todos los pasillos, túneles y cuevas. Abriremos todas las cajas y canastas. Interrogaremos a todos los hombres que prendamos y nos apoderaremos de esa lámpara de hacer señales y vigilaremos a los barcos que respondan a la señal. ¡También los detendremos!

—¿Por qué entraban de contrabando todas esas armas y cosas? —preguntó Jill.

—Existe un país que no permite la importación de armas de fuego de ninguna clase —explicó el coronel—. Esas armas que vosotros descubristeis están fabricadas en un país muy lejano y la han traído aquí de contrabando para llevarlas a ese otro país donde están prohibidas. Como podéis imaginaros, se pagaban muy altos precios por esas armas de fuego prohibidas. Lamento decir que hombres de nuestro país han actuado de intermediarios, es decir, entraban las armas aquí, de contrabando, y por un buen precio, las entregaban a los compradores. Con ello obtenían sumas considerables.

—¡Oh! —exclamaron los niños con los ojos muy abiertos por el asombro. Andy reflexionó unos momentos.

—¿Y el hombre que usted desearía poder apresar es el que llaman jefe? —le dijo, y el coronel Knox asintió.

—Sí. Los demás individuos se limitaban a obedecer órdenes. Él es el gran cerebro que lo dirige todo. Sospechábamos que estaba ocurriendo desde hace mucho tiempo, pero ni pudimos descubrir cómo llegaban aquí los géneros de contrabando, ni a dónde ni tampoco quién era el cerebro que lo dirigía todo.

—¿Y si no le detienen es probable que vuelva a empezar en otra parte? —preguntó Tom—. Bueno, ojalá pudiésemos decirle quién es. ¿No lo saben Bandy y Stumpy?

—No. Todo lo que saben es que es un sujeto alto, que siempre lleva máscara cuando les visita —repuso el coronel Knox—. Y creen que vive en la ciudad más próxima, de modo que pueden acudir al acantilado de los Pájaros sin demasiada pérdida de tiempo. Cuando le precisa. Pero como en esa ciudad viven cerca de cincuenta mil personas, es como buscar una aguja en un pajar.

—Sí. Comprendo —observó Andy—. Espero que le atrape, coronel Knox. Escuche, ¿no fue una gran suerte que diésemos con su guarida? Fue por pura casualidad.

—¡Una casualidad muy provechosa para nosotros! —dijo el coronel—. No queremos que nuestro país se mezcle en asuntos de esta clase. Fue una idea inteligente, tener un escondite para las lanchas motoras en una cala escondida, y una lámpara para hacer señales al mar desde un lugar oculto que nadie más podía ver de noche, y utilizar como almacenes esos túneles y pasadizos.

—¿Y cómo sacaba el jefe el contrabando del acantilado de los pájaros y del peñón del Contrabandista? —preguntó Andy, intrigado.

—Todavía no estamos muy seguros —replicó el coronel Knox—. Pero creemos que existe otra salida del acantilado de los Pájaros que da a una zona llana de terreno en la parte de atrás, un buen lugar para que aterricen aviones.

—¡Canastos! —exclamó Tom—. ¡Vaya un complot peligroso el que hemos descubierto! ¡Me pregunto cómo esos hombres no nos vigilarían con mayor cuidado!

—¡Ah, ellos no sabían que erais unos pájaros de cuenta! —repuso el coronel riendo—. Pero tenían intención de utilizar a las dos niñas como rehenes, si vosotros volvíais a casa y dabais parte de sus andanzas. Eso hubiera sido muy desagradable para Jill y Mary y me temo que hubiésemos tenido que dejar libres a esos rufianes antes de arriesgarnos a que les ocurriera nada a las niñas.

—Fue una buena cosa que capturásemos a Bandy y Stumpy —dijo Andy.

—Muy buena —corroboró el coronel Knox—. Hemos conseguido sacarles una cantidad tremenda de valiosa información, la suficiente para capturar a todo el resto de la banda, incautarnos de sus escondites y desbaratar todos sus planes. Sólo al jefe no podemos echarle el guante.

—Es una lástima que no lo viésemos nunca —observó Tom.

—Una verdadera lástima —convino el coronel Knox—. Bueno, me siento

orgullosa de haberlos conocido, niños. ¡Sois cuatro aventureros muy valientes! Ahora debo retirarme pero quiero que vengáis a la ciudad donde vivo, para que comáis conmigo mañana, como merecida recompensa. ¿Os gustará?

—¡Oh, sí! —exclamaron los cuatro.

—¿Pero cómo iremos? —preguntó Jill—. Sólo hay un tren.

—Os enviaré mi coche —repuso el coronel Knox levantándose para marcharse. Los niños le acompañaron hasta su precioso automóvil negro. Les gustaba mucho.

—Es inteligente, amable y va directamente al grano en todo —observó Tom—. Ojalá pudiéramos decirle quién es el jefe de los contrabandistas, pero no podemos.

Al día siguiente el automóvil fue enviado para recoger a los niños. Montaron rebosantes de orgullo y pronto llegaron a la ciudad más próxima. Se detuvieron ante el mejor hotel, siendo cariñosamente recibidos en la puerta por el coronel Knox.

Se sintieron muy importantes caminando a su lado y cuando Tom leyó la lista de la comida miró a su anfitrión con asombro.

—¿Podemos comer todas estas cosas? —le dijo—. Oh, será la mejor comida de mi vida. Mirad, al final dice: *Helados variados*. ¿Podemos tomar helado de vainilla, fresa y chocolate todo junto?

—Sí, y creo que también helado de café —repuso el coronel Knox riendo—. Bien, sentaos. Ahora decidme, ¿quién quiere para beber: Coca-cola, naranjada, o limonada?

Pronto los niños estuvieron celebrando un espléndido ágape. Tom era completamente feliz y consideraba que aquella era una recompensa maravillosa para todas las aventuras que habían vivido.

Cuando estaba dando cuenta de su *combinación de helados*, alzó los ojos y vio un hombre sentado ante una mesa próxima. Era alto, rudo, de ojos hundidos y cabellos negros y ondulados. Se lo indicó al coronel Knox con un gesto.

—¿Quién es? —le preguntó Tom en voz baja, y el coronel le miró sorprendido.

—Oh, uno de los habitantes de esta ciudad —respondió—. Uno de los más ricos, aunque nadie lo diría al verle.

Tom observaba a aquel hombre con curiosidad. Desde luego no parecía rico, ya que vestía con desaliño, y la manga de su chaqueta estaba deshilachada. Llevaba una camisa roja, de cuello abierto, y le faltaba un botón en el centro.

De pronto Tom se puso rojo como la remolacha de excitación y comenzó a buscar en un bolsillo y luego en otro.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Andy—. ¿Por qué pones esa cara, Tom?

Tom sacó algo de su bolsillo y lo aproximó al coronel Knox, quien le miraba con la mayor sorpresa, pensando que Tom se había vuelto loco de repente.



—Señor —le dijo Tom en voz baja—. Encontré este botón rojo nacarado en una cueva del acantilado de los Pájaros. Debía pertenecer a alguno de los hombres, aunque nunca vi a ninguna que llevase camisa roja. Pero mire ese hombre de ahí. Lleva una camisa roja, con botones nacarados y rojos exactamente como éste... ¡y le falta uno!

Los ojos del coronel Knox pasaron como un relámpago del botón de Tom a la camisa de aquel hombre. Se guardó el botón en su bolsillo.

—Ahora no digas nada —le ordenó—. Ni siquiera mires a ese individuo. ¿Entendido?

Había algo en su tono de mando que hizo que los niños se sintieran un poco asustados. Obedecieron y continuaron comiendo sus helados apartando la vista del hombre de la otra mesa. El coronel Knox escribió una nota en un papel llamó a un camarero y le dijo que la entregase a alguien. Luego el coronel volvió a ser el mismo de antes, encantador, jovial y al parecer sin reparar para nada en el hombre de la camisa roja.

—Ya te comunicaré si tu botón ha resuelto nuestro problema —le dijo a Tom, cuando el hombre se levantó y se fue—. ¡Tal vez sí! ¡Tal vez sí! Es un hombre del que jamás sospechamos. ¡Gracias a ti, Tom! ¡Vaya, es un asunto grave y no caben errores!

¡Y lo era! Antes de que pasara mucho tiempo, todas las lanchas motoras de la cala habían sido detenidas con sus tripulaciones, así como todo el contrabando encontrado

en las cuevas. Los bienes de los contrabandistas fueron confiscados, los barcos que ayudaban capturados, y todo el complot descubierto.

¡Y el hombre de la camisa roja era el jefe, el cabeza de toda la banda! Era demasiado bueno para ser verdad que Tom hubiese encontrado el botón que condujo a su captura. El coronel Knox, ante tan extraordinario éxito, se mostraba muy satisfecho.

—¡Desde luego vamos a comprarte una buena cámara fotográfica por habernos ayudado con ese botón! —le dijo a Tom—. Sin ti jamás hubiésemos sabido quién era el jefe... nadie sospechaba siquiera de ese hombre. Dirigía todo el negocio con gran inteligencia y ni siquiera sus hombres le vieron jamás el rostro. Ha amasado una fortuna con el contrabando, ¡pero ya no hará más dinero por este medio durante muchos años!

—¡Cuántas cosas han ocurrido en una semana! —dijo Jill aquella noche cuando todos se hallaban sentados en el embarcadero, aguardando a que el bote pesquero regresara con Andy y su padre—. ¡Mirad! ¡Ahí viene! A la cabeza de todos los botes, como de costumbre. ¡Eo, Andy, eo! ¡Te estamos esperando!

Su madre acudió a contemplar la llegada de los botes. Cuando Andy saltó a tierra Tom se volvió hacia su madre con ansiedad.

—¡Mamá! ¿Podremos salir en el bote de Andy la semana próxima, cuando él tenga un día libre? Conozco un sitio precioso al que me gustaría ir.

—¡Desde luego que no! —repuso su madre—. ¿Para perderos durante días y días sin saber dónde estáis? ¡Queridos, jamás, jamás volveré a dejaros salir con Andy!

De todas formas yo espero que sí les dejará. ¡Al fin y al cabo son los Cuatro Aventureros, y puede que todavía les aguarden muchas aventuras!



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.